

LUCIANO LUTEREAU



~~ESOS RAROS~~
ADOLESCENTES
NUEVOS

NARCISISTAS, DESAFIANTES,
HIPERCONECTADOS



CON UN
ENSAYO DE
**J.-D.
NASIO**

PAIDÓS

Esos raros adolescentes nuevos

Esos raros adolescentes nuevos

Narcisistas, desafiantes, hiperconectados

Luciano Lutereau

Índice de contenidos

Portada

Portadilla

Retrato del adolescente hoy, *Juan David Nasio*

Prólogo. *Ya no voy a ser astronauta*

Intro. *Sinfonías para adolescentes*

Capítulo 1 - La sexualidad

Capítulo 2 - Los adolescentes del siglo XXI

Capítulo 3 - Dejar de ser alumnos para descubrir la vocación

Capítulo 4 - Consejos para padres

Capítulo 5 - Consideraciones para profesionales

Conclusión. *Ser adulto es aprender a amar*

Bonus track. *Preguntas frecuentes de los padres*

Agradecimientos

Bibliografía

Lutereau, Luciano

Esos raros adolescentes nuevos / Luciano Lutereau. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-12-9822-2

1. Psicología. I. Título.

CDD 155.51

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2019, Luciano Lutereau

Pág.19 Extracto del libro Cómo actuar con un adolescente difícil del Dr. Juan David Nasio

© 2019, de todas las ediciones:

Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo su sello PAIDÓS®

Independencia 1682/1686,

Buenos Aires – Argentina

E-mail: difusion@areapaidos.com.ar

www.paidosargentina.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-12-9822-2

A mi hermano menor, Joaquín.

A los jóvenes que esperan ser escuchados.

“La vida es energía y tenés que elegir: ser un fusible o un transformador”.

JOSEFINA (17 años)

“No sigo el camino de los antiguos, busco lo que ellos buscaron”.

MATSUO BASHŌ

RETRATO DEL ADOLESCENTE DE HOY(*)

JUAN DAVID NASIO (1)

La adolescencia es un pasaje obligado, un pasaje delicado, atormentado pero también creativo, que se extiende desde el final de la infancia hasta las puertas de la madurez.

El adolescente es un ser que sufre, exaspera a los suyos y se siente sofocado por ellos, pero es, sobre todo, el que asiste a la eclosión de su propio pensamiento y al nacimiento de una fuerza nueva; una fuerza viva sin la cual en la edad adulta ninguna obra podría llevarse a cabo. Todo lo que construimos hoy está erigido con la energía y la inocencia del adolescente que sobrevive en nosotros.

Indiscutiblemente, la adolescencia es una de las fases más fecundas de nuestra existencia. Por un lado, el cuerpo se acerca a la morfología adulta y se vuelve capaz de procrear; por el otro, la mente se inflama por grandes causas, aprende a concentrarse en un problema abstracto, a discernir lo esencial de una situación, a anticipar las dificultades eventuales y a expandirse ganando espacios desconocidos.

El adolescente conquista el espacio intelectual con el descubrimiento de nuevos intereses culturales; conquista el espacio afectivo con el descubrimiento de nuevas maneras de vivir emociones que ya conocía, pero que nunca antes había experimentado de esa manera —el amor, el sueño, los celos, la admiración, el sentimiento de ser rechazado por sus semejantes e incluso la rabia—; y, por último, conquista el espacio social al descubrir, más allá del círculo familiar y del escolar, el universo de los otros seres humanos en toda su diversidad. Ante la creciente importancia que la sociedad reviste ahora en su vida, comprende muy pronto que nada puede surgir de una acción solitaria. La adolescencia es el momento en el que nos damos cuenta de cuán vital es el otro biológica, afectiva y socialmente para cada uno de nosotros, y de cuánta necesidad tenemos del otro para ser nosotros mismos.

Con todo, las más de las veces, los profesionales o los padres no confrontamos con esta energía creadora del adolescente. La mayor parte del tiempo, lo que se presenta ante nosotros es un adolescente en estado de desasosiego; un joven al que le cuesta expresar su malestar con palabras. No sabe o no puede verbalizar el sufrimiento difuso que lo invade y es a nosotros, adultos, a quienes nos compete soplarle las palabras que le faltan, traducir el mal-estar que siente y que habría expresado él mismo si hubiera sabido reconocerlo.

Soplarle las palabras, por cierto, pero con mucho tacto y sin que lo advierta, ayudarlo pero no ofenderlo. No, el adolescente no siempre sabe hablar de lo que siente porque no sabe identificar bien lo que siente. Se trata de una observación que muy a menudo hago a los padres y a los profesionales que se quejan del mutismo del joven que se encuentra ante ellos. Si el adolescente no habla, no es porque no quiere comunicar, sino porque no

sabe identificar lo que siente, y mucho menos verbalizarlo. Es así como se ve lanzado a actuar más que a hablar y que su mal-estar se traduce más por medio de los actos que de las palabras. Su sufrimiento, confusamente sentido, inenunciable y, en una palabra, inconsciente, está más expresado mediante comportamientos impulsivos que conscientemente vivido y puesto en palabras.

Las conductas riesgosas que encontramos con mayor frecuencia en nuestra práctica son los comportamientos depresivos y el aislamiento; los intentos de suicidio, más habituales en las jóvenes pero más sanguinarios entre los varones; los suicidios logrados, que representan la segunda causa de mortalidad entre los jóvenes adultos después de los accidentes de ruta; la poliadicción –tabaco, alcohol, cannabis– en constante alza; el consumo de drogas duras como el éxtasis, las anfetaminas, la heroína o la cocaína. Me interesa destacar que los adolescentes en peligro de los que estamos hablando son cada vez más jóvenes: ¡a veces tienen 11 o 12 años! Recientemente, han aparecido nuevas alteraciones del carácter tan precoces y alarmantes como el reviente alcohólico del sábado a la noche, que suele degenerar en situaciones trágicas; la pornografía invasora vía la televisión e Internet, donde el sexo se mezcla con la violencia; los trastornos del comportamiento alimentario –anorexia y bulimia en nítido aumento–, así como la deserción escolar, el ausentismo y las fugas, que instalan el vagabundeo y fomentan los actos delictivos.

La palabra “crisis” puede entenderse de dos maneras diferentes: la crisis considerada como un período más o menos largo de ruptura y de cambio –por ejemplo, la crisis económica que vivimos hoy–; y la crisis considerada como un momento agudo, brutal, un momento de ruptura y de cambio, un accidente, por ejemplo, o incluso el agravamiento brusco de un estado crónico. Así pues, distinguimos “crisis de adolescencia” y “adolescente en crisis”. La crisis de adolescencia designa el período intermedio de la vida en el que la infancia no ha terminado de apagarse y la madurez no ha terminado de surgir; mientras que un adolescente en situación de crisis aguda es un joven cuyo comportamiento, que ya era agresivo o adictivo, por ejemplo, súbitamente se convierte en inmanejable para su familia.

Si usted quiere que su adolescente cambie, ¡cambie la mirada que usted tiene de él! Ante todo, nunca hay que olvidar que el mejor remedio para calmar a un joven que se ha vuelto difícil de manejar es el tiempo que pasa. Dígase que, tarde o temprano, los disgustos debidos al comportamiento del adolescente van a cesar. No pueden más que cesar –salvo en el caso de una patología.

Si usted recuerda que la adolescencia es una etapa de la vida que comienza y termina, tendrá la fuerza de esperar, de soportar y de relativizar los inconvenientes inherentes a esta prueba insoslayable que todos los padres y sus hijos deben atravesar.

* *Ensayo incluido en el libro *Cómo actuar con un adolescente difícil. Consejos para padres y profesionales*, Juan David Nasio, 2011, Paidós.*

1. Psiquiatra y psicoanalista. Autor de más de treinta libros traducidos a numerosos idiomas, fue distinguido en Francia con la Legión de Honor en 1999 y la Orden del Mérito en 2004. En 2001, el Consejo Municipal de la ciudad de Rosario lo declaró Ciudadano Ilustre.

Prólogo

YA NO VOY A SER ASTRONAUTA

“Disculpe, señor, ¿me deja pasar?”, preguntó y yo supe, entonces, que mi juventud se había esfumado. *Ya no soy joven*, pensé. Aunque tenga apenas unos pocos años más que el muchacho vestido con uniforme de colegio que me pide permiso, para pasar junto a sus amigos, estoy afuera. ¿Cómo puede ser? Aún soy un hombre delgado, uso el pelo largo, no soy un oficinista de traje y corbata sino que camino con jeans cómodos y una remera de colores. Por lo general, suelen darme menos años de los que tengo. Pero el juicio del muchacho es implacable. Ni siquiera me tuteó. Me trató de usted y, entonces, quedé fuera de juego: “Señor”, me dijo.

Hubo un tiempo que fue hermoso y fui libre de verdad, dice una canción conocida. Bien, ese tiempo terminó para mí. Ahora soy un “señor”. No lo determino yo, sino que ese veredicto viene de afuera. Lo deciden ellos, los jóvenes. ¿Quiénes si no, deciden cuáles son sus pares y eventuales compañeros? Fui expulsado de la juventud. De la peor manera: me echaron. Ahora soy de los otros: los adultos.

Puede ser que como adulto quiera verme joven, que intente parecerme a ellos, pero ni siquiera de esa forma volveré a ese paraíso perdido. Mi vida se encuentra teñida de otros intereses. Estoy preocupado por el trabajo, por el libro que debo terminar de escribir, porque mañana es lunes y tengo que despertarme temprano, porque en el amor no me alcanza la satisfacción de amar y ser amado, sino que necesito pensarme en función de un proyecto compartido; además, en algún momento del día tengo que ir a pagar unas cuentas y hacer ciertos trámites; aún debo decidir dónde y cómo pasará las fiestas, encima el año próximo hay elecciones en el país... Sí, soy un señor y ya nunca seré astronauta.

No vas a ser astronauta es el título de un cuento de Ariel Idez, que narra la historia de un hombre de mediana edad que espera en su casa a que su novia regrese de una fiesta. Mientras pierde el tiempo frente a la computadora, piensa que ella puede estar con otro, pero no se pone celoso, no se queda en ese afecto reactivo e inmediato, sino que reflexiona sobre cómo llegó a estar en pareja en ese momento de su vida y, de repente, cae en la cuenta: no va a ser astronauta, es decir, ya pasó la época en la que cualquier cosa hubiera sido posible, en la que podría empezar de nuevo si quisiera; ya no, ahora está aferrado a su vida. Sin duda podría romper con su vida actual, pero volver a empezar de cero, eso sí que no, hay potencialidades que ya no cuentan.

La primera vez que leí este cuento me hizo pensar en que yo hubiera querido ser músico. Por cierto, me gusta mucho la música, e incluso toco con maña algunos instrumentos, pero ya no existe para mí la opción de dedicarme a la música. Ya no soy

joven. Un amigo suele decir que para dedicarse al psicoanálisis es preciso haberse frustrado antes en otra cosa. Bien, yo soy un músico frustrado y a mucha honra, porque es el camino de la frustración el que también nos lleva a descubrir una vocación. Esta última no es un talento innato, sino que es el resultado de un camino de aprendizaje, al cabo del cual se siente un llamado: en mi caso, el llamado a dedicarme a la práctica terapéutica.

Todos los días trabajo varias horas en mi consultorio y una de las cosas que disfruto es el encuentro con jóvenes que están transitando su adolescencia. Para ellos todo es posible aún y, muchas veces, se sienten incomprendidos –con justa razón– por aquellos adultos que les dicen que ya es tiempo de decidir tal o cual cosa, que deben hacerse responsables, que deben hacer caso a las exigencias de la realidad. Qué paradójica es la situación de los jóvenes: por un lado se les pide que sean autónomos, mientras que, por el otro, también que obedezcan. Me gusta la etimología de la palabra “obedecer”, que viene del latín “*ob- audire*”, es decir, que remite al escuchar. ¿A quién debe escuchar un adolescente? ¿A los adultos o a ese llamado que conduce a la vocación?

En mi caso, tuve que transitar un largo y sinuoso camino –*a long and winding road*, como la canción de los Beatles– para llegar a mi vocación como psicólogo. Estudié otras carreras, incluso me doctoré en Filosofía para, luego de un tiempo, decidirme a la práctica clínica. Cada día estoy más convencido de que no podría hacer otra cosa. No me interesa ser el mejor en lo que hago, sino estar seguro de que es lo que elijo. En el mundo competitivo en que nos toca vivir, muchas veces transmitimos a los jóvenes ideales de realización, cuando no valores exitistas, y olvidamos que el recorrido que lleva a una vida auténtica está –como canta Fito Páez–, finalmente, “al lado del camino”.

Escribí este libro con la intención de recuperar la idea de que la adolescencia es el momento de mayor autenticidad en la vida del ser humano. Que antes que extraviados, los jóvenes son quienes mejor saben de qué va la cosa, incluso cuando a veces puedan parecer un poco fantasiosos. Porque es durante la adolescencia que se logra el máximo equilibrio entre la realidad y la fantasía. Mientras que los niños gradualmente adquieren la noción de realidad y los adultos, por su parte, asumen como único interés la adaptación a los deberes que la realidad impone, el adolescente tiene la virtud de estar en el mundo pero sin llegar a confundirse con él. De ahí su potencial transformador, su fuerza para resistir (a veces, de manera rebelde) ante lo establecido; por eso incluso puede decirse que los adultos más interesantes son aquellos que conservan una mente juvenil (algo muy distinto al imperativo de “verse jóvenes” de nuestro tiempo).

La adolescencia es plétórica en posibilidades, es pura potencia. La adultez, en cambio, implica la llegada del acto: es el momento de la realización y las eventuales pérdidas. La adolescencia es ensayo y error, mientras que en la adultez el error puede volverse fracaso. Escribí este libro para reconquistar el valor que tiene la experiencia en la vida juvenil y así destacar cuán importante es que los adultos los acompañemos de manera responsable, para que las pérdidas y frustraciones, cuando llegue el momento de padecerlas, no sean tan dolorosas y puedan ser elaboradas como pasos en el camino

hacia un presente que se puede elegir. De esta manera, los errores podrán ser elaborados y juzgados sin perder lo más importante que tiene una vida auténtica: sentir que es propia.

Intro

SINFONÍAS PARA ADOLESCENTES

“Los analistas no podrán entender”, dice una canción de Charly García, quien alguna vez dijo que le hubiera gustado ser psicoanalista, pero se asustó. ¿Alguien se imagina a Charly García asustado? Un hombre capaz de tirarse de un balcón, el artista que tuvo el coraje de componer algunas de las canciones más emblemáticas del rock nacional.

Charly García fue uno de los ídolos de mi adolescencia. Todavía recuerdo la noche en que una amiga de aquellos años me llevó a su mítico departamento en Coronel Díaz y Santa Fe. Charly estaba algo inquieto, parecía escuchar más de lo que los demás escuchamos ordinariamente. Nos pedía que nos sentáramos en lugares específicos, como si buscara una afinación. Hace poco leí una entrevista en la que decía que las bocinas estaban afinadas en la nota Si, por eso su estridencia. Esa noche era como si hubiéramos estado todos desafinados. Charly apoyó su oreja en la espalda de las diferentes personas que estábamos en el departamento y nos decía dónde sentarnos. A mí me dijo que estaba afinado en La7; por cierto, se trata de una nota que siempre me gustó mucho. Sentí que Charly me conocía, que sabía de lo más íntimo de mí sin que yo se lo hubiese contado.

Tiempo después me pregunté qué hubiera ocurrido si Charly, con su oído absoluto, ese oído que le permite escuchar algo que los demás no escuchamos, se hubiese atrevido a ser psicoanalista. Pensé que, a su manera, lo es. Por un lado, porque tiene la capacidad de hacer llegar un mensaje a la sociedad, de un modo en el que solo hace falta un breve lapso para que todos repitamos sus frases. Charly, al igual que los analistas, interpreta y dice cosas que hacen pensar. Por otro lado, hay otra afinidad entre Charly y el psicoanálisis, por su particular interés en hablar a los adolescentes. (1) Los interlocutores de su música siempre serán los jóvenes, tal como lo demuestra el último disco que grabó con Sui Generis, en su regreso en el 2000: *Sinfonías para adolescentes*.

A diferencia del psicoanalista Sigmund Freud, que pensaba que era preciso ir hasta la infancia para encontrar el origen del psiquismo, el psicoanalista Charly García confía en que la adolescencia es la etapa más importante de la vida, que ese es el momento preciso en que la mente se encuentra en el estado más propicio para decidir su destino. Por mi parte, quisiera aplicar a esta disputa las palabras que alguna vez dijo Aristóteles respecto de la relación con su maestro: “Soy amigo de Platón, pero mucho más de la verdad”. En mi caso, entonces: “Soy freudiano, pero también discípulo de Charly”.

Luego de *Más crianza, menos terapia* decidí escribir un libro sobre mi práctica con adolescentes. Sin embargo, este no es un manual acerca de cómo lidiar con los jóvenes. En este punto, cabe hacer una primera distinción preliminar: la adolescencia no son los adolescentes. Si pudiera decirlo de manera paradójica, diría: la adolescencia hoy en día

está en todos lados, menos (a veces) en los adolescentes. Por eso hoy se habla de adolescencia extendida –y quizás alguna vez se llegue a proponer que la adolescencia dura hasta los 70 años, dada la relativa inmadurez de los adultos en el mundo contemporáneo–, o bien algunos padres de niños pequeños dicen: “Está muy adolescente”, por ejemplo, de una niña de 4 años, solo porque es respondona o desafiante.

Para ser más preciso, en el párrafo anterior, “adolescencia” significa inmadurez generalizada o precocidad rebelde, mientras que los adolescentes no son necesariamente inmaduros o rebeldes. Se trata de cuestiones distintas. De un tiempo a esta parte, por ejemplo, los adolescentes de nuestra época tienen una participación social que antes no tenían. En este sentido, en otro tiempo era preciso que los jóvenes esperasen hasta la mayoría de edad para tener una vida pública; en el nuestro, a través de las redes sociales suelen opinar y generar tendencias, ser *youtubers*, *influencers*, etc., con amplio poder de convocatoria y con la autorización de una voz que antes era inimaginable. Por eso, ya no cabe decir que los adolescentes están a la espera de ser “grandes”, porque la frontera entre las cosas de chicos y las de grandes se ha desdibujado.

Asimismo, a partir de las nuevas tecnologías la brecha generacional se volvió más amplia, pero también difusa. Estoy convencido, para el caso, de que los adultos de hoy en día tenemos serias dificultades para entender qué le pasa a un joven. Por ejemplo, en el último tiempo ha surgido el término *millennial*. Se trata de la generación que sigue a la llamada “Generación X” y se encuentra caracterizada por la hiperconexión. En términos generales, los *millennials* nacieron después de mediados de los ’90 y, por ejemplo, vivieron desde niños en casas en las que hubo computadoras, o bien llegaron a la juventud con un teléfono celular en la mano. Sin duda, no es lo mismo haber nacido en un mundo que desconoció el televisor y otros objetos como el teléfono inalámbrico, que haber nacido junto a una pantalla. Incluso en mi caso, recuerdo que tuve mi primer teléfono celular a los 23 años. Lo maravilloso es que hoy la vida sin ese móvil me parece impensable... Algo parecido ocurre con las personas mayores que, con el tiempo, se fueron acercando a Internet y las redes sociales. Hoy en día, muchas de ellas incorporaron el mail, el Facebook y hasta desarrollaron algún tipo de vicio virtual. Digo esto para enfatizar, de regreso a la cuestión de la brecha generacional, que muchas de las características que se atribuyen a los *millennials* (impulsividad, inmediatez, etc.) no son en realidad rasgos propios, sino las características que asumieron los más grandes cuando se encontraron con las tecnologías. En última instancia, los verdaderos *millennials* somos nosotros, en nuestra expectativa de vivir como los jóvenes, mientras que los jóvenes de nuestro tiempo aún son un misterio.

Podría dar otro ejemplo. Que los jóvenes de nuestro tiempo son un enigma lo demuestra también la experiencia reciente que nombra el término “poliamor”. Los adultos rápidamente queremos reconducir el modo en que los jóvenes cuestionan el amor romántico (deseo posesivo, exclusividad sexual, etc.) hacia el amor libre de los años ’60 y ’70. Sin embargo, el poliamor no tiene nada que ver con la revolución sexual de aquellos años. No es muy claro lo que este término significa aún; por un lado, remite a

una crítica de la deshonestidad en la pareja, ya que se trata de no ocultar al otro que el deseo eventualmente puede tener otros destinos; por otro lado, busca explorar una forma de compromiso que no se basa en los celos y en el miedo a la traición. En fin, aquello que los jóvenes llaman hoy en día “poliamor” no se parece en nada a la promiscuidad que los adultos queremos achacarles –lo que no quita que entre los jóvenes de hoy en día haya conductas promiscuas.

Conversar con adolescentes implica dejarse guiar y no interpretar de antemano, no hacer rápidas asimilaciones ni conclusiones precipitadas. Charly tiene razón, “los analistas no podrán entender” y agrego: es bueno saberlo y por suerte es así, porque solo de esa forma es que un psicoanalista puede acompañar a un joven en su crecimiento, dejándose enseñar.

1. Para conocer más afinidades entre Charly García y el psicoanálisis, recomiendo la lectura del hermoso libro del Profesor Marcelo Mazzuca: *Una voz que se hace letra. Una lectura psicoanalítica de la biografía de Charly García.*

Capítulo 1
LA SEXUALIDAD

CUANDO EL CUERPO DESPIERTA

“Al fin llegó la primavera”, canta Charly García en su último disco *Random*. “Qué más quisiera que pasar la vida entera, como estudiante el día de la primavera”, dijo unos años antes Andrés Calamaro en una canción de *Honestidad brutal*. Y hay más, otras canciones que relacionan la juventud con la primavera. ¿Hay mejor manera de hablar de la adolescencia que arrancar desde la música?

Las canciones no son solo obras artísticas. Si bien es difícil entender qué le pasa a los adolescentes, quizá no haya mejor manera de acercarse a esta etapa de la vida que a través de la música. Por ejemplo, cuando apareció el rock n' roll en las décadas '40 y '50 se creyó que el mundo iba a terminar: ¿de dónde venía tanto ruido? Este género musical produjo un quiebre con adultos, similar quizás al que hoy encontramos con las nuevas tecnologías. El rock no fue simplemente un estilo, sino un modo diferente de relación con la música que implicó, por un lado, un acercamiento de la música a las capas populares y también a los jóvenes. Por otro lado, una ampliación de la frontera musical porque, a partir de entonces, se empezó a escuchar música en lugares en los que antes era impensable: hoy nos parece lo más natural del mundo entrar a un supermercado y que haya música; pasear por un shopping –en Argentina, el Shopping Sur fue el primer centro comercial, inaugurado en 1986– y que haya música; salir a correr y escuchar una selección de las canciones que nos gustan. Sin embargo, en una época (antes de los '70) no lo fue y, para el caso, no cabe más que recordar la imagen que denunciaban los adultos en la década del '80 y los '90, la del adolescente aislado en su walkman. Hoy decimos que están aislados en la computadora o en las redes sociales. Esto demuestra que no hay que ir tan rápido, que no hay que interpretar demasiado fácilmente, porque los adultos no entendemos a los jóvenes y, por lo general, eso lleva a que tengamos juicios negativos.

Para acercarnos a la adolescencia, necesitamos la música. Por eso en este libro utilizaré varias referencias a canciones populares. Ellas son –para citar otra vez a nuestro analista de cabecera, Charly García– el “inconsciente colectivo” de la época.

Si las canciones tienen algo maravilloso es porque “despiertan” en el doble sentido: por un lado, un día una canción aparece, como si hubiera brotado de la nada y se convierte en un éxito que puede llegar hasta una cancha de fútbol; por otro lado, puede ser que pase un tiempo después de haber escuchado la canción varias veces, incluso durante años, para que en cierta ocasión, digamos: “Ah, mirá lo que dice” y así es que prestamos atención, como si fuera la primera vez, a una letra que quizá sabíamos de memoria. El efecto contrario también es conocido: puede ser incluso que repitamos hasta el cansancio una canción que no sabemos qué dice, a veces por propia voluntad (por algo existe el botón *repeat* en los equipos), pero también con la cabeza cuando decimos “se me pegó

esta canción” y no nos suelta. La música y sobre todo las canciones tienen ese efecto particular, que hace de ellas algo diferente a cualquier otro tipo de arte.

Y la adolescencia ¿no es acaso un despertar, a partir de la llegada de esa primavera que es la pubertad? Puede ser que las formas de hacerlo cambien con el tiempo, que los medios de elaboración de esa energía que aflora en el cuerpo sean distintos en cada época, pero hay circunstancias que permanecen.

Sin duda nos encontramos con esos “raros jóvenes nuevos” –una vez más sigo al maestro Charly–, pero es preciso no caer en un culto a la novedad, porque lo nuevo nunca es tan nuevo cuando la pubertad implica un desafío inequívoco desde que el mundo es mundo. Dicho de otra manera, puede ser que las formas y los medios hayan cambiado, que las melodías y la armonía de hoy sean diferentes, pero los conflictos y el trabajo psíquico que es preciso realizar durante la adolescencia permanecen; es decir, el ritmo sigue siendo el mismo.

Pongamos un ejemplo. Es posible que la manera en que un varón joven hace frente al embate de la sexualidad hoy en día, sea distinto al de hace unos años. Con las redes sociales, el conflicto de vergüenza que implicaba acercarse a otro (con el fin de intimar) parece algo del pasado. No obstante, lo que la mayoría de los jóvenes cuenta es que si bien pueden ser muy desenfadados en lo virtual, en el “cara a cara” (cuerpo a cuerpo) se han vuelto mucho más vergonzosos. Por lo tanto, no es que el conflicto de vergüenza haya desaparecido, sino que se ha radicalizado, incluso porque las vías simbólicas de llegar al otro –a través de ritos de iniciación– se redujeron.

Hasta hace unos años Los auténticos decadentes cantaban en *Vení Raquel*:

*Yo la quería encarar,
ay, pero solo no me animaba;
fui hasta el café, busqué a mis amigos
y... la encaramos en barra.*

Este breve fragmento de una letra clásica de los '90 muestra el lugar que ocupó en aquel momento el grupo de pares, en los varones, como vía de acceso al otro sexo. Hoy en día las cosas han cambiado pero los conflictos aún permanecen.

EN BUSCA DE LA ADOLESCENCIA PERDIDA

Esta primera parte del libro intenta una reflexión general sobre la adolescencia, desde sus condiciones hasta su instalación efectiva. En principio, cabe aclarar que se trata de una noción muy amplia, de interés para la sociología, para la antropología y otras ciencias humanas; es decir, no se trata de un concepto estrictamente psicoanalítico, pero sí de un fenómeno concreto que se ofrece a la interpretación. En el sentido preciso del término, una interpretación no pretende ser explicativa o definitoria; no voy a dar una definición sobre qué es la adolescencia. En todo caso, apuesto a especificar las diferentes características, operaciones y el trabajo psíquico que se determinan en esta experiencia.

Digo “operaciones y trabajo psíquico” porque la adolescencia es como tal un

conjunto de fenómenos ambiguos. ¿Cuáles son sus límites? ¿Cuándo empieza y cuándo termina? ¿Cómo reconocer al adolescente normal y al patológico? En efecto, en cada una de estas preguntas se trata de pseudoproblemas, pistas falsas que desestiman el carácter difuso con que el adolescente se presenta desde siempre. Incluso en nuestros días advertimos una tendencia hacia lo indefinido: pasados los treinta años, todavía nos encontramos con esos adolescentes “tardíos” que, en realidad, no hacen más que demostrar los obstáculos para la asunción de una posición adulta en el mundo contemporáneo.

Por eso, antes que un estudio cronológico o esquemático, nuestra vía de aproximación a este fenómeno inquietante –extraño e íntimo al mismo tiempo– radica en realizar lo que el filósofo Paul Ricoeur llamaba (para la exégesis textual y el método filosófico) *rayonnement étoilé*, es decir, una iluminación por destellos que ubique diferentes formas, contornos o figuras –es decir, variaciones y matices– de un sutil movimiento. Entendiendo también a estas últimas figuras del mismo modo en que lo hace Roland Barthes en un libro que nadie que converse con adolescentes debería dejar de leer, me refiero a sus *Fragmentos de un discurso amoroso*:

La palabra [figuras] no debe entenderse en sentido retórico, sino más bien en sentido gimnástico o coreográfico; es de una manera mucho más viva, el gesto del cuerpo sorprendido en acción.

Me fascina la expresión “el gesto del cuerpo sorprendido en acción”. Este es el sutil movimiento de la adolescencia: un cuerpo que se despierta, que se pone en acto, que realiza diferentes gestos sorprendentes, hasta que surge el deseo.

Desde hace un tiempo se viene hablando (en medios gráficos, pero también en congresos de especialistas) de una “adolescencia perdida”. Pareciera tratarse de una cuestión de actualidad, pero ¿si la pérdida no fuera algo más que un epíteto o una calificación coyuntural? No solo la pérdida de la infancia –aspecto destacado por varios autores, ya clásicos– sino también pérdidas vinculadas con el cuerpo, en la relación con el otro y el semejante, como también con el porvenir. En lugar de pensar la adolescencia desde el terreno infértil que abandona, prefiero destacar su transición en función de la realización de un presente.

Adolescente no es solo el que deja atrás el pasado, sino quien puede destituir al futuro de su carácter idealizado y subyugante. De ahí que me oponga a las versiones vulgares de la adolescencia que la reducen a la “edad del pavo”, para poner en un primer plano la función de la “elaboración” –operador fundamental de la experiencia del psicoanálisis y de la vida, que etimológicamente retoma la idea de *laborare* (trabajo)–.

¿Cuáles son los modos que asume la elaboración de pérdidas en la adolescencia? Con los interrogantes que se desprenden para la inquietud de padres y educadores: ¿Cómo entrever el síntoma en la adolescencia? ¿Cómo hablar con un adolescente? ¿De qué manera pensar la configuración de la relación vincular? Por esta vía nos adentraremos en la segunda parte del libro –que interroga las figuras típicas de los adolescentes en el siglo XXI–, para luego continuar con las perspectivas vocacionales y de consejo para padres

en la tercera y cuarta parte, la construcción de conceptos para profesionales en la quinta y concluir, finalmente, en el camino que lleva a la madurez.

Voy a ser taxativo. El adolescente no es el que “vive en la luna de Valencia”, sino un ser en transición comprometido con ciertas operaciones psíquicas. Es decir, mucha de su energía psíquica está puesta en el crecimiento, en el esfuerzo de abandonar su niñez para alcanzar la madurez emocional. Aquella concepción extraviada de la adolescencia es una versión defensiva que, muchas veces, los propios adultos imponemos para reprimir el sufrimiento que se abre paso en esta etapa de la vida. En el film célebre *El amor a los veinte años* –en el que varios directores ofrecen una mirada sobre el mundo adolescente– la pantalla se ilumina con una secuencia de imágenes nostálgicas y una canción:

*Los jóvenes del mundo se enamoran
de Este a Oeste, de Norte a Sur.
Como una manzana roja muerden la vida
cuyo jugo cae de sus bocas.
Besos y dolores de cabeza,
encontrarse y partir.
Dame tu mano, toma mi corazón.
Puede terminar en alegría,
puede terminar en dolor.
Tiernos y crueles
Los sueños de los jóvenes son tantos...*

Encuentro y decepción. Ternura y crueldad. Morder y partir. En última instancia, no hay definición positiva de la adolescencia, sino –como en un aforismo de Heráclito– convergencia al divergir de los opuestos. Quizá por eso la adolescencia sea también la lupa de aumento para esclarecer de la mejor manera un rasgo que trasciende un momento específico, una etapa de la vida que es el rasgo más propio del ser humano: la condición paradójica del deseo y sus eventuales contradicciones.

No es adulto quien sabe lo que quiere, quien ya no padece las paradojas y contradicciones del deseo, sino quien acepta que puede querer cosas que no sabe por qué las quiere y, sin embargo, debe decidir qué hacer. Es una imagen falsa de la adultez la que propone a una persona resuelta y segura de sí, cuando en realidad llegar a la madurez es haber alcanzado la capacidad para soportar una vida con conflictos sin desestructurarse por eso. Porque la vida es conflicto.

LA CRISIS

La palabra “crisis” es elocuente para dar cuenta de la adolescencia. Como alguna vez destacó el psicoanalista Octave Mannoni, en toda crisis hay algo decisivo. (1) Por ejemplo, en la medicina clásica se usa el término para dar cuenta del momento en que una enfermedad llega a su desenlace, es decir, cuando se decide su final (la curación o la muerte). En este sentido, la adolescencia es una instancia de crisis, ya que en su transcurso se decide una vida, se elige la vida.

Asimismo, etimológicamente la palabra “crisis” remite a la idea de juicio (*krisis*), es

decir, al momento en que algo podrá juzgarse. ¿Será por eso que siempre estamos juzgando a los adolescentes y no confiamos en sus propios juicios? Tenemos miedo de que tomen sus primeras decisiones, a veces incluso dejamos de acompañarlos para tratarlos como niños a los que hay que controlar. Es sabido lo que a veces ocurre si los adultos están muy encima de los jóvenes. Recuerdo el caso de una madre que en consulta me decía que su hijo (14 años) ya iba por el tercer celular perdido en apenas dos meses. En el curso de la entrevista ella me contó el modo en que su hijo debía, al llegar a un lugar, escribirle un mensaje. Al salir, enviarle otro y así. De más está decir que perder teléfonos era la manera sintomática en que este joven le hacía llegar a su madre el mensaje de lo agobiado que estaba.

No hay manera de acompañar a un joven en su crecimiento sin angustia. Ser un adulto junto a un joven no es ser un modelo al que aquel debe identificarse, sino alguien puesto en cuestión no solo desde los ideales sino también en los temores. Porque hay un dato cierto: si hemos criado a nuestros hijos en un clima de confianza, la respuesta que nos den puede ser que no nos guste, pero no será contra nosotros. Lo fundamental en estos casos es evitar que el joven se ponga en contra y para eso es capital aceptar su diferencia constitutiva. Por supuesto, aceptar la diferencia no quiere decir ser iguales, sino asumir que hay cosas que no podremos entender, porque nuestro mundo es diferente al suyo.

Hace poco unos padres me decían estar preocupados porque su hijo (16 años) quería tatuarse. Para aquellos que hoy tienen entre 40 y 50 años, el tatuaje está asociado a un imaginario específico: delincuencia, drogas, marginalidad, potencial contagio, etcétera, con el correlativo temor de que el tatuaje implique consecuencias a futuro, como en el caso de estos padres: “¿Cómo va a conseguir trabajo si va con el brazo tatuado a una entrevista?”. En un caso así no alcanza con decirle a los padres que el tatuaje ya no ocupa en la vida social el mismo lugar; hoy en día se ha vuelto algo aceptado, incluso los famosos se caracterizan por ostentar sus diseños (a veces hasta en todo el cuerpo) y es un signo de estatus antes que una forma de exclusión. Digo que no alcanza, porque de todas formas el problema se reproduce: “Yo no quiero que mi hijo se arruine el cuerpo”, dijo la madre. En este punto, no se trata de convencerla de lo contrario, sino de ubicar la relación que un adulto establece con el cuerpo de un joven, que ya no es el cuerpo de un niño y que, por cierto, en poco tiempo podrá hacer lo que guste sin autorización explícita. Dicho de otra manera, el trabajo terapéutico consiste más bien en evitar la penosa situación de que el joven un día llegue tatuado a la casa; es decir, evitar que caiga la palabra como puente de lazo entre adultos y jóvenes.

¿Quiere decir esto que hay que negociar con los jóvenes? En absoluto. A veces me sorprende cómo el vocabulario empresarial inundó el ámbito de las interacciones humanas. Se habla de “gestionar” tiempo, “capitalizar” intereses comunes, como si las personas fuésemos empresas que pueden fusionarse o CEOs de una vida compartida con otros. Por el contrario, cuando hablo de “evitar que caiga la palabra”, me refiero a que la palabra no es solo un vehículo de comunicación, para que cada uno diga lo que quiera, sino que la palabra es abrirse también a escuchar algo distinto, a que sea un poder

transformador que nos haga pensar algo diferente. Por eso muchas veces las personas que se enojan no quieren hablar, porque enojarse es una manera fácil y cómoda de romper con la palabra. Siempre digo a los padres de adolescentes: “Ustedes no pueden enojarse y si se enojan (porque es inevitable a veces), es importante que no permanezcan en esa actitud”, porque el enojo es la manera más infantil de reaccionar a un conflicto. Entonces, les pido que no abandonen su lugar de padres que, además, son adultos; es decir, que no renuncien a la palabra en momentos de crisis para que, justamente, se llegue a una decisión que los incluya en la deliberación. A los adultos no les gusta decidir solos las cosas, siempre necesitan interlocutores y, por lo tanto, no hay que dejar ese espacio vacante.

Como dije más arriba, adolescente es quien descubre el carácter paradójico del deseo. El adolescente quiere ser reconocido como grande pero nada lo infantiliza más que esa expectativa de reconocimiento. Por un lado quiere ser grande pero, por otro, busca a un grande que lo autorice a serlo; entonces, a veces no tiene más remedio que buscar la provocación y el desafío para destituir esa autoridad que él mismo puso como condición de su crecimiento. Este punto de llegada, sin embargo, no es obligatorio si el adulto puede recurrir al poder de la palabra, para que sea la palabra la que autorice, en lugar del adulto quedar ubicado en el lugar de ser quien da permiso. No porque no haya que dar permiso, sino porque se puede autorizar sin que sea el adulto quien se ubique como condición de lo autorizado (“Vas a la fiesta porque yo te dejo”) para que sea la palabra asumida la que permita (“Al escucharte descubro que estás en condiciones de ir a una fiesta y tener los cuidados correspondientes”). Nadie puede dar permiso para ser grande, esto es una trampa que, si no es considerada, puede llevar a que el vínculo entre un adolescente y sus padres permanezca fijado en una relación infantil.

Agrego un segundo sentido para la palabra “crisis” –de acuerdo también con Octave Mannoni– y me interesa destacar que indica un estado agudo, como cuando se habla de una crisis de nervios. En este sentido, hay una crisis propia de la adolescencia porque esta es también la etapa de la vida en que se desencadenan muchas patologías que, hasta entonces, habían permanecido en estado latente. No solo psíquicas, sino también orgánicas –más adelante hablaremos sobre eso–. Y, en función de establecer momentos en los que cabe consultar con un terapeuta, hacia el final del libro propondré un capítulo específico.

Está en nosotros, los adultos, no pasar de un sentido a otro de la palabra “crisis”, esto es, que la preparación para una decisión que será novedosa no se transforme en un proceso patológico; o para decirlo de otra manera, que la crisis propia y natural de la adolescencia no se convierta en una adolescencia en crisis, para que el adolescente pueda, en algún momento, dejar de ser tal. Cuando esto no ocurre, la adolescencia se fija como forma de vida y se prolonga más de lo necesario. Entre una cosa y otra, se trata del valor de la palabra. No por nada hemos jugado con las palabras y diferentes sentidos a lo largo de este capítulo, porque las palabras pueden ser solo palabras, pero sus efectos son reales.

Llegar a la madurez es haber alcanzado la capacidad para soportar una vida con conflictos sin desestructurarse por eso. Porque la vida es conflicto.

1. Para pensar la crisis adolescente también fue una influencia muy importante para mí el libro de Juan David Nasio *Cómo actuar con un adolescente difícil*, a quien le agradezco el ensayo con que inicia este libro.

DEL QUÉ SOY AL QUÉ ME GUSTA

Los padres de Bárbara (10 años) pidieron la consulta porque se trata de una nena retraída que tiene pocos amigos en la escuela. Hasta hace unos años, era común que el motivo por el cual se solicitara una entrevista con un terapeuta estuviese relacionado con alguna dificultad de aprendizaje. Sin embargo, en el caso de Bárbara se trata de una chica muy inteligente, que se destaca por sus logros; si bien no es lo que habitualmente se llama “traga”, jamás ha reprobado un examen y sus maestros suelen felicitarla por su desempeño. En todo caso, su dificultad radica en que, al igual que los “tragas” o *nerds*, transcurre su escolaridad en cierto aislamiento y, además, tiene una particular reserva respecto del crecimiento que advierte en sus compañeras. En su clase, algunas chicas ya se han desarrollado físicamente y en una charla con su madre dejó entrever que ella quisiera que eso más bien no le pase.

Una de las cosas más interesantes de los encuentros con Bárbara es su forma de hablar. Además de inteligente, se trata de una chica con mucho sentido del humor y una capacidad irónica de la que a veces soy víctima; por ejemplo, en cierta ocasión entró al consultorio con una vincha que le tapaba los ojos y, cuando le pregunté si no quería verme, me respondió: “Qué egoísta y soberbio, siempre queriendo que todos te miren”. Me divierte especialmente el modo en que ella se burla de mí –sobre todo de mi persona cuando adquiere cierta aparición pública, como si estuviera celosa de que otros me presten atención (lo cual es relativo, claro está), pero también que participe del mundo de los adultos–; en su burla siempre hay algo que indica, por un lado, el esfuerzo que hace por resultar ingeniosa, como una manera de sentirse más grande para sí misma y, por otro lado, la proyección de su propia indefensión compensada con una altanería reactiva. Después de todo, no es otro el motivo de su aislamiento: sus compañeras, las que empiezan a recorrer el camino que lleva a la feminidad, le parecen tontas, hablan de pavadas, mientras ella se refugia en una imagen autosuficiente. Parece madura pero su madurez no es más que una estrategia de evasión, que relega el desarrollo de los aspectos emocionales y enfatiza una mascarada intelectual. Bárbara es una chica que no quiere crecer.

Con el tratamiento, comenzó a bajar sus defensas. Por cierto, estas defensas no son algo patológico. Cuando digo “defensas”, me refiero a un trabajo psíquico que es necesario que un niño haga para prepararse para la pubertad; se trata de ciertos “diques” como la vergüenza, el pudor, el prurito moral y un reforzamiento de los aspectos intelectuales que empiezan a producir un placer específico que, por ejemplo, permiten que un niño transcurra sus primeros años de escolaridad dedicado al aprendizaje.

Cuando antes dije que un motivo frecuente de consulta en la escuela primaria radicaba en dificultades para el aprendizaje, quise decir que si estos diques no se

construían, el niño se muestra como impulsivo y con serias dificultades para ser educado; también puede ocurrir lo contrario, es decir, que si estos diques se construyen con mucho énfasis entonces el niño ya no tiene fuerza para interesarse en otras cosas. En un abanico que va de un extremo al otro, en las puntas es que está la posibilidad de patología. Este es el momento del llamado “período de latencia”, que concluye con la pubertad, del que hablaré luego de tener en cuenta también la diferencia con la pre-pubertad (es el caso de Bárbara).

Que las defensas de Bárbara hayan empezado a bajar quiere decir que, con el tiempo, se animó a pensar en sí misma con una imagen que no era solo la de una alumna, es decir, empezó a darle un pequeño lugar a la sexualidad en su forma de verse. En una tarde de juego –a pesar de su edad, Bárbara aún jugaba con muñecas (como pueden imaginarse, se trataba de *Barbies*)–, me propuso armar una escena en la que había un casamiento y, como al pasar, me dijo: “Me gusta un chico”. Sin quitar los ojos del juego, le pregunté: “Ah, ¿sí?” –ya que no quería ser invasivo–. “Pero es feo”, dijo Bárbara. “Bueno, algo lindo debe tener si a vos te gusta”, agregué con torpeza ya que supuse algo que después confirmé: Bárbara jugaba a que le gustase aquel que no le gustaba a ninguna para no tener que competir con otra chica. Ella respondió: “No, es feo de verdad. A mí me gustan los feos”. Así transitó poco a poco el camino que, desde esta breve indicación, la llevó a dejar de jugar con muñecas para descubrir lo lúdico de las conversaciones. Así fue que Bárbara hizo su ingreso en la adolescencia.

¿QUÉ ES LA PRE-PUBERTAD?

En medios de comunicación y entre especialistas suele hablarse mucho de la infancia y de la adolescencia, pero ¡cruel destino para aquellos niños que permanecen en un estado “intermedio”, que se encuentran en tránsito desde lo infantil hacia la juventud, pero aún no han alcanzado la pubertad!

La pre-pubertad es una categoría importantísima para pensar el crecimiento de los niños, ya que denota el gran trabajo psíquico que se realiza antes de la irrupción de lo sexual. Según cómo se tematice este momento, los efectos de la activación juvenil de la sexualidad pueden ser muy diferentes.

La pre-pubertad no es tanto una edad cronológica, sino un intervalo. El “período de latencia” es aquel que comienza luego de atravesar el complejo de Edipo y constituir las barreras psíquicas que permiten el ingreso del niño al espacio escolar (como ya dije: vergüenza, prurito moral, etc.) a través de la inhibición de los impulsos, en pos de la sublimación que puede implicar el aprendizaje. La pre-pubertad es el estado terminal del período de latencia, y se caracteriza por anticipar ciertas identificaciones de género que, con la pubertad, habrán de reformularse y consolidar la elección sexual.

La pre-pubertad es la etapa en que, por ejemplo, las niñas escriben sus diarios íntimos (hoy en día esos diarios se escriben a veces en blogs y redes sociales; por ejemplo, con imágenes en “historias” de Instagram) y los varones comienzan a coleccionar objetos. He aquí una diferencia sustancial: mientras que los varones toman

objetos del mundo adulto para coleccionarlos (latas de cerveza, paquetes de cigarrillos, etcétera), en un acto que sustrae y miniaturiza formas adultas del goce, las nenas construyen un espacio de interioridad.

Ahora bien, ¿cuál es la “intimidad” del diario íntimo? En efecto, no se trata de llamar diario a un conjunto de anotaciones hechas en un cuaderno o soporte virtual. En el diario íntimo femenino se busca una voz propia. Mientras que es frecuente que en los niños pequeños veamos que utilizan frases de adultos, o que hablen y no sepamos quién habla (ya que repiten tal cual frases que escuchan de sus padres), en el habla del pre-púber se teje la distinción entre enunciado y enunciación, la diferencia entre el decir y lo dicho, es decir, no importa tanto qué se dice sino cómo se lo dice. En los diarios se le habla al diario (a veces hasta se le pone un nombre propio; por eso es tan importante cuando algunos pre-púberes dicen Mi Facebook, donde no se debe pensar que están embobados –como piensan los padres– sino que están haciendo un serio trabajo en torno a lo propio), se le pide disculpas por no escribir lo suficiente (Hace días que no posteo...), se ejercita la distancia entre el deseo de contar y lo que puede contarse (por ejemplo, cuando en redes sociales se utiliza un decir alusivo y se le habla a alguien pero sin decir su nombre). Asimismo, permite la proyección imaginaria en la identidad del personaje y la fantasía de la autoría (¡Qué tonta es la expectativa de que haya coincidencia entre el perfil de red social y la persona real!). *Seré escritora*, escribió una nena que me permitió leer su diario y notar cómo afirmaba una posición femenina antes de que la cuestión del sexo se plantee de manera acuciante.

Muchas veces, cuando son pequeños, los niños tienen amigos imaginarios o invisibles, prolongaciones personificadas de sus primeros muñecos y compañeros de juego. Algo semejante ocurre en la pre-pubertad, en la que el diario (o la red social) viene a ocupar esta misma reduplicación narcisista, pero con otros fines. La pre-pubertad es, en última instancia, una recuperación de los medios infantiles, pero en función de otros propósitos. Lo mismo ocurre con las colecciones, miniaturas que resignifican esas otras miniaturas que fueron los juguetes. Situación paradójica la del niño que crece: todo el tiempo readapta sus viejos recursos para lo nuevo. Paradoja que devela que lo propio del crecimiento es la resignificación, el dar un sentido nuevo a lo anterior.

Hoy en día a veces no es tan común que los niños coleccionen objetos inútiles o bien que escriban diarios íntimos. Estas series (la de los objetos y la de los cuadernos) exponen un trabajo mental en relación a separarse psíquicamente de los padres, ya que se trata de objetos que para los adultos son basura o bien de palabras que escriben para que no sean leídas por ellos, por eso son tan importantes. La búsqueda de una voz propia y el trabajo infinito de la colección (que siempre busca un objeto faltante) horadan progresivamente que los únicos interlocutores de un niño sean sus padres, construyen un espacio al que los adultos no ingresan. A partir de este hueco se va entrando lentamente en el mundo de la juventud. Los niños de nuestro tiempo a veces pueden quedar detenidos en momentos previos a esta etapa, incluso otras veces adviene la pubertad y no por eso consiguen madurar. Porque bien se puede tener la posibilidad del sexo y no por ello haber crecido psíquicamente. Por eso es tan importante que repensemos el trabajo

psíquico que la pre-pubertad impone al niño como trasfondo de muchos de los síntomas de nuestra época.

Hay otro caso que ilustra muy bien esto de que estamos hablando. Se trata de Benjamín (12 años) cuya consulta surgió a partir de su estado de embotamiento generalizado, no solo en el aula pero respecto de este ámbito era notoria la preocupación de los padres (y la escuela) acerca de su ingreso en el primer año del secundario para el que no estaba en condiciones de incorporarse. Su rendimiento escolar era regular, más bien se diría que zafaba y esta era la gran inquietud de cara al pasaje al secundario; porque Benjamín era un niño pequeño en el cuerpo de un muchacho. De contextura grande, bonachón, aunque muy aniñado, aún vestía con la ropa que le elegía su madre, preferentemente joggings. Parecía desinteresado respecto de su imagen. La primera pregunta que me surgió al conocerlo fue, ¿dónde está la energía de este chico? No era desvergonzado, pero porque su interés por la sexualidad parecía nulo; aunque sí llamaba la atención que podía hablar de cualquier tema con cierta ajenidad como si él no estuviese en lo que contaba.

A pesar de la edad, me pidió jugar a las cartas y así empezamos nuestras partidas a la escoba de quince. En particular, me pareció significativo el modo rígido en que jugaba (como si el juego se hubiese vuelto mecánico) y, en el medio de las partidas, surgió un primer tema de conversación: los documentales que le gustaba ver en la televisión. Incluso podía quedarse hasta muy tarde mirándolos, cuando ya la familia dormía. En este punto pensé que, de alguna manera, en esos documentales se jugaba una forma preliminar de colección que le permitía estar a solas (cuando todos duermen). Me empecé a interesar por sus documentales y Benjamín me contó un montón de datos inútiles que con el tiempo olvidé, pero que en su momento me resultaron fascinantes (como que las ballenas son mamíferos y tienen pulmones). Sobre todo empezaron a descollar en nuestras conversaciones los datos que él averiguaba sobre las pirámides y la muerte de los faraones.

A propósito de los egipcios y de Cleopatra, Benjamín me comentó que le gustaban las chicas pero, curiosamente, en lugar de hablar de él me contaba las distintas aventuras de un compañero de curso que había tenido algunas experiencias. No me tomó demasiado tiempo advertir que esas historias podían no ser verdaderas aunque no dejaban de ser reales; tenían, para decirlo de otro modo, la verdad de la ficción, al menos en el punto en que fueron como cuentos que él narraba. Así es que fue creando en las distintas sesiones la versión de un alter ego, como si fuera un personaje de una novela, la historia de una vida que le hubiera gustado tener.

Por esta vía, Benjamín se fue despegando de un juego mecánico e infantil en el que se encontraba detenido y recobró la fuerza para su crecimiento con la fantasía de convertirse en director de cine en algún momento. De esta manera, empezó a tener pudor a la hora de contarme ciertas cosas y noté que se empezaba a recortar un espacio de intimidad al que yo podía no tener acceso, a menos que él me lo permitiese. Despedí a Benjamín cuando ya era un muchacho en condiciones de continuar solo con su crecimiento, luego de haber activado los diques psíquicos de la latencia y elaborado la

posición pre-púber que, aunque ya tuviera un cuerpo varonil, no había conseguido en su momento.

La pubertad es un fenómeno fisiológico, basado en la maduración del cuerpo; mientras que la adolescencia es una instancia de elaboración psíquica que tiene una fase previa en un trabajo psíquico que debe realizarse en la pre-pubertad –para completar el período de latencia– y continuarse en la asunción de la sexualidad ya no a través de una imagen (de género) sino a partir de una elección sexual. Dicho de otra forma, si la pre-pubertad concluye con la identificación que establece a qué género se pertenece, la adolescencia orienta el deseo hacia el otro; es decir, se trata del pasaje del *qué soy* al *qué me gusta*, que tiene en el medio la pubertad como acontecimiento del cuerpo.

CUANDO FRACASA LA LATENCIA

En el comienzo de este libro destacué que la adolescencia puede ser un fenómeno que vaya más allá de la vida de los adolescentes (dado que hay personas de más de 40 años que siguen en esa posición) y puede haber adolescentes cuya adolescencia se encuentre interrumpida o bien que quedaron fijados en etapas de la latencia o de la pre-pubertad. Esta distinción es para subrayar que si la adolescencia supone una cuota de inmadurez, no por eso los adolescentes son necesariamente inmaduros.

Ahora bien, a las dos coordenadas mencionadas (fijación en la latencia y la pre-pubertad) cabe agregar una tercera, un poco más complicada: cuando fracasa la latencia. Es muy frecuente encontrarse con jóvenes que, a pesar de la edad, ni siquiera han constituido de manera eficaz el período de latencia, con lo cual el desarrollo puberal no impone una reestructuración psíquica como la que sí la adolescencia supone, sino una profunda desorganización que, en el caso de la consulta con un terapeuta, requiere un rápido diagnóstico y una intervención eficaz.

A primera vista, podría creerse que lo propio del período de latencia es una particular desexualización –a veces suele decirse eso, que la sexualidad desaparece después del período culminante de la masturbación infantil asociada al complejo de Edipo–; sin embargo, se trata de otra cosa: de que la fuerza de la sexualidad se use para producir contra-fuerzas (llamadas “formaciones reactivas”) que permitan que el yo preste más atención a sus intereses de auto-conservación (como el estudio). Para seguir con el indicador destacado en el apartado anterior: es poco corriente que un niño sienta vergüenza, pero en determinado momento esta surge y es un gran impulso para el asentamiento de la personalidad, ya que gracias a la vergüenza se reconoce la presencia del otro, se establece una diferencia entre lo íntimo y lo público, se elabora lo que puede compartirse y lo que es privado, etc. Otro mecanismo importante de este momento es la sublimación, que consiste en que los intereses sexuales admiten sustitución y, por ejemplo, a través de la colección de objetos se puede derivar el placer expulsivo de los excrementos –¿qué es coleccionar sino acumular y guardar porquerías? Por suerte ya no en el propio cuerpo–.

Esta deriva es la que permite esclarecer que los problemas típicos de la latencia estén

articulados a problemas del aprendizaje, o bien a ciertas inhibiciones demasiado profundas en la relación con los semejantes; mientras que casos del fracaso de la latencia son, por ejemplo, aquellos con que nos encontramos en la presentación de problemas asociados a la vulneración de los diques morales, más cercanos a la violencia y que, en mi libro *Más crianza, menos terapia*, vinculé a la presencia continua de una impulsividad, falta de atención y excitación motora.

Sin embargo, cabe hacer aquí una distinción muy importante. Una cosa son los síntomas propios de esta coyuntura (fracaso de la latencia) y otra lo que habitualmente conocemos en base a la presencia de la transgresión en el adolescente. Para este, la manifestación del deseo es inevitablemente por la vía transgresiva y esto se debe a una cuestión estructural, en absoluto es algo que podría ser patologizado. Dicho de otra manera, es posible que en un joven de 15 años, por ejemplo, encontremos manifestaciones de impulsividad y esto pueda deberse a un fracaso de la latencia –en cuyo caso sería algo patológico– o bien a una reaparición del deseo por la vía de la transgresión –en cuyo caso sería algo normal–. Para trazar este tipo de distinciones es precisa la consideración de un profesional que pueda hacer un diagnóstico justo.

Que el deseo adolescente está fundado en la transgresión se debe a un motivo que también se origina en una particularidad de la latencia: el hecho de que esta implique que no haya nuevas metas sexuales (es decir, que los principales objetos amorosos sean los padres). Por lo tanto, la pubertad erotiza el vínculo con los objetos parentales. Es lo que puede verse en la reiterada frecuencia con que los jóvenes tienen sueños eróticos con alguno de sus padres. Y la angustia correlativa. De este modo, la posición del adolescente es culposa por excelencia. Claro, no se trata de una culpa consciente sino de un sentimiento inconsciente. Por eso la transgresión adolescente, como forma del deseo, es una vía de salida ante esta posición regresiva. Al mismo tiempo que inscribe una ley, la desafía; o, mejor dicho, la inscribe al desafiarla.

He aquí un aspecto crucial que debe ser tenido en cuenta para pensar cómo tratar a un adolescente. Quien busque culpabilizar al adolescente (es decir, quien se sitúe demasiado en la dirección de una falsa responsabilidad, que hoy se enuncia con los términos trillados “hacete cargo”), producirá un reforzamiento inconsciente de la culpa, con lo cual la transgresión se volverá más cruda y perjudicial. Es lo que vemos ocasionalmente cuando, en el mundo social, los hijos de personas públicas que ejercen un lugar de autoridad suelen caer en feroces exabruptos. Hijos de militares, políticos, jueces, periodistas, etc. Un padre demasiado situado en el lugar ciego de la ley, produce lo peor... como lo demuestra Ricky, el muchacho vecino del protagonista de la película *Belleza americana*.

Recuerdo algo que dijo uno de los psicoanalistas que mejor estudió la adolescencia, me refiero a Donald W. Winnicott: la posición del adulto ante los adolescentes consiste en *resistir*. Esta resistencia no es algo pasivo, tampoco es un dejar hacer ni los falsos permisos con que nos topamos hoy en día. La resistencia a la adolescencia supone un ejercicio de la autorización, la facilitación de la experiencia, antes que la consideración del joven como un ser en déficit (al que le falta, el que sería un “pendejo”). Que el adulto

tenga que resistir implica reconocer que la resistencia es del adulto consigo mismo, porque somos nosotros, los grandes, quienes sintomatizamos (es decir, quienes padecemos con conflicto) la adolescencia de los jóvenes.

Situación paradójica la del niño que crece: todo el tiempo readapta sus viejos recursos para lo nuevo.

DEL GOCE SOLITARIO AL ENCUENTRO CON EL OTRO

Al llegar al consultorio, Tomás (16 años) encontró que, dado que era la hora de la merienda, yo tenía dos medialunas junto al mate. Una de grasa y otra de manteca. Le ofrecí una y me respondió: “No sé cuál elegir”; me preguntó si podía cortarlas por la mitad y hacíamos “miti-miti”. Me empecé a reír y le dije que me hacía acordar al personaje bíblico que andaba cortando cosas por la mitad. Se quedó pensando y me preguntó, con la más genuina de las ingenuidades: “¿Sofovich?” Después se puso a hablar de la muerte del actor Emilio Disi y de cómo los tipos con cara de boludos tienen mucho levante.

¿Puede haber algo más trivial que asociar la adolescencia con el adolecer? Esta visión lleva a una suerte de prejuicio que ubica al joven en un lugar de padecimiento. (1) El paso siguiente de este prejuicio es considerar al adolescente como un ser deficitario. En este sentido, prefiero la propuesta que hace el psicoanalista Luis Kancyper cuando vincula la adolescencia con la ingenuidad.

La etimología de ingenuidad es de lo más curiosa ya que su origen viene del latín *ingenuus* –vocablo con el que en el Imperio Romano se llamaba a aquellas personas nacidas libres y que nunca habían perdido su libertad como esclavos. Si el fin de la infancia implica la pérdida de la inocencia (por el descubrimiento de la sexualidad infantil), el fin de la adolescencia coincide con recuperar la libertad de la ingenuidad. Por lo tanto, afirmarse como ingenuo –en un mundo cínico y cruel, como en el que vivimos– tiene un valor revolucionario. Es algo positivo antes que una falta.

Estos no son buenos tiempos para la adolescencia pero, ¿alguna vez fueron buenos? A despecho de la nostalgia, tampoco cabría dejar de mencionar la dificultad que tienen los jóvenes para ingresar en espacios públicos. La reciente incorporación de los adolescentes a la política (algo que en la década de los '90 les estaba vedado) lo demuestra. Se los tilda de “pendejos con ambiciones”... y son personas que, en muchos casos, ya pasaron los veinte años. He aquí el prejuicio con que el mundo de los adultos mira a la generación que le sigue: el desprecio y la incapacidad para hacer nada. En otro tiempo, al menos se esperaba de un joven que trabajara y se independizara. Hoy se espera que no se drogue tanto –para decirlo con el humor de Peter Capusotto–. ¿Por qué miramos a los jóvenes desde esa mirada deficitaria?

Por lo tanto, ¿quiénes pueden ser interlocutores de los jóvenes hoy en día? Para responder a esta cuestión es preciso destacar la relación directa que suelen establecer los adolescentes entre sus padres y los educadores. Esto explica por qué incluso cuando la diferencia de edad es mínima, aquellos ubiquen a docentes y preceptores en un lugar

distante. Es lo que nos ocurre a varios de nosotros cuando por la calle –tal como conté en el prólogo, con la anécdota con que elegí arrancar este libro– algún muchacho nos dice *señor* (o *señora*) y pensamos *¡pero si tengo apenas unos pocos años más!* Así es que se verifica una especie de serie de los adultos (que incluye a padre, educadores y otros “grandes”) como algo impuesto, salvo en el caso de aquellas figuras que pueden reconocerse como “ídolos” de los jóvenes.

Los ídolos de la adolescencia no son figuras idealizadas. Importa subrayar que verlo de esa manera es otra confirmación del desprecio de los adultos, que suelen pensar a los jóvenes como fanáticos irreflexivos. El ídolo se caracteriza, más bien, por no tener edad: no es un par ni un adulto. Por eso es tan importante su constitución, ya que es la primera figura que descompleta la serie parental. Una clásica película –y todas las películas clásicas tocan fantasías estructurales del armado de la subjetividad– lo pone en acto: *Karate Kid* con su inolvidable señor Miyagi, de quien no se podría decir que es viejo... ya que es tan viejo que está fuera del tiempo cronológico. Que sea japonés, es decir, alguien venido de otra parte, indetermina su lugar como sustituto de los padres.

El señor Miyagi podría ilustrar el lugar que ocupa el interlocutor privilegiado para los adolescentes, especialmente en nuestro tiempo, cuando los jóvenes no tienen muchas personas con quienes hablar. Nuestra cultura le ha restado interlocutores a la adolescencia. Y respecto de la orientación que podría tener esta interlocución, antes que un representante de la autoridad que busque forzar un crecimiento culpabilizado (Ya estás grande para..., hacete cargo... y otras vías moralizantes), se trata de poder ser un intérprete silencioso del destino del autoerotismo infantil. Porque el desarrollo sexual supone un primer tiempo –en la infancia– cuyo punto culminante es el descubrimiento del erotismo a partir de la masturbación, y un segundo tiempo en el que esa práctica erótica se conduce del cuerpo propio al cuerpo de otro –en la adolescencia–.

El desarrollo puberal, en el medio de este camino lleno de vericuetos, refuerza las metas sexuales infantiles (dado que los primeros objetos de placer son los padres) y, en consecuencia, también implica un recrudescimiento de la masturbación. En efecto, esta última no consiste en la mera estimulación de los genitales. Hace pocos días una pediatra me comentaba la torpeza de una ginecóloga que, antes de la consulta de una púber, le había explicado detalles sobre el erotismo vaginal y la *necesidad* de aprender a tocarse... con la consecuente angustia de la chica. Por el contrario, la presencia de la masturbación se localiza en gestos más escurridizos. Por ejemplo, me acuerdo del caso de una chica que, con una gran dedicación al dibujo, pasaba horas dibujando y, por más que quisiera presentarse a concursos, muestras y certámenes, siempre quedaba por fuera. Algo semejante ocurría en el caso de un chico que, según sus padres, pasaba horas en el baño... bajo la ducha. Por cierto, no se trata de una cuestión de “cantidad de tiempo”, sino de lo que popularmente se llama a veces *el cuelgue*: ese punto en que el joven queda por fuera del lazo social, de la relación con el otro en la realización de las más diversas tareas que no puede compartir y, por lo tanto, imponen un sufrimiento específico. He aquí una vía por la que reinterpretar esa timidez tan propia de algunos púberes, y que no es la vergüenza propiamente dicha sino una inhibición que puede ser reconducida a la

reedición del onanismo infantil.

En ciertos casos, el adulto puede ser un interlocutor paciente que, sin prisa, pueda dar tratamiento a la nueva presencia de la sexualidad en el adolescente para que el autoerotismo pueda condescender al erotismo en el encuentro con el otro. Después de todo, no es otra cosa lo que le propuso el señor Miyagi a Daniel con ese artificio inútil de “encerar y pulir”. Por esta vía, antes que una represión de la masturbación –represión que en nuestros días se vuelve un imperativo hipersexualizante que, a veces, toma la forma de la educación sexual generalizada– el adulto propone una vía de tratamiento del goce... a través de otro goce. De un goce solitario al goce que arroja el encuentro con el otro.

LA “PREVIA”

En nuestros días hay cierta inquietud general respecto de una práctica entre los jóvenes, la llamada “previa”. Esta última consiste en la reunión periódica de adolescentes, antes de salir los fines de semana, para beber alcohol (por lo menos). El efecto es temido por los adultos: desde la borrachera hasta un coma. Ahora bien, cabría preguntarse: ¿se trata de una cuestión contemporánea? Mejor dicho, me gustaría interrogar: lo previo, ¿no es una dimensión propia de la adolescencia?

Por un lado, es notorio que este tipo de encuentros ocurre en determinada coyuntura: las salidas posteriores (para los que llegan) conduce a los boliches en que se produce el encuentro con el otro sexo. Por lo tanto, ¿qué fracasa en el encuentro con la cuestión sexual para que la previa se consolide como suplencia? En principio, vale señalar que si algo pone a salvo al niño del encuentro con la alteridad de lo sexual es la elaboración de saber, tema al que me dediqué en *Más crianza, menos terapia*. (2) Pues bien, para el adolescente ese recurso al saber se muestra insuficiente porque la potencia del acto sexual se yergue en el horizonte.

De este modo, por otro lado, se vuelve significativo esclarecer por qué –en estos tiempos– se han perdido otros recursos para mediatizar ese acceso al otro, dando un mayor lugar al embrutecimiento del alcohol y las sustancias. Si en otro momento se podía contar con vías simbólicas para realizar la posición sexuada ante el otro (“Hacete hombre” era el mandato tácito proferido para todo varón), la llamada *previa* da cuenta de que el adolescente perdió esa indicación de una *in-vocación* a la adultez por parte de los mayores. Son estos últimos, más bien, los que parecieran regresar a los hábitos de aquellos en una especie de sueño eterno de juventud. Y donde el sueño fracasa, el despertar siempre es real. De acuerdo con el escritor Eduardo Galeano, en *Los hijos de los días*:

El médico brasileño Drauzio Varella ha comprobado que el mundo invierte cinco veces menos dinero en la cura del mal de Alzheimer que en estímulos para la sexualidad masculina y en siliconas para la belleza femenina.

–De aquí a unos años –profetizó–, tendremos viejas de tetas grandes y viejos de penes duros, pero ninguno de ellos recordará para qué sirven.

En nuestros días, a lo traumático de la sexualidad se responde con un redoblamiento que trata lo real ya no a través de lo simbólico, sino por vía de lo real (la sustancia, la cirugía, etc.). Y, sin embargo, lo más propio de la adolescencia pareciera ser esa “previa”, es decir, esa “vía previa” que, para el caso, podríamos elucidar a través de distintas formas de “placer preliminar”.

La adolescencia es la época de los besos y los abrazos. Vemos a los jóvenes colmar las plazas con sus cuerpos frenéticos. Desatentos a la mirada de los demás, porque incluso para ellos escapa el sentido de lo que se juega en ese cuerpo a cuerpo. La visión espantada siempre viene del adulto. Por lo tanto, mi conjetura es esta: la configuración actual de la previa adolescente, ¿no radica menos en los jóvenes que en el imperativo social de tener una vida sexual plena desde temprano?

Todo adolescente es alguien que tiene derecho a ir despacio en el desarrollo sexual. Por eso no se puede empujar al encuentro sexual. Porque si el niño tiene el recurso del saber, como ya dije, el adolescente tiene a disposición sus besos, abrazos y esa última barrera que es la piel que, en la caricia, también acerca.

Me acuerdo de Ramiro (16 años); cuando llegó a la consulta una de las primeras cuestiones que mencionó fue que era virgen. Me sorprendió que en una primera entrevista hiciera esta aclaración, entonces le pregunté por qué me decía eso. Me contó que casi todos sus amigos ya habían tenido relaciones y no tardé en notar que, de alguna forma, ese “casi todos” era una manera de sancionar un imperativo al respecto. Faltaban él y otro más. Si bien a Ramiro le gustaba una chica, con la que eventualmente salía, aún no se sentía preparado para el acto sexual, incluso creía que ella pensaría que era un tonto si no hacía nada. En otro tiempo este tipo de situaciones no eran tan problemáticas. El debut sexual era una institución simbólica: se llevaba a los jóvenes a consumir el acto. No digo que esto fuera bueno, sí que ahora que los adolescentes están librados a sí mismos la angustia es mayor. Porque vivimos también en una sociedad que hizo de la sexualidad una destreza, una performance de la que hay que presumir y ya no se la considera un acto íntimo. Por eso para muchos adolescentes, incluso antes de haber conocido a alguien, la idea del sexo se impone como una obligación.

En el caso de Ramiro, dado que él tenía el hábito de mostrarme videos de Youtube, se me ocurrió contarle que hubo alguna vez un programa que se llamaba *Peor es nada*, conducido por el grandioso Jorge Guinzburg, en el que diferentes famosos y celebridades contaban cómo había sido su primera vez. Un día Ramiro vino con la idea de que veamos juntos el capítulo en que el actor Jorge Luz contaba su primer encuentro con una mujer. Fue tan hilarante que durante un buen rato estuvimos riéndonos juntos. De esta manera fue que el imperativo sexual perdió su vigencia y llegó el alivio que permitió descubrir que incluso para aquellas personas que uno cree que se la saben todas (los famosos y celebridades) el sexo es algo complicado, ya sea porque estuvieron muertos de miedo en aquella primera vez, porque lo hicieron más por obligación que por deseo, porque no fue tan placentero como se dice que es.

A los adolescentes les toma tiempo descubrir el deseo, porque el deseo nace del cuerpo y una de las primeras modificaciones que impone la pubertad es la

transformación corporal. Durante un buen tiempo, entonces, el adolescente vive con un cuerpo que no puede llegar a asumir, en el que no se puede reconocer, cuyos efectos embisten contra su psiquismo y él tiene que elaborar una traducción para eso que le ocurre. Si las cosas van bien, con el tiempo el cuerpo dará lugar a la aparición del deseo.

EL CUERPO JUVENIL

El cuerpo del niño no es el cuerpo del adolescente. El cuerpo del niño es un cuerpo abierto a la manipulación de los padres, mientras que con el adolescente se establece una barrera. En la distancia de una posición a la otra, se abre paso el desarrollo puberal. ¿Es la pubertad una condición de la adolescencia? Sí, en la medida en que el cuerpo ya deja de ser receptivo y puede pasar al acto. Dicho de otra manera, para un niño el placer que extrae de su cuerpo no confronta la asunción de una posición sexuada. El adolescente, en cambio, tiene frente a sí mismo la cuestión de la práctica sexual. No solo la identidad de género en la que habrá de reconocerse (en realidad, esta se juega antes del desarrollo sexual) sino el goce particular que, por lo general, habrá de asumir conflictivamente. En este punto, se delimitan dos figuras emblemáticas de la práctica sexual adolescente: la masturbación y la homosexualidad.

Respecto de la práctica masturbatoria, si bien se trata de un acto que puede ser reconducido a la más tierna infancia, en la adolescencia toma la forma de un vector que coloniza otras formas de excitación. Por eso suele volverse compulsiva y, en el caso de los varones, es la antesala de la demostración fálica como modo de competencia con el otro. Es una modalidad propia de la adolescencia la “masturbación grupal”, como lo demuestra el siguiente pasaje de la novela *Los años felices*, de Sebastián Robles:

En la Biblia, Dios mató a Onán porque eyaculaba sobre la tierra. Lejos de temer las consecuencias, los varones de mi curso nos entregamos a esa tradición. La costumbre se inició a los doce, trece años. A comienzos del secundario era un tópico en cualquier conversación masculina, especialmente en las que tenían lugar en el vestuario, después de gimnasia o natación.

–A Marcos no le salta –me informó Rodrigo una vez.

–¿Cómo sabés? –le pregunté.

–Es obvio –dijo–. Mirá.

Marcos era flaco y pálido, se enfermaba cada dos por tres. Lo observé vistiéndose, con las vértebras marcadas en la espalda. Tosió un par de veces sin parar. Al final se golpeó el pecho con el puño cerrado, para recuperar el aliento. Después se cepilló los dientes –era el único que lo hacía en el vestuario– y guardó todas sus cosas excepto un tupper con dos sándwiches adentro.

–Che, ¿querés venir a ver una porno con nosotros? –dijo Rodrigo.

Marcos se dio vuelta, nos miró unos segundos y salió silbando un tema de Roxette.

–Tenés razón –asentí.

Además de las revistas porno, Rodrigo y yo usábamos desodorante Axe, hablábamos de minas y conocíamos las diferentes técnicas en profundidad: la mano muerta, la acuática, la arenosa y la de lujo, que incluía la utilización de un preservativo, un elemento que sospechábamos importante para nuestro futuro sexual.

De este fragmento se desprende también el segundo punto mencionado: la referencia a la homosexualidad. Antes que una práctica coyuntural o de relativa actualidad (en

nuestros días principalmente entre las chicas), la relación homosexual es una precondition del acceso al otro sexo. Lo han destacado en su estudio clásico Serge Lebovici y Léon Kreisler: *La homosexualidad en el niño y en el adolescente*. Que incluya una realización efectiva o permanezca en la fantasía –de acuerdo con lo que dijimos al comienzo– es una distinción trivial. En todo caso, la homosexualidad adolescente debería ser reconducida a la figura del doble, ese otro yo que es íntimo y extraño al mismo tiempo. Un cuento como *William Wilson* de Edgar Alan Poe lo expone de manera magnífica; en todo caso, más que un tipo de relación sexual, por esta vía cabría entrever la necesidad del otro como algo más que soporte narcisista: el otro es también alguien en quien se pueden ver anticipados los propios actos.

Acá está el fundamento de esa figura que es el “mejor amigo”, siempre localizable en los adolescentes. Muchas veces esta relación concluye con una fuerte ruptura, o –de nuevo parafraseamos a Donald W. Winnicott, esta vez con respecto a su concepción de los objetos transicionales– “se lo olvida”. Ese olvido que no se basa en la represión, esa pérdida que no requiere un duelo, sino que indica un modo de relación que está destinada a disolverse. Entre los jóvenes el “mejor amigo” es una figura ineludible, pero ya en la vida posterior difícilmente se la encuentre. O, incluso, se la teme. Es lo que testimonia Freud en una carta dirigida a Arthur Schnitzler (del 14 de mayo de 1922):

Le voy a confesar algo que le rogaré por consideración hacia mí, no comparta con nadie, amigo o extraño. Me atormenta un interrogante: ¿por qué, en realidad, durante todos estos años no intenté frecuentarlo y tener con usted una conversación? [...] La respuesta a este interrogante implica una confesión que me parece excesivamente íntima. Pienso que lo evité por una especie de temor de encontrarme con mi doble.

¿ADOLESCENTES O NIÑOS SEXUADOS?

Ahora nos permitimos problematizar una cuestión. En nuestros días nos preguntamos hasta qué punto la adolescencia es una experiencia vigente. Si en otro tiempo era la época de la rebeldía y la búsqueda de la independencia económica, actualmente se advierte que los jóvenes que esperaban el minuto en que podrían huir de la mesa familiar, hoy a veces permanecen apáticos e hiperconectados junto a los pantalones y polleras de sus padres. Y, respecto de la variable económica, no solo existen los casos de aquellos que la consiguen y aún continúan viviendo bajo el techo parental, sino también la situación de los que desde el exterior comprueban su máxima dependencia en lo monetario, pero también en lo afectivo. En cierta medida, se impone la pregunta: ¿cuánto han crecido los niños? ¿Son adolescentes o continúan siendo niños pero con práctica sexual?

En este punto, para trazar una distinción valiosa podría proponerse la siguiente pregunta ridícula: ¿existen los niños *darks*? Esta indicación, que parece un tanto irrisoria, sin embargo apunta a una cuestión crucial. Lo *dark*, lo oscuro, expresa algo más que una moda pasajera. Podría ser reconducido al talante melancólico del suicida Werther (el personaje de Goethe) –y sabido es que ese límite en que se arriesga la propia vida no es

un rasgo accesorio en la adolescencia, como bien lo demostraron también Romeo y Julieta–; pero también, de manera más reciente, a lo *punk* o a su forma actual, lo *emo*. ¿Por qué la oscuridad sería una coordenada estructural de la afectividad adolescente?

Piéñese, una vez más por comparación, en el caso de los niños. En estos se denuncia ocasionalmente el berrinche. Para los adolescentes se reserva la crítica –desde el mundo de los adultos– de su “malhumor”. La distinción podría ser elucidada del modo siguiente: si el niño se encuentra en posición de objeto (y desde ahí inquieta al otro al mostrarse como ingobernable), el adolescente es quien puede regresar a esa posición, pero de una manera bastante más incómoda: con su ánimo sombrío el adolescente hace sentir su malestar, lo enrostra, pero de un modo que sortea el conflicto. No se trata de que exprese su enojo, sino de que lo encarne, lo haga visible, al ponerlo ante los ojos.

En este sentido, bien puede advertirse que esta posición no es privativa de los jóvenes. Hay algunas llamadas personas mayores que jamás abandonaron esta posición que de manera sutil combina, a un tiempo, algo de victimización reivindicativa y denuncia de falta de comprensión. En el niño nunca encontramos esta intención de hacerle sentir al otro que “no entiende nada”.

Eso que decís “es cualquiera”, “nada que ver” y otras expresiones semejantes muestran cómo el lenguaje del adolescente delimita la indeterminación, la ineficacia para nombrar lo *oscuro*. El malhumor adolescente es una respuesta a la supresión del estado libre de la ingenuidad del que hablamos al comienzo del capítulo, cuando la pasión interpretante del adulto se hace presente y no la respeta.

Todo adolescente es alguien que tiene derecho a ir despacio en el desarrollo sexual.

1. En latín *adolescens* remite a hombre joven y viene de *adolescere* que quiere decir crecer. En absoluto la etimología tiene que ver con el sufrimiento o la pasividad que propone el sentido común cuando vincula la adolescencia con estas ideas. En este sentido es que el sentido común muestra cuántos prejuicios puede albergar y qué lugar desprovisto reserva para la juventud.

2. Para los niños, por ejemplo, el matrimonio consiste en la unión de intereses comunes. Cualquier adulto sabe que lo que une a otra persona es cualquier cosa, menos lo que se tiene en común; tal como lo demuestra la situación en que una persona puede resultar “simpática”, pero no hay onda (o también se llama “química” a ese fenómeno misterioso), tanto como la circunstancia en que –como suele ocurrir en el diván– alguien dice: “No sé qué hago con X, hace rato que no compartimos nada, pero no me puedo separar”. La ilusión de que lo que une es lo común, también la reproducen los jóvenes –y los no tanto– cuando preguntan “¿De qué signo sos?”, “¿En qué barrio vivís?”, “¿Venís siempre por acá?”, como si el saber que estas preguntas implican fuese garantía de algo en el encuentro y no un modo de sobrellevar la angustia que produce el cuerpo a cuerpo.

LA MADRE, LOS AMIGOS Y EL PRIMER AMOR

Quizá no haya frase que mejor defina el vínculo entre un adolescente y su madre que la de “Ponete un abrigo”. Ahora bien, ¿qué tipo de relación estructural indica este enunciado episódico? ¿Por qué a un adolescente es preciso decirle este tipo de cosas?

En primer lugar, más allá del contenido del enunciado, es preciso destacar que algo en el cuerpo del joven motiva una forma de hablar, esto es, que es causa de un decir. Sin duda aquí podría alegarse una explicación fisiológica en torno a las modificaciones hormonales de la pubertad, pero lo esencial no quedaría resuelto: que para la percepción del adulto se impone tener que decir algo al respecto, casi de manera imperativa.

“Llévate una campera” en muchos casos, cuando un adolescente está por salir, no menciona sino la preocupación implícita (e inconsciente) en el adulto por la cuestión sexual. Por esta vía apunta a que el joven se “cuide” (es decir, use preservativo). Dicho de otra manera, es un modo de advertir el carácter sexuado después de la pubertad, con la inquietud que eso genera. Siempre es gracioso y hasta sorprendente advertir esas escenas en que padres e hijos pelean por un abrigo. Hasta que notamos que se trata de otra cosa.

Asimismo, también están esas madres que se ocupan de preparar la valija de sus hijos. Se disponen a incluir gorros de lana e incluso bufandas de repuesto. En este punto, cabe destacar un rasgo suplementario en el decir del adulto: a expensas de la cuestión sexual, el cuerpo juvenil es una fuente de decepción para la corporalidad madura. Esto es algo que pone de manifiesto una hermosa canción de Joan Manuel Serrat:

*Póngase usted un vestido viejo y, de reojo,
en el espejo, haga marcha atrás, señora.
Recuerde antes de maldecirme, que tuvo usted
la carne firme y un sueño en la piel.*

De esta manera, esta canción (titulada “Señora”) ilustra cómo el cuerpo del joven impacta en el narcisismo de la madre. En nuestros días es especialmente llamativo que ciertas mujeres no puedan soportar el displacer, respecto de la propia imagen, que implica el advenimiento de una nueva generación.

Por último, cabría enfatizar que si el cuerpo del adolescente fuerza a hablar –motiva a decir algo como adultos–, es porque aquí se pone en juego una suerte de “llamada”. El cuerpo juvenil llama a ser interpretado, y este pedido implícito es el que declina en las usuales quejas respecto de lo “llamativo” de su vestimenta. En este sentido, también puede ser esclarecida la demanda de abrigo por parte de las madres (y “madre” es todo adulto que encarna esta posición, sea hombre o mujer) como una forma de actualización de la prohibición del goce incestuoso de acceder al cuerpo que, a partir de la pubertad, ya

cuenta con la posibilidad del acto sexual. En este punto, “ponete un abrigo” es como decirle “ya no sos parte de mi cuerpo”.

En definitiva, a partir de lo anterior, la prohibición del incesto (como saldo del complejo de Edipo, que implica la separación entre el cuerpo del joven y el cuerpo de los padres) no solo se establece en la infancia temprana, sino que se revalida en la adolescencia a partir de la abstención del goce de la mirada (“Ponete un abrigo” es también “Tapate”, como si se tratara de un descubrimiento de la desnudez). En contraposición con esta actitud abstinentemente tenemos el escándalo –como índice de atentado contra el pudor– que suele producir el adulto varón que corrompe a una púber (una “nena”, como en el conocido sketch del *manosanta* de Alberto Olmedo o en la novela *Lolita*, de Nabokov –no se olvide que se empezó a llamar “Lolitas” a las jóvenes modelos de 13 años que aparecieron en las pasarelas a principios de los ’90–), o el erotismo abrumador que sostiene una fantasía de iniciación sexual a través de un sustituto de la madre, como en la película *American Pie*, o en los chistes que suelen hacer los jóvenes respecto de la belleza de las madres de los amigos. “Qué linda nena es tu mamá”, dice otra hermosa canción, esta vez del grupo punk Flema, que presenta de manera defensiva, a través de la restitución de un deseo a un joven, la causa de una angustia inefable: el goce de la madre.

EL GRUPO DE PARES: “FUIMOS TODOS”
EN COLABORACIÓN CON SANTIAGO RAGONESI (1)

Los “pibes” tienen una función de pantalla y de sostenimiento narcisista para los varones. Podría pensarse en una costumbre grupal particular –aunque ya no tan actual–, “ir a debutar”: iniciarse entre varios con una prostituta era, más bien, la forma de sacarse el peso de la virginidad antes que la búsqueda del encuentro con una mujer.

En continuidad con las experiencias grupales de los años de la secundaria, podrían nombrarse también esas hazañas o burlas que un curso realiza y que tienen como destinatario a un profesor en particular (o a la escuela en sí), caracterizándose por el encubrimiento del autor material para pasar a ser más una responsabilidad compartida: *fuiamos todos*.

De esta forma se puede observar que los llamados *grupos de pares* en la adolescencia tienen un lugar central y merecen una reflexión más allá de su constitución a través de la identificación con el otro como mecanismo psíquico. En particular, porque suele ponerse el acento de manera unilateral en la importancia del semejante para poder rivalizar, descuidándose otros aspectos estructurales. En efecto, si bien las destrezas fálicas tienen un lugar central (“el que más...” o mejor “el que se anima a...”), se trata más bien de una manera de resguardo respecto del encuentro con la frustración –los relatos que se producen en estos encuentros suelen ser de “los mismos de siempre”– y tienen como destino reunir al grupo en sí.

Para aclarar esta cuestión podríamos recurrir a un viejo mito antropológico: en el origen de la sociedad, hubo un tiempo en el que quien mandaba era un padre que era el marido de todas las mujeres y sometía a sus hijos. El mito cuenta que, cansados de las

frustraciones que esta situación les imponía, los hijos deciden matarlo. La sociedad nacería de un crimen fundante, que unifica a los hermanos como cómplices. Lo gracioso de este relato es que no es uno de los hermanos el que perpetra el acto, sino que... ¡fueron todos! De esta manera, la culpa se distribuye sin acusar recibo de manera singular. El grupo es una pantalla detrás de la cual esconderse.

De igual modo podría pensarse en el reverso de esta situación, la de aquellos jóvenes que se encuentran ensimismados sin registrar nada de lo que sucede a su alrededor; es el caso de las consultas de los padres frente al uso que algunos hacen de las nuevas tecnologías. Así como la responsabilidad compartida verifica la forma misma del “todos”, el repliegue en los dispositivos tecnológicos verificaría el “ninguno”, evitando cualquier efecto de conflicto... por fuera del lazo con el otro. Sin embargo, cabría pensar si más que la búsqueda del anonimato por una supuesta irresponsabilidad, esta coyuntura no da cuenta mejor de que se trata de un modo necesario de defensa, que verifica y confirma que la pubertad, el advenimiento del cuerpo sexuado, es el tiempo en el que el acto recae sobre uno mismo y cuesta más. Esconderse un poco, hablar detrás de un usuario de una red social, puede ser una manera de lidiar con esta inhibición. Como lo señalaba en una oportunidad un paciente joven: “Cuando le hablo a la que me gusta en la previa en casa y están mis amigos, me siento muy bien. Pero si pienso en ir solo o en arreglar una cita, me siento torpe para hablar”.

Asimismo, en relación con esto es muy importante señalar la importancia del placer previo respecto de la consumación sexual, es decir, la preparación para el acto sexual. El cuerpo –y las escenas más diversas de la vida cotidiana lo demuestran– puede sexualizarse de variadas formas, más allá de la genitalidad específicamente. Dicho de otro modo, hay una distancia entre la sexualidad y el acto sexual propiamente dicho. Esto es algo que casi todo estudiante conoce frente a la posibilidad habitual de que el pensamiento mismo sea pasible de excitarse y erotizarse, transformándose en ocasiones en un obstáculo para avanzar en el estudio. Por lo demás, estas apariciones del placer previo pueden manifestarse en las habituales erecciones que a los muchachos les acontecen cuando se despiertan o al viajar en colectivo, que requieren algún tipo de pantalla para esconderse, como la que un joven paciente mencionaba cuando agradecía (retóricamente) que las carpetas para hojas A4 eran para tapar la incomodidad de la tumescencia espontánea.

En otra oportunidad, otro joven que consultaba (en su primer año de Universidad) por dificultades para avanzar con sus estudios mencionaba este punto, al preguntarle desde cuándo le sucedía, relata que recuerda haber sido buen alumno en la primaria hasta que dijo con sorpresa: “Me empezó a ir mal en el estudio en la secundaria, cuando me di cuenta de que me gustaban las mujeres”.

De esta forma, la pubertad implica mucho más que el desarrollo de los órganos a nivel reproductivo, puesto que se trata del encuentro con un cuerpo sexuado que tiene como principal destino el retorno del acto sobre la propia persona, (2) donde los grupos de amigos, en particular los varones, tienen la función de resguardar dichas consecuencias. Como ya vimos al inicio del libro, la canción “Vení, Raquel” es muestra

de esto.

Para los varones *la barra* tiene la función de preparar el narcisismo en un intento anticipado frente a aquel destino inevitable, mientras que para las mujeres ocurriría de otra forma. Un grupo de amigas se puede sostener en las diferencias, y el relato más que tener una función de leyenda, se especifica por la intención de pescar, de una forma sutil, el deseo: mientras que para los varones se sirve de la anticipación de la imagen, para las jóvenes se trata de una forma de investigación a través de las palabras: “¿Qué te dijo?”, “¿Cómo te fue en la salida?”, “Cuando llegues a casa, llámame y contame todo”, mientras que entre varones lo que hay que contar suele resumirse en si pudo o no.

Los varones se relatan como héroes, las chicas cuentan descubrimientos de detalles. Para ellas, hay un intento basado en el (des)encuentro que promueve el lazo social: para las mujeres adolescentes, el encuentro con la sexualidad es más individual; en todo caso la conversación es previa y/o posterior al episodio, pero no simultáneo, como sí ocurre en los varones (que necesitan una suerte de hinchada), y aún así es posible que haya muchas cosas que no se cuenten.

Mientras que el primer encuentro sexual de un varón está destinado a demostrar a otros su potencia, para la adolescente se trata de poner a prueba una potencialidad intrínseca, una forma de descubrirse a sí misma. Un varón debe demostrar que es hombre y hacer gala de sus conquistas. Una mujer no y, por cierto, lo que hoy en día comprobamos en el caso de aquellas adolescentes que presumen de sus conquistas es una identificación viril con la posición masculina.

Por otro lado, algo diferente ocurre respecto del amor, que es un tema en sí mismo y necesita elaboración de manera independiente.

UN AMOR FUERA DE SERIE

La adolescencia es el momento de lo que suele llamarse primer amor. Es una expresión extraña la de “primer amor”, ya que –a decir verdad– para muchachos y muchachas el primer objeto erótico es la madre; y, en todo caso, este momento de la vida sería aquel en que se pone en juego cierto desasimio de los objetos parentales. Esta explicación es correcta para la teoría, pero dice poco respecto de la experiencia.

Nadie podría poner en duda que la expresión primer amor tiene un referente concreto en la vida de cada uno. (3) Ahora bien, ¿qué caracteriza a esta forma de vida? Y ¿cuál es su variación según los varones y las mujeres?

En principio, el primer amor como tal tiene un rasgo específico, en la medida en que pareciera estar fuera de serie. Si tuviera sentido decirlo de este modo, el primer amor no es el primero (eso es claro), dado que tiene un carácter absoluto. Al punto de que se vuelve una condición para toda otra forma de amor. Esta dimensión puede reconocerse en la letra de una canción de Joan Manuel Serrat cuando afirma:

*Si alguna vez amé,
si algún día después de amar, amé
fue por tu amor, Lucía.*

He aquí también el motivo de que esta relación amorosa permanezca en la memoria, por lo general, con un ligero matiz idealizado. El primer amor suele estar investido más bien de ternura que de sexualidad efectiva. En muchos casos esto se manifiesta en que la primera novia, para los varones, no es aquella con la que mantendrán una relación sexual (incluso cuando pueda haber una aproximación entre los cuerpos). En todo caso, podría decirse que es preciso que se produzca un corte con el primer amor para que haya una iniciación sexual.

En las mujeres adolescentes esto es más notorio: muchas de ellas relatan cómo el primer novio fue alguien poco cuidadoso (muchas veces mayor en edad, hiperceloso, particularmente lascivo), luego del cual conocieron a un hombre con el cual pudieron encontrar un vínculo más estable. De alguna manera, esta pareciera una confirmación indirecta del gracioso refrán popular que afirma que, para ellas, los segundos matrimonios son más felices –lo cual es comprensible dado que el primer matrimonio, como dije antes, es con la madre (o un sustituto de ella)–.

En este punto, para explicar mejor la reactualización del complejo de Edipo en la joven, quisiera comentar brevemente una de mis películas favoritas: *Piso de soltero*, de Billy Wilder. Solo para una mirada ingenua, el interés de las jóvenes por los hombres mayores es una reedición del vínculo con el padre. Tanto para el muchacho como para la muchacha, la reinvestidura edípica implica tener que trascender el amor dependiente con la madre. Ese es el trabajo psíquico del llamado “primer amor”, que tanto hace llorar a veces. El regreso del Edipo en la juventud no es que los adolescentes quieran acostarse con su mamá, sino que reviven la máxima posesividad y celotipia con el primer vínculo exogámico (fuera de la familia). Por eso la perpetuación de los noviazgos adolescentes suele llevar a vínculos más o menos patológicos (como todos lo son un poco). Pero este es otro tema, vuelvo a la película: un oficinista se enamora de la chica del ascensor que, a su vez, es la amante de su jefe. La historia cuenta cómo ella logra desprenderse del amor al poder de un varón, para amar luego el deseo de un hombre común (nada hace más común a un tipo que su deseo). ¿Por qué a muchas jóvenes “*like to* rodearse con los poderosos” (como dice una canción conocida)? Porque el hombre de poder es el primer relevo de la madre. Esto explica, en algunos casos puntuales, el interés por los señores mayores, (4) o bien los casados (que no son un sustituto del padre, sino de la omnipotencia materna). A veces esto se explica diciendo que las chicas maduran antes que los chicos, pero no es cierto, a menos que se entienda en términos de esta reactualización del Edipo. La fijación en esta etapa del hombre poderoso podría explicar muchos aspectos de la vulnerabilidad de las jóvenes con los varones. El pasaje al deseo, en cambio, es liberador. Trae otros problemas, porque la libertad siempre trae problemas, pero no el riesgo de vulneración.

De acuerdo con lo anterior, entonces, cabría plantear una doble consecuencia: para los varones, el primer amor es la ocasión de una relación narcisista, por cuya pérdida es imposible realizar un duelo, pero cuyo saldo es la asunción de una forma amorosa que acerca al otro sexo. De ahí que tenga la forma de una educación sentimental –según el título de la novela de Gustave Flaubert–. En última instancia, la adolescencia es el

momento en que el varón aprende a amar. Hay toda una literatura al respecto, fundamentalmente en las *Bildungsroman* del siglo XIX, como: *Rojo y negro* (Stendhal), *En busca del tiempo perdido* (Marcel Proust), etc. Concluyamos: si la primera elección de amor en el varón es narcisista –por eso suele motivar tantos celos con esa figura antecedente que es el mejor amigo y al amigo que se pone de novio se lo juzga y castiga–, (5) entonces la salida de ese amor es una identificación que convierte al yo en amante para futuras relaciones. Esto explica, en última instancia, que todo hombre ama desde una posición femenina; o dicho de otra manera, se aprende a amar con el amor de una mujer.

Respecto de las chicas, la pregnancy de una relación tormentosa con los primeros novios es también la ocasión de una modificación importante: una separación respecto del cuerpo como objeto de goce. Ese cuerpo erótico, que suele descubrirse desde afuera, a través de la mirada ajena, requiere ser perdido para que pueda quedar a disposición. Es conocido el sufrimiento que los piropos producen en las jóvenes a partir de la pubertad, cuando las propias formas se les hacen notorias e incluso buscan ocultarlas. Asimismo, se trata en este aspecto de una actualización de una fantasía básica de seducción (el miedo a ser abusada o violada) que, a veces, penosamente se confirma.

NARCISISMO ADOLESCENTE

La sexualidad humana reconoce dos tiempos. En la más temprana infancia, el ser sexuado proviene de la relación con el otro y se basa en un apuntalamiento en la fisiología; por ejemplo, a través de la alimentación la relación nutricia cobra un valor erótico y ya no se trata simplemente de la saciedad sino del placer que se obtiene al comer.

Ahora bien, la pubertad representa un segundo momento en el desarrollo, caracterizado esta vez por el empuje del propio cuerpo biológico hacia la sexuación. Y, respecto de este desenvolvimiento, cabe una distinción entre el hombre y la mujer. En su artículo *Introducción del narcisismo* (1914), Freud lo dice de una manera muy linda:

Con el desarrollo puberal, por la conformación de los órganos sexuales femeninos hasta entonces latentes, parece sobrevenirle un acrecimiento del narcisismo originario; ese aumento es desfavorable a la constitución de un objeto de amor en toda la regla, dotado de sobrestimación sexual. En particular, cuando el desarrollo la hace hermosa, se establece en ella una complacencia consigo misma que la resarce de la atrofia que la sociedad le impone en materia de elección de objeto.

De esta observación se desprenden dos consideraciones: 1) El desarrollo puberal implica un acrecentamiento de energía que requiere un esfuerzo alto del psiquismo para ser elaborado; de ahí se desprenden ciertas angustias hipocondríacas que muchas veces se advierten en los jóvenes y que no deben confundirse con lo que actualmente se llaman ataques de pánico. 2) Por otro lado, el varón y la chica tienen vías diferentes para realizar este cometido: para el primero, la puesta a prueba de la potencia es la vía privilegiada. Ya sea a través de la competencia, pero también a partir del enamoramiento. Esta es una

idea hermosa: nos enamoramos para no enfermar de nosotros mismos y al desplazar hacia el mundo esa energía que nos pesa tanto, si la depositamos en otro, lo idealizamos y creemos que es maravilloso, como si ahí estuvieran todas las virtudes. Acaso, ¿no existen un montón de canciones que dicen “Yo no soy nada sin vos”?

Ahora bien, lo importante es que este tipo de elección amorosa es privativa del varón o, mejor dicho, el enamoramiento es un tipo de elección que sitúa en el otro la causa de la valoración propia. De ahí el particular desvalimiento que vive el adolescente enamorado (y los adultos que todavía se enamoran como adolescentes).

Para la muchacha, en cambio, es la complacencia en el propio cuerpo (gustarse a sí misma) la vía para poder domesticar algo de ese exceso de energía; y, en todo caso, el compañero ocupa más bien un lugar de confirmación de ese amor por sí misma. A esto se refiere Freud –como continúa la cita mencionada– cuando sostiene que, para el tipo de mujer narcisista, “su necesidad no se sacia amando, sino siendo amadas, y se prendan del hombre que les colma esa necesidad”. Dicho de otra manera, las mujeres narcisistas se aman a sí mismas a través del amor del otro. Es lo que suele llamarse “amar el amor”, como fenómeno propio de la adolescencia; y, para algunas mujeres, como rasgo propio de toda la vida.

Una última consideración, conclusiva, es de carácter más general: podría acusarse a Freud de machista o retrógrado; pero esto solo ocurre cuando sus enunciados se leen de manera literal y no se presta atención a lo que dice entrelíneas. En definitiva, su postura no sostiene la diferencia entre hombres y mujeres a partir de especificaciones biológicas, sino respecto del modo en que la sociedad ofrece caminos para la realización simbólica de lo sexual. La *mujer amante* –de acuerdo con el título de una célebre canción popular de Rata Blanca– no es algo “bien visto” y es para los hombres que se establecen vías para la puesta a prueba de la masculinidad.

Ser hombre es un simple ejercicio de exposición; ante el fracaso, se es un hombre atrofiado (el “maricón”). Para las mujeres esta bivalencia no corre, de ahí que puedan encontrar también una mayor compensación en la singularidad. Si para el varón la masa (en el sentido de la agrupación por identificación horizontal) es el modelo del grupo, para las mujeres cuenta una mayor tolerancia ante la diferencia. En cierta medida, que una mujer no se apoye en vías simbólicas para demostrar su feminidad no es simplemente una “atrofia”.

En este punto, esta reconsideración nos obliga a pensar lo necesario que es introducir la diferencia sexual para pensar la adolescencia, es decir, la diferencia entre cómo la transitan el varón y la mujer. Aunque, como ya aclaré, esta diferencia no es anatómica, sino que se basa en posiciones simbólicas que podría resumir del modo siguiente: los varones optan por la demostración de potencia, las mujeres aman el amor. ¿Estas posiciones son esenciales o eternas? En absoluto. Por cierto, el empoderamiento creciente de las mujeres muestra que la potencia no es solo masculina, y los varones que pueden repensar su posición amorosa no por eso se vuelven más femeninos, sino que pueden pensar la masculinidad de otra manera, menos presa de los imperativos del “machismo”. Una de las virtudes de nuestra época, sin duda, radica en el modo que los

adolescentes están revirtiendo todos los estereotipos con que nos criamos los adultos de las generaciones anteriores.

El regreso del Edipo en la juventud no es que los adolescentes quieran acostarse con su mamá, sino que reviven la máxima posesividad y celotipia con el primer vínculo exogámico (fuera de la familia).

1. Psicoanalista, Licenciado en Psicología y Magister en Psicoanálisis. Docente universitario y autor de *Hermanos. Celos, culpa y trauma*, Buenos Aires, Letra Viva, 2016.

2. Un modo simple para entender este retorno del acto sobre la propia persona podría ejemplificarse con la situación evidente en que una niña pequeña puede jugar a ser mamá sin que eso la confronte con su feminidad, mientras que en la adolescencia de un varón, una fantasía o experiencia de masturbación junto a otros varones es muy posible que se resignifique con la pregunta acerca de si no es homosexual.

3. Recomiendo cálidamente al lector la nouvelle del escritor ruso Iván Turgueniev que se llama justamente *Primer amor*.

4. Resuena en este punto la canción de Becky G. que dice: “A mí me gustan mayores, de esos que llaman señores, de los que te abren la puerta y te mandan flores”.

5. En la década del '90 el primero éxito popular para una banda punk fue para 2 minutos con su canción *Ya no sos igual*. La letra habla de un varón que deja a sus amigos del barrio para alistarse en la policía. Desde el punto de vista inconsciente, cuando dice: “Carlos se dejó crecer el bigote y tiene una 9 [referencia a la pistola 9 mm], ya no vino nunca más por el bar de Fabián y se olvidó de pelearse los domingos en la cancha” es claro que la pistola, como símbolo fálico, remite al órgano sexual y la letra se puede resignificar en términos del amigo que deja a los pibes y sus rituales para crecer (dejarse el bigote) e iniciar una relación. En el imaginario social, la mujer o esposa suele ocupar el lugar de la policía, no por nada se la llama “patrona”.

LOS DISTINTOS CAMINOS DE LA SEXUALIDAD

Esa tarde Joaquín (14 años) me contó que le gustaba mucho una chica, pero no sabía cómo hacer para estar seguro y decirle de ser novios ya que antes también le había gustado otra, entonces, ¿cómo decidirse? Recuerdo que me puse serio y le dije: “¿Sabés qué es lo que hace que estés seguro de que esa chica es para vos? Que vos la elijas, porque si vos la elegiste, tu acto no te va a engañar, nunca va a ser tu chica si no te decidís, la seguridad viene después”. Entonces pude ver la mirada risueña de Joaquín y su respuesta implacable: “Muy lindo lo que decís, ¿estás mirando muchas películas de amor?”.

El primer amor adolescente –como lo vimos en el capítulo anterior– tiene un carácter particular en el varón. Muchas veces se trata de una relación agitada, transida de celos y un deseo posesivo que, si todo va bien, el adolescente logrará dejar atrás. En última instancia, para el muchacho se trata de que este primer amor quede fuera de la serie de los amores posteriores, en la medida en que fue la ocasión para elaborar conflictos propios de su masculinidad.

Sin embargo, ocurre también que este conflicto no sea superado y, eventualmente, el efecto sea una particular regresión que en el último tiempo hace que varios jóvenes adopten una actitud desencantada respecto del amor. Dicho de manera sencilla, el haber sufrido los lleva a quedar a resguardo, ya no quieren volver a exponerse y, por cierto, actúan una suerte de misoginia confortable.

Me acuerdo del caso de un hombre que, en la historización que implica un análisis, pudo encontrar diversas posiciones ante la cuestión amorosa. En su primera juventud se enamoró de una mujer con una entrega que, como él cuenta, nunca más volvió a tener. Es cierto que cuando esa relación comenzaba a flaquear, recibió la noticia de una enfermedad de su madre y una invocación del padre: que él fuera quien lo anunciara a sus hermanos. A partir de ese momento el lugar masculino quedó significado para él con una represión del deseo, cuya estructura podría resumirse del modo siguiente: si cedo al amor, algo malo pasará. Ahora bien, luego de esta relación inició un nuevo vínculo, esta vez el que lo llevó a un matrimonio. Para ese entonces, su vida estaba repartida entre el amor por su mujer y el encuentro esporádico con otras mujeres. Buscar una mujer para casarse, de acuerdo con la expectativa del padre, le permitió la satisfacción de cumplir con un mandato familiar sin tener que ocuparse demasiado del conflicto que le representaba el encuentro con una mujer.

No obstante, este conflicto retornó después de la interrupción del matrimonio. Una vez divorciado, volvió a salir con mujeres y advirtió que repartía sus encuentros de acuerdo con dos series: por un lado, aquellas con las que tener solamente una relación sexual; por otro lado, aquellas con quienes la relación es fundamentalmente tierna,

basada en la escucha y la contención. Recién en este momento, a través del análisis, el encuentro con una mujer pudo cobrar un estatuto diferente: ¿cómo amar a una mujer sin perder el erotismo? ¿Cómo desear a una mujer sin que esta sea solo un objeto para la satisfacción? Este es el recorrido que tuvo que hacer para salir de la adolescencia.

Siempre que un varón me cuenta que conoció a una mujer presto atención al modo en que la nombra. Algunos dicen “la vecina del edificio de al lado” o “la amiga de mi primo”. Establecen series. De este modo, incluyen a las mujeres en conjuntos como objetos predicables. El deseo del varón, entonces, es sustitutivo; reemplaza, corta y pega (vale aquí el doble sentido). Pero también hay otro momento en que el varón se queda sin palabras, en que no sabe decir qué le vio a una chica y no puede clasificarla. Podría decirse que pasa del fetiche al tótem, y el aura que envuelve a esa mujer fuera de serie produce respeto y temor. Por eso la psicoanalista Julia Kristeva vinculó alguna vez lo femenino con lo sagrado.

Ahora bien, el deseo en el varón no es algo espontáneo, sino que es una defensa que se constituye a partir del acontecimiento que implica el primer amor. Es difícil lograr una comprensión profunda de la sexualidad masculina si no se consideran los modos discrecionales de posicionarse ante el desvalimiento amoroso. Por un lado, están aquellos que ante el conflicto del amor realizan una regresión al narcisismo, por ejemplo, al volverse seductores. Por otro lado, los que reprimen el conflicto y realizan un síntoma como los celos obsesivos. No obstante, la superación del conflicto tiene un solo destino, el regreso al inicio: volver a amar como la primera vez, pero de un modo diferente, cada vez.

TEEN-DER
EN COLABORACIÓN CON SANTIAGO RAGONESI

Suele afirmarse que las mujeres maduran más rápido que los varones. Sin embargo, al desarrollo de los caracteres sexuales primarios femeninos en la pubertad le corresponde un período intermedio –antes de la posibilidad de reproducción efectiva–. Mientras que para los varones, el desarrollo sexual es acompañado desde el inicio contando con la posibilidad de la reproducción.

Esta diferencia no ha pasado desapercibida para la ciencia, y si bien pareciera responder a un punto de vista biológico, no ha dejado de tener sus consecuencias psíquicas. No solo en la creencia de que la anatomía marca el destino, sino también a partir de la posibilidad con que varones y mujeres responderían a aquellos cambios fisiológicos: el debate en torno a la identidad de género demuestra que se puede tener un sexo anatómico y una autopercepción diferente.

Asimismo, el carácter psíquico de la sexualidad no solo tiene que ver con la autopercepción, sino con un aspecto vincular. Este fenómeno es suficientemente indicado por los grupos de varones, por ejemplo, para quienes a veces el debate acerca de la masculinidad no consiste más que en definir si se le puede “dar” o no a tal o cual joven, mientras que para las chicas es conocida la expresión “ya está en edad de merecer”. Se cree que los varones “dan” y las mujeres “reciben”.

En otro tiempo, mientras que para el varón el debut sexual era ejecutado lo más prontamente posible, para las mujeres era menester prepararse (o llegar virgen al matrimonio). Actualmente nos encontramos con una inversión de esta tendencia, en los casos de aquellas jóvenes que pueden tener relaciones sexuales con varias personas a condición de no quedar interpeladas por aquellos encuentros. Así lo diferenciaba una joven paciente: “Con *Tinder* tuve sexo con varios flacos y nada. El otro día fui a un bar, y estuve hablando tres horas con un chico con el que ni siquiera nos dimos un beso, me invitó luego a salir y al llegar el momento tuve que hablar con todas mis amigas de lo nerviosa que estaba antes de verlo”.

En este mismo sentido podría tomarse una curiosa diferencia relativa a las salidas para el complejo de Edipo. En este punto, es necesario volver al Edipo, porque es el pasaje adolescente por esta estructura simbólica lo que termina de establecer la asunción de una identidad sexual que se reconoce como propia. Ubiquemos dos cuestiones: por un lado, mientras la angustia de castración (a partir de la rivalidad con el padre) ponía fin a la relación incestuosa del varón con la madre, para ellas la disolución quedaba en aguas abiertas, es decir, la mujer entra al Edipo donde el varón sale. Dicho de otro modo, no es simétrica la elaboración de este complejo en varones y mujeres: si para ambos el primer objeto de amor es la madre, mientras que el varón abandona la relación con esta, la mujer inicia su relación con el padre (y entra en el Edipo) en el punto en que el varón habría salido. Por eso es tan difícil el camino de la feminidad, dado que tienen que hacer un doble trabajo psíquico: pasar de la madre al padre y, luego, del padre a... He aquí, en ese relevo del padre, que se presentan diversas preguntas que es importante plantear, especialmente para pensar el giro actual de muchas adolescentes hacia una homosexualidad transitoria, que a veces se expresa más como rechazo de los varones antes que como amor por las mujeres.

Cabe retomar aquí entonces aquel vínculo pre-edípico con la madre que se verifica en las mujeres, tal como lo señala el título de un libro de M.-C. Hamon: *¿Por qué las mujeres aman a los hombres y no a su madre?* En este libro, la autora expone qué gran trabajo tiene que hacer una mujer para desasirse de la voz y la mirada de la madre; puede ser incluso que detrás de la relación con un varón esté aún el fantasma de la madre, como puede verse en esos casos en que el novio es muy exigente y demandante, al que no se le puede decir que no sin una culpa profunda.

Por otro lado, en un contexto donde las leyes sobre el matrimonio igualitario permiten la unión de las parejas del mismo sexo, continúa siendo más frecuente observar jóvenes mujeres de la mano, abrazadas o besándose, pero no así tanto en los varones. Si bien podría argumentarse que las relaciones homosexuales entre varones tienen una presión social mayor –o bien se desvía el homoerotismo en prácticas o deportes (como ocurre en el rugby o el fútbol, cuando después de jugar los varones se pasean desnudos por el vestuario)–, podría pensarse que la homosexualidad femenina cumple a la vez otro papel para la vida psíquica, es decir, ser un prolegómeno necesario que acompaña aquel tiempo bisagra hacia cierta realización hacia la feminidad. Dicho de otra manera, mientras el homoerotismo es continuo en el varón, en la mujer es una fase transitoria,

una preparación en el camino hacia el encuentro con el deseo.

Desde esta perspectiva podría añadirse, además, que si la sexualidad masculina en la adolescencia se promueve por la vía demostrativa, la sexualidad femenina se recorre por la vía mostrativa (se exhibe). En este punto podría pensarse si el reverso de la demostración no podría ser cierta forma de la inhibición, que en ocasiones se perpetúa hasta avanzada la vida adulta en los hombres. Me refiero al caso de adolescentes que no pueden demostrar nada porque no pueden dejar de pensar que si le dicen algo a una chica “ella va a pensar que soy boludo”. Ahora bien, la otra cara de la exhibición de las jóvenes adolescentes no es la inhibición, sino esconder algo que no pueda verse. Esto es especialmente notable en una práctica habitual entre las adolescentes como forma de dar-a-ver: los cortes en el cuerpo. Por eso este tipo de práctica es mucho más común en ellas que en ellos.

LA JOVEN HOMOSEXUAL

Hace un tiempo, en una conversación con profesionales de una escuela secundaria, me llamaron la atención con una pregunta: ¿por qué es cada vez más frecuente que las jóvenes tengan relaciones con otras mujeres? En este punto, dado que no manejo estadísticas, no podría expedirme respecto de dicha frecuencia. No obstante, podría estar de acuerdo con la tendencia mencionada. No solo lo he corroborado en mi práctica sino en el intercambio con colegas.

En una coordenada muy habitual, muchas veces la homosexualidad aparece a partir del desengaño respecto del padre, entonces la joven inicia una relación con una mujer a la que se dedica amorosa y fervorosamente. Tal fue el caso de una joven que se volcó hacia las mujeres a partir de que su padre, separado de su madre, volvió a ser padre con una nueva pareja. Luego de la separación de sus padres, ella había permanecido viviendo con él y la aparición sorpresiva de este embarazo provocó su furia. “Ya es un hombre grande, va a parecer más un abuelo que un padre”, decía. Lo interesante es que en el curso del tratamiento, se advirtió que esta explicación era una forma de racionalizar un deseo oculto, la expectativa de que el padre fuera para ella, junto con la culpa de ocupar el lugar de madre una vez que ella se había ido de la casa. Decepcionada de que el padre embarazase a otra, se inclinó hacia las mujeres durante un tiempo, en busca de un amor que no fuera tan traidor como el que podía atribuirse a los varones.

Por otro lado, algo semejante respecto de la decepción podría aplicarse a los varones a propósito del padre, como en el caso del muchacho cuyos padres se separan en el momento en que él entraba en la adolescencia; en ese punto, comprobar que la madre desprecia al padre fue la ocasión de que este joven lo perdiera como modelo de identificación, con las consecuentes preguntas que esto motivó: ¿cómo ama un varón? Para responderla fue que durante un tiempo tuvo algunas experiencias homosexuales, no tan centradas en el sexo como en el vínculo tierno, en busca de un amor masculino que le permitiera, a su vez, él mismo sentirse un varón.

Dicho de otra manera, este vínculo amoroso permite restituir lo que el deseo de un

hombre frustra. En este sentido, el amor entre mujeres no hace caso de la vulgaridad del deseo masculino (que solo quiere realizarse sexualmente).

No obstante, esta precisión va más allá de casos específicos. Podría decirse que, para toda joven, el inicio de la adolescencia implica una decepción. El comienzo de la menstruación impone una desilusión en la fantasía de aquella que, según el complejo de Edipo, esperaba un hijo del padre. Una mujer en su inconsciente espera desde niña un hijo del padre, pero la aparición de la menstruación demuestra que ese hijo no existe. Es un pasaje necesario en la vida de toda joven, porque a partir de este desengaño respecto del padre es que podrá acceder a otro hombre.

Sin embargo, el desengaño respecto del padre es tan fuerte que no puede llevar sin más a un sustituto. La salida exogámica del complejo de Edipo, de acuerdo con su reactivación puberal, supone un paso intermedio: la búsqueda del amor en la relación con otra mujer. Esta es la época en que se teje el vínculo exclusivo con alguna amiga que, con el tiempo, pasará a un segundo plano.

Esta relación homoerótica es constitutiva de la posterior heterosexualidad para una mujer. Podría ser que hoy en día haya una mayor tendencia a que este amor entre mujeres jóvenes se realice en el cuerpo a cuerpo, pero su fundamento psíquico no es para nada novedoso y, por lo tanto, cuestionarlo es redundante. Se trata del desarrollo psíquico normal en la mujer.

En todo caso, más importante me parece destacar que un rasgo de nuestro tiempo es buscar la definición de la elección sexual. El adolescente atraviesa diferentes orientaciones sexuales, es un ser ambiguo que recorre diferentes elecciones amorosas antes de consolidar una identidad. Por eso es tan importante que los adultos no presionemos en busca de que el joven se defina de un modo u otro, porque la búsqueda de una actitud definitiva es más una inquietud nuestra antes que algo que respete los tiempos del crecimiento.

La obsesión de nuestra época porque cada uno tenga una identidad sexual clara y distinta (incluso desde la infancia), en la que se afirme de manera obstinada y de la que se espera reconocimiento constante, recae entre jóvenes como un imperativo que a veces los confunde más antes que conducir a un descubrimiento singular.

Por otro lado, respecto de la adolescente de nuestro tiempo, quisiera mencionar otro punto. Hace unos días leí una estadística que desmiente un prejuicio habitual: que el HIV es cosa de varones homosexuales. La estadística muestra una nueva tendencia, que son principalmente las mujeres adolescentes las infectadas en aumento. La población de jóvenes entre 16 y 25 años va en ascenso. Como mencioné al principio, no conozco de estadísticas; no es mi especialidad, pero si el dato es confiable, no me parece extraño. Y podría explicarse a partir del funcionamiento de la fantasía que mencioné antes.

Vivimos en un mundo de fantasías, cada uno atiende a lo que su fantasía le permite. Para una adolescente la reactivación juvenil de la sexualidad confronta con una fantasía típica: la de embarazo. Así como el joven se defiende de la impotencia, y del temor que la mujer encarna para él, (1) la jovencita teme quedar embarazada. Esto explica por qué suelen fracasar las campañas de toma de conciencia sobre enfermedades de transmisión

sexual entre adolescentes, porque no apuntan a la fantasía: en tiempos de la pastilla del día después, si puede evitarse el embarazo no hace falta usar preservativo. En efecto, muchos jóvenes creen que el preservativo es para evitar el embarazo.

La fantasía es el fracaso de la conciencia y muestra que crecer es un trabajo arduo para el psiquismo, que la maduración no es algo espontáneo, sino el atravesamiento de diversos conflictos.

El adolescente atraviesa diferentes orientaciones sexuales, es un ser ambiguo que recorre diferentes elecciones amorosas antes de consolidar una identidad.

1. Esto es algo que se comprueba al advertir que la práctica de chistes misóginos es común entre los varones adolescentes, mientras que las mujeres no necesitan hacerlos. Por ejemplo, “¿Cuál es la mujer ideal? La que se convierte en pizza después del acto sexual”. Este chiste tonto muestra cuánto miedo despierta una mujer en un varón: si es preciso que después del acto sexual ella se convierta en otra cosa, es porque ella sería la única testigo de su falta de erección. Al concluir el acto, todos los varones somos impotentes. Por lo tanto, como en las películas policiales: hay que eliminar al testigo. La misoginia es un hábito defensivo y lo esperable sería que al crecer los varones puedan desprenderse de ese temor.

Capítulo 2

LOS ADOLESCENTES DEL SIGLO XXI

EL NARCICISTA

Si hubiera un mito propio de la adolescencia, sería el de Narciso. ¿No se dice de los adolescentes que pasan horas ante el espejo, fascinados por su propia imagen?

Asimismo, algo propio del inicio de la juventud es un interés en la ropa que en la infancia no existía. No digo que los niños no tengan preferencias en la vestimenta; puede ser que les interese un vestido en particular, o esa remera que les gusta ponerse; pero en el caso de los jóvenes se trata de un fenómeno acentuado: aparecen las marcas, que dan prestigio y estatus, el ir a comprar ropa como una salida específica, en fin, toda una estética relacionada con el modo de verse. Porque para los adolescentes verse es muy importante, pero ¿qué significa esta aparición del interés por la imagen?

Por un lado, el cambio del cuerpo le da un valor notable. Mientras que para el niño la cuestión de la relación de su cuerpo con el deseo es secundaria o dispensable, para el adolescente capturar la mirada es fundamental. En este sentido, la ropa juega un doble papel: puede servir para hacerse visible y también para esconderse.

Me acuerdo de una chica que durante mucho tiempo vino a la consulta con remeras holgadas que disimulaban su torso, del que se sentía avergonzada, ya que se había desarrollado prematuramente; hasta que la elaboración de su figura femenina le permitió pensarse desde un lugar distinto y apropiarse de su cuerpo como un “arma de seducción” (que haya usado esa expresión, que escuchó en la televisión, nos hizo reír mucho).

Por otro lado, la imagen no solo implica el cuerpo, sino también una serie de valores proyectados que hacen que, al ver, veamos mucho más que lo que la imagen refleja. Este aspecto es especialmente importante y explica por qué en la adolescencia suelen aparecer los llamados “trastornos de la alimentación”, que no solo tienen que ver con una cuestión nutricional, sino con un modo de estar fijado en la mirada.

En este capítulo, en el primer apartado presentaré el caso de una joven que padeció fenómenos bulímicos severos hasta que, con el tratamiento, logró posicionarse de una manera adulta (no porque dejara de sufrir, sino porque pudo asumir un conflicto, de acuerdo con una pregunta femenina) y luego nos detendremos en una consideración general acerca de lo alimentario; finalmente, veremos las patologías de la imagen en relación al fanatismo de muchos jóvenes por el gimnasio.

DE LA BULIMIA A LA HISTERIA

Juana tiene 20 años y diez meses atrás volvió a Buenos Aires luego de haber estado viviendo en Brasil desde los 14. A lo mejor porque en ese momento ocurría con menor frecuencia, lo cierto es que no consulta por los vómitos con que suele concluir sus comidas. Hace un tiempo que iba a un hospital al que, además de un tratamiento

individual, asistía a un grupo para bulímicas y a una nutricionista. Abandonó el tratamiento cuando, al comenzar a estudiar en el CBC, pidió un cambio de horarios por no poder asistir a uno de los espacios. Refiere que le plantearon todo o nada. Eligió nada.

Dice consultar a partir de una pelea con su último novio, y si bien cree no haber hecho *nada*, lo que la trae a consultar es el temor persistente de que pueda estar embarazada. Le pregunto en qué consiste ese temor. Juana dice que, en realidad, es su madre, “está todo el tiempo diciéndome que estoy embarazada”. De su madre, Juana dice que ella conoce “hasta los días en que me tiene que venir”; “Ella me lo dice y pasa tal cual, y ahora tengo dos semanas de atraso”. Entonces, Juana formula que decidió consultar para saber qué son los embarazos psicológicos. Le pregunto si se realizó un test. Me dice que no. Le sugiero que lo haga y le propongo volver la semana próxima.

En la entrevista siguiente Juana llega comentando el resultado negativo del test, agregando que no hubiera sido un problema para ella tener un bebé, ya que le encantan los bebés. Entonces relata este suceso: su mejor amiga le robó un novio hace un tiempo y de ese encuentro su amiga resultó embarazada. Añade que su amiga era una mala madre porque se avergonzaba del hecho y que, ahora, ella es la que siente vergüenza porque su amiga lleva la foto del niño en la billetera. La secuencia me resulta cerrada, Juana habla muy rápido y no logro orientarme en lo que está diciendo. La detengo y le pregunto qué la avergüenza. Me responde que su amiga se hace la *mártir* con la foto de un niño muerto. En todo el relato nunca escuché que el niño estuviese muerto. Le pregunto otra vez por la foto. Me cuenta que el niño vivió apenas un año, y que después de la muerte todo el mundo se “llenaba la boca” hablando de lo lindo que era. Le pregunto cómo murió. Ahogado, después de comer. Le pregunto cuándo pasó eso. Me responde que al llegar a Brasil en su adolescencia. El relato en su conjunto, de algún modo, me había impactado. Sorprendido le digo: me da mucha pena que ese chico haya tenido que transformarse en nada para estar en boca de todos. Juana se queda callada un rato, después dice en voz baja: “me siento muy triste”.

En este punto, puede pensarse que el efecto de nominación de la pérdida es lo que la pone en acto como tal. Hasta entonces, era como si ese bebé aún viviese (quizá por eso mi desorientación en la presentación del relato).

Un par de semanas después Juana llega a su entrevista semanal contando que estuvo vomitando antes de venir. Me cuenta esta escena del fin de semana: el domingo está en su casa a la hora del almuerzo, a la tarde iba a salir con su hermana, dice que se siente antojada de comer ravioles, que se viste, sale a la calle y los compra, los cocina, los come, se levanta y mira a su mamá, quien le dice: no hagas eso. Ella le responde: ¿qué le hace una mancha más al tigre?, va al baño y vomita. La detengo en la frase, le pregunto por qué piensa que dijo eso. Cuenta que cuando vomita su mamá se para en la puerta del baño y la oye vomitar. Le pregunto por el papá: él se levanta y se va al cuarto. Cuenta que su padre es un hombre “muy” mayor, jubilado y cansado. Entonces, le pregunto por la diferencia de edad con su hermana: se llevan más de 15 años. Marco que es una diferencia considerable de años, “es que mi mamá perdió tres bebés en el medio”, “y cuando yo iba a nacer el médico le dijo de abortar porque se podía morir”. Entonces le

pregunto: ¿alguna vez te molestó la idea de que la podrías haber matado? Juana pone cara de que me volví loco y/o dije una estupidez (lo cual es cierto, pero eso no es lo importante) y sigue: El tema es que me lo reprocha todo el tiempo. Como las manchas del tigre, le digo. Juana se ríe y agrega: Si conocieses a mi vieja, te darías cuenta de que es infumable. En el camino al ascensor Juana me habla acerca de su nombre, nombre que desde el sentido común ilumina acerca del hecho de nacer.

A la semana siguiente, en el horario de su entrevista semanal, Juana me envía un mensaje de texto: “buen día, sabes que no me siento bien y quería avisarte que hoy no voy más tarde te llamo así arreglamos la semana que viene, besos”. Al no haber puntos ni acentos la lectura puede hacerse, al menos, de dos modos. Entendí que algo del padecimiento comenzaba a enlazarse al espacio del tratamiento. Esa tarde Juana me llamó por teléfono y acordamos un horario para la semana entrante.

En el horario previsto, voy a la sala de espera y me encuentro con Juana y sus padres. Juana dice, alzando los hombros: Mi vieja quería venir a toda costa. Entran los tres al consultorio, sin que yo lo hubiese propuesto. La madre comienza: Ella está enamorada del inodoro. El padre no habla, mientras la madre continúa en imprecaciones acerca de los vómitos de su hija. Juana le pide que “la corte” tres veces seguidas. En este punto intervengo diciendo que vamos a realizar una interconsulta con un médico. Le pregunto a Juana si está de acuerdo en realizar un chequeo clínico. Me dice que sí. A los padres les digo que entiendo su preocupación y que, a partir de este momento, si yo necesitara volver a hablar con ellos, los voy a llamar. Por lo tanto, les estoy pidiendo que no vengán en el horario de las entrevistas de Juana.

A la semana siguiente, Juana viene a su consulta semanal hablando de su jefe. Me dice que está “harta” de que su jefe le “robe” las comisiones, que el día anterior le había dicho: ¿Por qué no movés un poquito el culo?, y ella le respondió: A mí nadie me habla así, ni mi mamá. Intervengo diciendo: Y tu mamá debe decir cada cosa. Sí, todo el tiempo, es imposible callarla, mi papá se levanta y se va. Algo en el tono de su voz me inclinó a decirle: ¿Tu papá siempre está yéndose? Entonces Juana se queda en silencio y, luego, cuenta que hasta que ella tuvo 14 años su papá tuvo un secreto: que antes de conocer a su mamá, él ya tenía una familia con otra mujer, que esta estaba embarazada y que un día su papá encontró en la cama a su mujer y a su mejor amigo, que entonces su papá se calló la boca y se fue. Le pregunto cuándo se enteró de esto. Cuando me estaba por ir a vivir a Brasil, mientras hacíamos las valijas encontré unas cartas revisando los cajones de mi papá y me enteré de unas cuantas cosas.

Entiendo que, en este punto, puede resignificarse algo respecto del comienzo de los vómitos, ya que es al llegar a Brasil que su mejor amiga le “robó” el novio para quedar embarazada. Si bien los vómitos se encuentran articulados en una escena mostrativa con la madre... cabe precisar que la dirección se encuentra en la vía del padre y su “secreto”. No realizaré un análisis exhaustivo de este breve recorte, ni de la continuación del tratamiento. Este breve fragmento de un tratamiento no intenta formular que los modos actuales de trastorno de la alimentación sean reconducibles a este ejemplo. Sin embargo, sí me importa ubicar una secuencia que, partiendo desde una escena mostrativa,

narcisista, logra articular el padecer a la palabra y, finalmente, encauzarla en una pregunta respecto del deseo.

EL GOCE (DE LO) ALIMENTARIO

El psicoanálisis es una práctica de pequeños detalles. A veces es un rasgo apenas perceptible el que muestra lo más propio de alguien, la manera particular en que padece ciertas angustias y las resuelve a su modo.

En una ocasión, después de una hora de entrevista, un muchacho deslizó un aspecto que consideraba nimio en su vida. Al acomodarse en el sillón, dijo: Me aprieta mucho la camisa, me tengo que cuidar. Entonces, le pregunté a qué se refería y me contó que estaba tratando de bajar de peso pero que no le resultaba fácil. Le pedí que me comentara cómo eran sus hábitos alimenticios, y este interrogante lo sorprendió porque nunca se imaginó que con un psicoanalista se hablaría este tipo de cosas que, pensaba, eran para hablar con una nutricionista. Le dije que no había temas específicos que debía preparar para hablar conmigo, que podíamos hablar de lo que él quisiera y, entonces, le pregunté si comía mucho en cada comida. Relató que no se trataba de que comiera grandes cantidades sino del modo en que comía. Durante cada comida era más bien parco; lo que no podía evitar era la tentación de pasar por un quiosco y... primero un alfajor, otra vez un paquete de galletitas, y tantas otras cosas.

En este punto, le pregunté de qué manera comía en cada ocasión. Pareció sorprendido nuevamente y me preguntó a qué me refería. Le dije que no era lo mismo comer algunas galletitas que terminar el paquete. Se rió y, casi como quien hace una confesión, agregó que, en su caso, el límite era el envoltorio. He aquí un aspecto crucial, porque lo que determina su relación con la comida no es la saciedad. Sin embargo, quiso añadir algo que le llamaba la atención: ¿por qué a veces puede comer de otra manera y, otras veces, cuando se somete a restricciones, ni probar bocado? Le pido que se explique. Efectivamente, a veces le ocurre que puede dejar de comer durante períodos prolongados y, por cierto, tener la satisfacción de no comer. Esto le parece llamativo: que pueda gozar de comer como de no comer.

En realidad no es algo sorprendente lo que este adolescente comenta. Es lo que ocurre en la impulsión, que encuentra su límite en la angustia, cuando luego de haberse comido “todo” se siente culpable del exceso, o bien cuando puede regodearse en la “nada” de la privación. Por cierto, nadie dudará de reconocer en este caso los dos polos de la bulimia y la anorexia como trastornos de la alimentación. Lo interesante es el carácter puntual que manifiesta, su aparición tímida, que en este chico está asociada a una coordenada precisa: las situaciones en que debe esperar, hacer tiempo, entre una cosa y otra, por eso sus atracones suelen darse en quioscos o estaciones de servicio. Cuando se encuentra *en tránsito*, ahí su angustia cede a la impulsividad.

Ahora bien, no es lo mismo tratar la angustia por la vía de la impulsión que a través de un dique psíquico. (1) No es lo mismo comer con culpa, que comer con asco. En la constitución psíquica de una persona, para la localización del síntoma es precisa la

represión. Donde no hay represión, se da la impulsión. Lo que demuestra que, de un modo u otro, la pulsión no puede satisfacerse sin displacer.

Hoy en día las impulsiones son cada vez más frecuentes en los adolescentes. Y no es preciso hablar de casos dramáticos de adicciones en los jóvenes para poder ubicar la eficacia de estas formas de malestar. Incluso a veces hay cierto elogio de la impulsividad adolescente cuando se habla de la intensidad, la búsqueda de emociones fuertes. Por esta vía, se olvida que la impulsividad confronta con un tipo de vida que no permite el crecimiento, dado que permanece en el sempiterno “No sé por qué lo hago”.

Por supuesto que lo importante no es que alguien sepa quién es cuando hace lo que hace, esta idea súper racionalista de la persona es una ilusión, pero sí que ubique las coordenadas en que actúa de tal manera u otra, y qué dice acerca de su ser más íntimo ese modo de responder a la angustia. Porque del sufrimiento y el dolor nadie está a salvo, pero afortunadamente no hay una sola forma de padecer.

FANÁTICOS DEL GIMNASIO

Esteban (19 años) me cuenta que, desde que terminó el secundario, está contento porque puede ir al gimnasio todas las mañanas. Cuando llegó al consultorio por primera vez, una de las primeras cosas que llamó mi atención fue el modo en que, en el ascensor, se miraba en el espejo. Hubiese creído que ese acto estaba reservado a la intimidad, por lo general nos miramos a solas con tanto detalle; pero la fascinación de Esteban con el espejo fue más importante y era como si yo no estuviera a su lado o no lo viese. Dicho de otra manera, que él se viese a sí mismo cancelaba mi mirada.

Esteban no solo desarrolla una rutina exigente en el gimnasio y se cuida mucho con las comidas. Algo que debería preocuparnos a los adultos es la cantidad de productos que los jóvenes consumen sin ningún tipo de supervisión médica, tan solo porque una etiqueta dice que son “sanos”. El delirio de nuestra sociedad con respecto a la salud, que lleva a que muchas personas se dañen el cuerpo (porque, por ejemplo, salen a correr sin preparación física y así se estropean las rodillas) es algo que va más allá de la coyuntura adolescente. Pero a ellos los toca especialmente porque su conciencia con respecto a los límites es un poco más difusa. En el caso de Esteban, además de la obsesión por lo saludable, era notorio un hábito que no tuvo empacho en contarme: luego de cada serie de ejercicios, iba al espejo y se miraba. Por ejemplo, hacía 40 flexiones de brazos y, luego, levantaba kilos en una pesa, para mirarse en el espejo.

¿Qué miraba de esta forma tan sutil? Porque lo cierto es que no habría modificaciones inmediatas después del ejercicio. Desde cierta perspectiva se usa el término de vigorexia para nombrar este tipo de actitudes, pero yo no quisiera darle un diagnóstico o pensarlo desde lo patológico solamente. Me interesa otra cosa, la pregunta acerca de qué buscaba en la imagen. Tengo la idea de que la adolescencia es el momento en que la imagen de cada uno ya no es solamente la que devuelve el espejo. En efecto, en los trastornos de la imagen lo que se pone en juego es buscar en el espejo lo que no puede verse. Por ejemplo, una parte importante de la imagen propia está basada en la

autoestima, pero ¡la autoestima no puede verse! Sin embargo, es posible tratar de modelar la imagen del espejo para que, al menos, la autoestima (sobre todo si es baja) no aparezca. Dicho de otra manera, en el caso de los adolescentes narcisistas el reforzamiento de la imagen no es porque quieran verse, sino porque les cuesta mucho verse y necesitan controlar esa imagen para que no muestre algo que, en su interior, sienten que es feo o podría no ser aceptable. En última instancia, el frenesí narcisista de algunos jóvenes es una especie de ortopedia constante.

Hay dos aspectos del narcisismo que se ponen en juego en la etapa adolescente, con consecuencias para toda la vida: el sentimiento de sí y la autoestima. El primero consiste en la capacidad para sentirse uno mismo y retoma las consideraciones que están en la primera parte del libro respecto de la pre-pubertad y la identidad. Si bien durante la vida cada uno se va armando con diferentes identificaciones, también hay un aspecto que remite a lo propio, a lo que cada uno es, a aquello en lo que se reconoce independientemente del contexto y la circunstancia. En los jóvenes narcisistas en los que se encuentra afectado el sentimiento de sí es común que se sientan vacíos, que no sepan qué quieren, que podrían hacer una cosa como otra, en fin, son aquellos para quienes la vida puede transformarse en el dolor de existir.

Respecto de la autoestima, cabe decir que tiene que ver con la valoración que cada uno hace de su propia persona. En las personalidades narcisistas, aunque parezca paradójico, la autoestima se encuentra muy debilitada; así es que, en realidad, el énfasis narcisista es más bien una especie de compensación, una forma de tapar, de esconderse detrás de la imagen que muestra el espejo. Esta es una consideración que es preciso tener en cuenta a la hora de estar con adolescentes que transitan problemas de alimentación o que desarrollan rutinas excesivas en el gimnasio. No es que ir al gimnasio sea algo patológico, pero sí puede ser compulsivo cuando, si se deja de hacerlo, produce culpa. En este punto, la culpa muestra que lo que une a esa actividad no es el disfrute o el esparcimiento, la inclinación deportiva, sino un interés más profundo que es preciso eventualmente supervisar.

La adolescencia es el momento en que la imagen de cada uno ya no es solamente la que devuelve el espejo. En efecto, en los trastornos de la imagen lo que se pone en juego es buscar en el espejo lo que no puede verse.

1. En la primera parte del libro ya hablé de la importancia de la construcción de los diques psíquicos como preludio de la adolescencia.

EL DESAFIANTE

Unos padres me comentan preocupados que su hija se rateó de la escuela. Se enteraron a partir de que las autoridades de la institución llamaron a la casa para consultar el motivo por el cual, María (15 años), en el último mes faltó unas cinco veces.

La madre está especialmente desconsolada. Me llamó por teléfono en el mismo momento en que regresaba a la casa para reprender furiosamente a la chica. En esa breve conversación telefónica solo pude decirle: “No te cebes, bajá un cambio y tratá de hablar con ella sin cagarla a pedos porque no va a servir para nada”. Luego quedamos en vernos unos días después.

Cuando ambos padres vinieron a verme tratamos de pensar la situación. Por suerte, la confianza que me tienen hizo que pudieran hablar con la adolescente sin que iniciara una escena habitual: la quieren retar pero el efecto es contraproducente, ya que la joven redobla la apuesta y se pone desafiante, eventualmente incluso los insulta. “Nos perdió el miedo”, dicen al unísono.

En este punto, esta frase se convierte en el síntoma que es preciso analizar en la consulta. Porque, ¿no es acaso el niño el que, muchas veces, renuncia a algo por temor a los padres? Mirá que me voy a enojar, suelen decir los padres de niños pequeños. Ahora bien, esta coyuntura se revela como inútil con los jóvenes. ¡Afortunadamente! Porque si el límite aún fuera a través del miedo, el crecimiento no sería posible. Por cierto, son conocidas las situaciones en que, en más de una ocasión, ante el reto del padre un chico se atrevió a llegar a una pelea física. Seguramente todos conocemos alguna circunstancia de ese estilo, de la que también hay suficientes ejemplos en el cine. Por eso es tan importante que los padres se abstengan de buscar poner límites a los jóvenes a través de la confrontación, porque un adolescente es quien, a partir de cierto momento, también puede responder y devolver lo que considera una incitación, una provocación o una agresión. Las consecuencias funestas de esta deriva, como la ruptura del vínculo entre padres e hijos, pueden ser irreversibles.

Asimismo, lo importante en este tipo de coordenadas radica en ubicar en que una vez que el joven fue “descubierto”, lo más probable es que no vuelva a hacerlo. Faltar a la escuela, en el caso mencionado, solo tenía sentido a partir del hecho de que los padres no lo sabían; develado el misterio, la transgresión se diluye. Así es que se entiende lo penoso que sería darle consistencia a la cuestión a través de una reprimenda al joven, porque reinstala la transgresión como posibilidad, la erotiza, la vuelve a hacer atractiva. Lo mismo si hubiera una pelea entre padres e hijos por esta cuestión, porque el pelearse podría volverse un fin en sí mismo, con lo cual las escenas se repetirían.

En el caso de esta joven, María, la madre me planteó: “No entiendo por qué se ratea, porque si me hubiera dicho que no quería ir a la escuela, yo le hubiera permitido faltar,

como otras veces”. La respuesta ya estaba en la inquietud: justamente porque se lo hubieran permitido es que necesitaba autorizarse a hacerlo por sí misma.

Acompañar a un adolescente en su crecimiento implica, ante todo, aceptar que no se le puede dar permiso para crecer y que este debe buscar por cuenta propia sus propios actos. Sin duda esto lleva a saber que hay riesgos que se habrán de correr, pero ¿cómo un joven puede descubrirse como causa de sus acciones si no es a través de esos riesgos que los padres no pueden prevenir?

ACOMPañAR A UN ADOLESCENTE

Antonio (16 años) es epiléptico y ocurrió que, en un partido de fútbol en la plaza con amigos, tuvo un episodio y, para sorpresa de todos, nadie sabía de su condición. ¿Cómo es posible que ni siquiera sus amigos estuvieran al tanto, con lo riesgosa que podría haber sido la situación?

Este motivo de consulta de los padres me hizo pensar en algo que he notado en muchos casos de adolescentes, en particular los que tienen enfermedades de origen orgánico que no son notables especialmente. Pienso, por ejemplo, en una chica que padecía diabetes y, en su caso, tampoco ninguno de sus amigos lo sabía. Lo he verificado en otros casos también y se puede pensar lo siguiente: para un joven cargar con una enfermedad de este tenor, en un momento en que están resignificando su identidad sexual, implica en lo psíquico considerarse un ser deficitario, fallado. Por eso suele ocurrir que sea muy difícil que estos jóvenes se cuiden o tengan conciencia de los peligros que corren al no tomar medicaciones y demás.

Es todo un tema de preocupación entre los padres este último aspecto, ya que a veces presionan a los hijos para que sean autónomos en sus tratamientos y el efecto es contrario, porque la desobediencia hace que el adolescente se afirme en su posición.

En el caso de la chica mencionada ni siquiera su mejor amiga sabía que ella era diabética. Acá hay un punto sensible: hasta hace un tiempo era común que las jóvenes, antes de comenzar a interesarse en el mundo de los varones tuvieran un vínculo estrecho con una amiga en particular. En los jóvenes es más frecuente el grupo, antes que un amigo (aunque también en el grupo siempre hay una relación más estrecha con alguno). Lo significativo es que este otro, el amigo cercano, representaba un contrapunto ante las exigencias de los demás adolescentes, sobre todo en lo que tiene que ver con expectativas que, entre adolescentes, conducen a una coyuntura en la que se es como los demás o bien se está afuera.

Por lo común, este mejor amigo también funcionaba como confidente y, en casos como los que hablamos, sabía de las enfermedades. Cumplía la función de quien insta a cuidarse, sin que fuese una figura parental que lo solicitara. Ahora bien, hoy en día el lugar del mejor amigo parece haberse desdibujado un poco y, en un contexto como el de uso generalizado de las tecnologías, la posibilidad de mostrarse conlleva que aquellos aspectos que no sean atractivos se escondan mucho más. Por ejemplo, en el caso de la chica diabética, su pasaje a la adolescencia estuvo signado por consolidarse

prácticamente como una *estrella* de Instagram, cuya relación con la seducción precedió en mucho a la constitución de vínculos de amistad. Con un montón de seguidores varones, que la idolatraban, en su vida íntima la diabetes era vivida como una mancha para la imagen de *femme fatale* que exhibía.

Es una tendencia ampliada que, en los jóvenes de nuestros tiempos, la erotización preceda a los vínculos con los amigos. Incluso se constituyen los vínculos de amistad a partir de la disposición erótica. Esto no era así hace unos años, cuando los amigos eran compañeros en el descubrimiento de ese terreno desconocido que era la sexualidad. Hoy en día parece haberse invertido este recorrido; sin embargo, tarde o temprano se impone tener que hacer el trabajo psíquico de simbolizar la identidad sexual no solo desde la imagen sino también a partir del soporte real del cuerpo. Por lo general, es después de algunos años que los adolescentes que padecen enfermedades orgánicas empiezan a asumirlas sin esconderlas a los demás, muchas veces en el contexto de intimidad con la primera relación amorosa, quien pasa a ser el primer confidente. Antes lo era el mejor amigo, ahora lo es el primer novio. Por eso los primeros lazos de amor entre adolescentes suelen ser tan intensos en nuestro tiempo.

Para concluir, entonces, el consejo para padres: no desesperar si los hijos adolescentes descuidan un poco los tratamientos de sus enfermedades (¡qué fácil es decirlo!; me refiero a que pueden acompañar sabiendo que ellos no serán autónomos todavía, tener un poco más de paciencia en este punto, como la han tenido hasta ese momento), porque aún tiene otras tareas por realizar en relación a su identidad, antes de poder incorporar a esta lo que implica un tratamiento que, muchas veces, es crónico.

LOS CONSUMOS PROBLEMÁTICOS

En este último apartado no tendré en cuenta el tema de las adicciones francas, que requieren un tratamiento específico. Me interesa poder pensar algo acerca de por qué los jóvenes tienen una inclinación hacia el consumo. Pero la idea no es plantear una valoración negativa sino problematizar una idea: la relación entre la música y las drogas como un modo de elucidar por qué en la juventud el consumo está facilitado a partir de la búsqueda de una experiencia de intensidad.

Me alejo de la idea de que los jóvenes consumen porque son influenciables; eso sería subestimarlos. Más bien creo que el consumo ocupa en esta etapa de la vida un puente hacia la madurez (no quiero decir que sea algo obligado ni bueno), porque reelabora una situación de dependencia que necesita ser dejada atrás. Los adolescentes no consumen por presión del grupo de pares sino porque buscan un estado específico que se asocia al modo en que viven las relaciones afectivas y del que se sabrán desprender si las cosas marchan de manera adecuada.

No se puede vivir del amor, canta Andrés Calamaro y, sin embargo, ¿cuántas canciones hablan de la necesidad del amor? No se puede vivir del amor, no se puede comer el amor, una casa no se puede comprar con amor; pero tampoco se puede vivir *sin* amor. Esta circunstancia recuerda el principio de la película *Alta Fidelidad* (2000) en la

que el protagonista –un adolescente tardío– se pregunta:

¿Que vino primero, la música o la tristeza? La gente se preocupa porque los niños jueguen con pistolas, o vean videos violentos, que la cultura de la violencia se apodere de ellos. Nadie se preocupa de que los chicos escuchen miles, literalmente miles de canciones sobre corazones rotos, rechazo, dolor, tristeza y pérdida. ¿Escuchaba música pop porque estaba triste? ¿O estaba triste porque escuchaba música pop?

Ahora bien, ¿por qué muchas de las canciones de amor más hermosas se escribieron pensando en la droga? Sería vano decir que la letra “en realidad, trata de” (tal o cual sustancia) y no, por ejemplo, de una mujer, cuando “en verdad, trata de” amor.

Un amor particular, que –para el caso– hace que una mujer se sustancialice, o bien que una sustancia pueda adquirir atributos femeninos y/o feminizantes (como en *Cocaine*, de Eric Clapton). Hagámosla fácil: todas las canciones hablan de amor porque todas las canciones hablan de droga, en una sociedad en la cual el erotismo es un consumo problemático más.

Es verdad que soy una rata de ciudad; no tengo religión, tengo ansiedad, así describe Juanse de Ratonos Paranoicos el pasaje a la vida moderna, a la filosofía diletante, al paseante melancólico que todavía podía gozar de la literatura. Aunque hoy la literatura es más bien una forma muerta. El goce musical, en cambio, es el que necesitamos explorar para entender nuestras formas actuales de consumo, ¿quién puede vivir sin canciones? ¿Quién puede definir una canción? Hay tantas como drogas imaginables, lo que demuestra que no es ese u otro objeto, más o menos prohibido (o prohibible), de lo que se goza en el consumo, sino de un sonido o, mejor dicho, una voz que arrulla y duerme, o sobresalta y estimula. Quien quiera entender el proteico mundo de las mal llamadas adicciones tiene que volver a estudiar canciones de cuna en un mundo en el que ya no es posible la experiencia de leer una novela de amor de 500 páginas porque tampoco existen ya historias de amor de 500 páginas.

Pronta entrega, de Virus, es una letra que amo y muchas veces que amé pensé en esta canción pero nunca me había dado cuenta de que es una canción profundamente triste. Hay quienes dicen que trata del encuentro entre dos amantes, otros dicen que habla del encuentro con un *dealer*... pero, ¿no es un encuentro entre amantes también el encuentro con el *dealer*? Hace un tiempo un adolescente que se las arreglaba con el consumo de cocaína me contó que recibió un mensaje de su *dealer*, que simplemente le decía: No te olvides de mí.

La letra de Virus empieza así: “Recordando tu expresión, vuelvo a desear”. Hace poco fue la primera vez que noté que no describe el encuentro de dos cuerpos sino al amante solitario, cuyo deseo nace del recuerdo. Qué cruel. El deseo no nace de la visión sino de la memoria, de la pérdida. Son dos modos incompatibles: el deseo-percepción-presencia; el deseo-recuerdo-ausencia. El deseo melancólico del amante solitario, en la canción, habla del cuerpo que busca, distante, lejano y, por eso sufre. Qué tristeza esta canción. “Me puedo estimular, con música y alcohol”. El amante idiotiza su deseo, lo narcotiza porque le resulta insoportable, “pero me excito más, cuando es con vos”. En esta parte impresiona la confianza en Eros que, incluso herido, derrotado por la ausencia,

es más fuerte que el autoerotismo, que la satisfacción replegada sobre sí misma. “Siento todo irreal”, sigue la letra. Ahora le encuentro un nuevo sentido: la fantasía sale victoriosa, porque solo podemos desear con esa falta que, aunque nos lastima, hace que lo real no sea lo que vemos sino lo que más extrañamos (que produce extrañamiento). Lo irreal no es no-real, sino lo real en sentido pleno, plenitud vacía.

Por último, el título *Pronta entrega* que, en la letra, reclama “por favor”, suplicante (¡el amor mendigo!)... ¿se puede recuperar lo perdido? El deseo dice que sí, pero quien desea no lo cree. A veces con el deseo no se hace nada. Es una canción tristísima, de la que no dudaría en pensar que expone una contribución fundamental para el análisis del consumo en nuestra sociedad.

Recostado en el diván, un chico joven me habla de una canción de Babasónicos que se llama *Rubí*. Me dice que habla sobre la marihuana. Lo interrumpo para decirle que – extraña casualidad– hace poco otro adolescente me había dicho que esa canción hablaba del sexo oral con una mujer: “Tu aliento carmesí, tu flor de lis junto a mi boca, fumar de tu rubí, quererte así, beberte a gotas”, dice la letra. Después de esta observación comenzamos a reírnos y me dice: “Cada uno fantasea con lo que puede”.

¿Cómo pensar, entonces, esa ecuación entre la droga y la mujer? Acaso, no es ya una reducción el vínculo estrecho que suele hacerse entre el autoerotismo y el consumo de sustancias. Es muy limitante pensar el consumo como un sustituto de la masturbación (como suele hacerse). Es preciso un cambio de paradigma. Es momento de pasar a hablar de usuarios de drogas y levantar la hipoteca médico-jurídica que pesa sobre el consumo. Ahora bien, el efecto indeseado de una perspectiva demasiado amplia es que podría borrar toda especificidad de la noción de consumo.

Todos somos adictos, dice una conocida canción de Soda Stereo. Esta expresión refleja el movimiento que el pensamiento sobre las adicciones ha realizado en los últimos años. Por un lado, hacia la indeterminación del lugar privilegiado del objeto-droga, saldo del paradigma médico que recogiera implícitamente la perspectiva jurídica y el planteo de sustancias prohibidas o ilegales. Por otro lado, la ampliación del registro de la conducta hacia instancias de la vida cotidiana que pueden resultar más o menos compulsivas. En este último caso, se trataría de las llamadas *adicciones sin drogas*, que incluyen desde relaciones amorosas hasta las nuevas tecnologías.

Asimismo, otra dificultad radica en la pluralización de la noción de consumo: en ciertos trabajos se amplía la aproximación a las adicciones a partir de la descripción de las formas actuales del consumismo capitalista. Es en este sentido que podríamos suscribir nuevamente la afirmación de Gustavo Cerati mencionada en el comienzo. En esta misma dirección avanza una descripción reciente formulada por Zygmunt Bauman en su libro *Vida de consumo*:

En el camino que conduce a la sociedad de consumidores, el deseo humano de estabilidad deja de ser una ventaja sistémica fundamental para convertirse en una falla potencialmente fatal para el propio sistema, causa de disrupción y mal funcionamiento. No podría ser de otra manera, ya que el consumismo, en franca oposición a anteriores formas de vida, no asocia tanto la felicidad con la gratificación de los deseos [...] sino con un aumento permanente del volumen y la intensidad de los deseos, lo que a su vez

desencadena el reemplazo inmediato de los objetos pensados para satisfacerlos.

Ni por el lado del autoerotismo, ni por el lado del capitalismo, hablar de consumos problemáticos hoy en día necesita nuevas hipótesis, refrescar el campo de producción. Es lo que ocurre con las canciones: no sabemos muy bien por qué pero las necesitamos, nuestra sensibilidad es la de quienes viven de acuerdo con la música popular de nuestro tiempo. Un efecto breve, dos o tres minutos, una intensidad que recorre y mueve el cuerpo y la necesidad de más. A veces ni siquiera sabemos qué dice, pero nos tocan el alma. Las canciones son la droga de nuestra vida cotidiana.

Puede ser que nos escandalicen los recitales en que los jóvenes consumen, o las fiestas *rave* en que bailan al compás de las drogas de diseño, pero lo cierto es que la prohibición no es la vía. Los jóvenes logran saltar las prohibiciones y nosotros, como adultos, tenemos que pensar qué es lo que pueden buscar los adolescentes al consumir, para tratar de acercarnos a un aspecto fundamental de su modo de entender la experiencia.

Interrogado por un adulto es posible que un adolescente diga que tomó en una fiesta porque los demás tomaban, pero esto no es cierto, es apenas una respuesta que da a los adultos. Detrás de ese discurso consciente hay un motivo inconsciente que hace que, incluso cuando podrían decir que no, muchas veces lo hacen. Por lo tanto, esa relación entre la adolescencia y la búsqueda de intensidad es lo que se debe pensar, esa intensidad que también tiene que ver con el modo en que viven el amor y que puede hacer que se vuelva intensa la relación con un deporte (¿por qué un deporte no podría ser un consumo problemático?). En esa búsqueda de intensidad, los adolescentes nos desafían, nos ponen a prueba, porque ponen a prueba la racionalidad que encarnamos los adultos.

Los adolescentes no consumen por presión del grupo de pares sino porque buscan un estado específico que se asocia al modo en que viven las relaciones afectivas y del que se sabrán desprender si las cosas marchan de manera adecuada.

EL HIPERCONECTADO

“No hace otra cosa que estar en la computadora” es una queja habitual de los padres de algunos adolescentes, que incluso denuncian esta situación como algo que les da más miedo dentro de otras cosas que también les dan miedo (que salga de noche, que tome alcohol, que tenga relaciones sexuales, etc.). Una vez, una madre me lo dijo de una forma paradójica: “Si por lo menos cometiera excesos, pensaríamos que es normal”. De este modo se refería a que el único interés de su hijo por la computadora le parecía excesivo.

Lo cierto es que realizar un juicio anticipado sobre esta cuestión corre el riesgo de ser una valoración injusta. No podría decirse que la tecnología de por sí es buena o mala. Me refiero no solo a las computadoras (e Internet), sino también a las demás pantallas como las de los celulares y las Tablets. No creo que la gravedad de una situación se pueda medir solo por un factor cuantitativo. Desde mi punto de vista, lo fundamental va a ser siempre el modo de relación que se establezca con el objeto y no el objeto en sí.

De un tiempo a esta parte, la incorporación de nuevas tecnologías a la vida cotidiana es un hecho. En otro tiempo, al llegar a una casa por la tarde, era mala educación llamar después de cierta hora. Había horarios de protección al menor en la televisión; el adentro se separaba fuertemente del afuera. Hoy en día, la frontera entre lo privado y lo público se ha desdibujado: mientras vamos de la cama al living –por citar una vez más a Charly García– respondemos mensajes, mandamos un audio y, si bien queremos que nuestros hijos usen menos los dispositivos, lo cierto es que la mayoría de los adultos, cuando se despierta, chequea una aplicación. Aquí se corre el riesgo de caer en una especie de haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago.

CYBERBULLYNG Y ACOSO VIRTUAL

Hubo una época en la que, de la juventud, se decía que era divino tesoro. La idea de tesoro era atractiva, porque reflejaba algo muy valioso y en reserva que, con el tiempo, se ofrecería a la sociedad. En el caso de los adolescentes contemporáneos, la metáfora es otra porque desde mucho antes de asumir roles sociales los jóvenes tienen conductas públicas. Es el caso de Franco (15 años), quien atravesó una dramática situación en la que estuvo implicada la tecnología.

Una noche Franco estaba en una fiesta y una de sus compañeras se acercó para estar con él. Bailaron, tuvieron algún acercamiento de seducción, pero en lo concreto Franco decidió que no quería estar con ella porque le gustaba otra amiga. Su razonamiento fue bastante claro: si estaba con una, perdía la chance de estar con la otra. Sin embargo, al día siguiente cuando se despertó se encontró con una sorpresa: a través de una red social,

la chica rechazada hizo eco de su decepción con una sutil venganza: “Qué feo ir al mismo curso que tu abusador”.

El nivel de exposición que tuvo esta denuncia llevó a que en poco tiempo todo el colegio estuviera al tanto y se produjera un fenómeno de exclusión, que recrudeció con otras denuncias para las que tampoco hubo pruebas. De repente, Franco estaba en el ojo de una tormenta y hasta tuvo que pensar en cambiarse de institución educativa. Ni siquiera las autoridades supieron cómo intervenir en un caso semejante.

Afortunadamente la madre se asesoró legalmente y junto con su abogada hicieron un reclamo, que llevó a que el rector tomara cartas en el asunto y citara a los padres de la denunciante para pedirles que le hicieran saber de lo delicado de la situación y que si había pruebas, debía presentarlas en la Justicia, pero que no podía usar el aula (y la virtualidad) como terreno de escarnio y llamado al linchamiento. En poco tiempo, después de que los padres interviniesen, la joven se disculpó y el fenómeno que se les había ido de las manos se disolvió.

Este caso me recuerda otro, el de Andrés (16 años), a quien en cierta situación en clase un compañero le sacó el teléfono e hizo capturas de pantallas de chats de él con otros dos amigos, de conversaciones en las que el adolescente decía que le gustaría tener sexo con una compañera y daba algunos detalles fantasiosos de las cosas que haría. En poco menos que un segundo, esas capturas de pantallas se habían difundido en redes sociales y Andrés, junto con los otros dos, fueron castigados no solo por la opinión de sus compañeros sino también por las autoridades, que pidieron evaluaciones psicológicas para verificar si no se trataba de un psicópata.

De lo que se trató fue de una situación muy penosa, casi disparatada, de la que no se pudo volver porque debido al mal manejo de los profesionales –que no estuvieron a la altura de las circunstancias– el joven tuvo que cambiarse de colegio. Sin embargo, lo que nunca se tuvo en cuenta y menos se trabajó con esos adolescentes fue un hecho básico: que todo empezó con la sustracción de un teléfono y el robo de una información privada. ¿De qué manera es que algo que era confidencial quedó a la vista de todos? En este caso hubiera sido fundamental trabajar con los alumnos de la institución que el acceso a la privacidad de otro es un delito. Es cierto que Andrés mantenía una conversación subida de tono con sus amigos, pero ¿quién habla de la misma manera en su intimidad y cuando le toca asumir un rol social? Prendados de lo que se decía, se olvidó prestar atención al modo en que se decía, al tipo de comunicación.

Estos dos casos son aleccionadores de algo que es común entre los jóvenes de hoy, que la hiperconexión lleve a olvidar aspectos cruciales de las leyes de la sociedad. Como los jóvenes tienen un acceso a un perfil público mucho antes de que sus acciones sean juzgadas por la ley, actúan como si la ley no existiese. En este punto, ocurre algo parecido a lo que cabe decir de las famosas previas en que se toma alcohol en una casa: a veces es preciso recordarles a los padres que habilitan sus hogares para que los chicos se junten a tomar, que son responsables por lo que ahí ocurra. El problema, entonces, no son las tecnologías ni el alcohol sino que nos olvidemos de las leyes.

Algo semejante podría decirse del acoso virtual y tener en cuenta la importancia de

transmitir a los jóvenes que ciertas conductas son graves, por ejemplo, que tener la chance de escribirle a alguien no quiere decir que esa persona otorgue el consentimiento para que se le escriba; o bien que no se puede postear cualquier cosa en una red social, por ejemplo, detalles sobre la vida íntima de una familia que la expongan a posibles ataques. Como para los jóvenes la tecnología es un medio natural, es preciso acompañarlos para que adquieran un uso responsable. No es algo novedoso ni específico de la tecnología lo que planteo, ya que esto mismo podría aplicarse a cualquier medio técnico, como podría ser aprender a manejar. Hasta hace unos años era común que los jóvenes supiesen manejar antes de llegar a la edad en que había que sacar el registro, pero aún así los padres hacían de tutores que solo permitían manejar en lugares que no fuesen públicos, es decir, los padres regulaban el acceso a lo público que, después de todo, es el ámbito en que funciona la ley. Por lo tanto, la cuestión no es que los jóvenes tengan la capacidad o el poder de hacer algo, sino que los adultos no olvidemos que a nosotros nos toca transmitir el valor de la ley.

BESOS POR CELULAR

Cuenta la anécdota que la canción *Spaghetti del rock* fue escrita por Ricardo Mollo (de Divididos) en un momento muy particular. El trasfondo de la letra sería su separación de la cantante Érica García, a la que él estaría diciéndole que su vida ya es otra, que ya no es el guitarrista rockero (que se hizo famoso con Sumo) y que busca una vida más tranquila, que “las momias de este amor, piden el actor de lo que fui” y él ya no quiere eso.

En cierta medida, esta canción cuenta el pasaje de un amor adolescente –anclado en la imagen– a una vida más asentada. Por cierto, recuerdo una entrevista en la que Mollo cuenta cómo conoció a Natalia Oreiro y aquellas cosas que les gusta compartir. Para una mirada superficial, no habría pareja más desapareja, pero la verdad es que no debe ser fácil estar junto a un hombre que tiene una casa llena de guitarras y pasa horas tocando. Quiero decir, poco de rockero desenfadado tiene un músico profesional como Ricardo Mollo. De alguna manera, siempre me pareció similar a la relación entre John Lennon y Yoko Ono el vínculo entre Mollo y Oreiro. Para quien la ve de afuera es una pareja extraña, pero Lennon escribió una canción como *Woman* en la que le agradece muchas cosas a Yoko, en particular que sepa “entender al niño detrás del hombre”. Este es el pasaje a la madurez, que destituye la idealización amorosa para establecer un vínculo realista y comprensivo.

En este punto, de regreso a la canción de Divididos, interesa destacar otra frase, la conocida *Besos por celular* que nombra muy bien un aspecto de nuestra vida cotidiana. Hoy en día es muy común que los pacientes vengan a sesión y, en lugar de contar las situaciones con ciertas personas, lean fragmentos de chats o incluso hasta pidan reproducir audios de conversaciones. Esto no es algo bueno ni malo, son las condiciones actuales de la vida en un mundo tecnológico. Lo que sí es importante tener presente es que la hiperconexión produce fenómenos propios.

Pongamos un ejemplo. Hoy en día los jóvenes están muy pendientes de deconstruir el amor romántico (basado en los celos posesivos y la exclusividad). Sin embargo, hay configuraciones posesivas del amor que nada tienen que ver con el romanticismo porque son efecto de tecnologías recientes. Para el caso, sin la posibilidad de comunicación permanente no existiría el “nos vamos mensajeando”. Así es que alguien puede ir a una plaza por la tarde –como me comentaba un chico– y otra persona agregar “tirame un mensajito cuando estés por ahí y si pinta [léase: si tengo ganas] paso”, sin tener presente si el otro quiere o sin siquiera preguntarle. El problema de este tipo de interacciones es que les falta todo romanticismo; se trata más bien de una instrumentación del otro. Es el amor tecnológico que nos convierte en máquinas, lo que hay que deconstruir. Para cuidar un poco más el encuentro y sus condiciones, sobre todo el deseo, que es tensión y espera, lo que más cuenta bancarse, porque los dispositivos técnicos estimulan la ansiedad: “Le escribí y me clavó el visto”, “Tardó dos horas en responderme, mientras yo veía que estaba en línea”, son frases recurrentes en adolescentes que están hiperconectados y que se la pasan *stalkeando* en lugar de encontrarse con el otro.

El gran peligro de esta tendencia hacia lo virtual es que el deseo comienza a aplastarse y es preferible estar produciendo efectos (recibir *likes*) en lugar de soportar el conflicto y la eventual desilusión en una relación cara a cara. Hoy en día a veces se prefiere mostrarse como deseante en una imagen que realizar un deseo. Este aferramiento a la imagen del deseo, antes que al deseo, conlleva el aumento de grandes niveles de ansiedad ya que todo el tiempo se espera la respuesta del otro, que debería ser inmediata. Las tecnologías invitan a suponer un otro que debería estar siempre disponible y, si no responde, se confirma su mala fe.

Esperanza (15 años) me contó cómo, ante la falta de respuesta del chico con el que se iba a encontrar, organizó para verse con otro... cuando de repente llegó la respuesta esperada y ya no supo qué hacer. Este breve episodio es gracioso, porque no solo lo escuché en boca de una quinceañera sino también en el caso de personas de más de 30 años. Es curioso cómo las tecnologías llevan a que la ansiedad rápidamente busque una sustitución; si no es él, que sea otro; esto es lo propio de la ansiedad –y lo que la diferencia de la angustia–, ir siempre para adelante sin pensar, cuya otra cara es un reforzamiento del pensamiento binario.

Por pensamiento binario se entiende un tipo de estructura elemental que supone que la negación de una cosa sea su contrario. Esto es algo particularmente notable en la forma salvaje de pensar el fútbol, por ejemplo, no ser de Boca es estar en contra de Boca. También en la política, cuando hacerle una objeción a un presidente convierte a uno en partidario de la oposición. Como puede verse, el pensamiento binario impide el pensamiento crítico. Lo propio del crecimiento adolescente implicaría poder pasar de ese pensamiento elemental a la complejidad de un pensamiento que no sea totalizante y tenga matices.

En la temprana adolescencia es comprensible que los adolescentes adopten la forma binaria, ya que lo necesitan para decantar su propia imagen de sí (y separar entre lo que es yo y no yo); por eso es que suele decirse que sean tan susceptibles –No se le puede

decir nada que ya se ofende, suelen decir los padres–, pero con el tiempo es esperable que en el pensar predominen los aspectos críticos que dejen atrás la imagen absoluta como figura de identificación, para pasar a una identidad móvil y que puede integrar conflictos y, a su vez, ciertas contradicciones.

Ahora bien, las tecnologías pueden llevar a un anclaje en el pensamiento binario. Es lo que puede confirmarse en el modo habitual de comentar en la red social Facebook, cuando muchas veces quien responde a un posteo lo hace por mera catarsis (sin tener nada que ver con la idea que se expresa en él), pero sobre todo cuando se interpreta lo escrito como equivalente a la negación binaria de otra cosa. Por ejemplo, recuerdo una situación que narró un adolescente: se peleó con un amigo porque, a propósito del debate social sobre el aborto hizo un posteo que cuestionaba la idea de la aprobación de la ley. Este chico participa de un espacio de reflexión sobre estos temas, por lo tanto su opinión no era trivial sino que –estemos de acuerdo o no– era fundada. En todo caso, lo que se podría haber debatido eran argumentos. Sin embargo, el amigo con quien se peleó, lo interpeló: Si no estás a favor de la sanción de la ley, estás a favor de la muerte de las mujeres. Este joven estaba muy triste y se sentía violentado, con razón, por una interpretación semejante. Porque el pensamiento binario lleva a la violencia. Por eso muchas veces las redes sociales parecen letrinas en las que se descargan agresiones e insultos que, en persona, pocas personas se animarían a decir. Esto es un riesgo, porque es una canilla abierta hacia la impunidad, es decir, hacia una destitución de la palabra responsable, según la cual cada uno paga por lo que dice.

De acuerdo con esta orientación, además de un pensamiento binario, en el adolescente hiperconectado encontramos un uso pobre del simbolismo de la palabra – que inclina hacia la violencia– y esto va más allá de la virtual. Porque bien podría hacerse un uso diferente de la virtualidad, de acuerdo con otras vías de elaboración. Por eso, como suelo decirles a los padres, la cuestión no es regular cuánto tiempo usa la computadora (o el teléfono) un hijo adolescente, sino cómo y si eso atenta contra la palabra. Y para verificar esta condición se vuelve fundamental conversar, es decir, restablecer el papel de la palabra en el vínculo entre padres e hijos.

LA ANSIEDAD TECNOLÓGICA

La angustia no es la ansiedad. Angustarse es un gran logro psíquico: quien se angustia es capaz de vivir ante un conflicto, cuya resolución es difícil porque exige una transformación interna; mientras que en la ansiedad se proyecta hacia afuera el malestar y se busca una solución inmediata que se termina reemplazando por otra, porque ninguna alcanza, porque se desespera por un efecto que no sirve para nada, porque ni siquiera tranquiliza. Como alguna vez me dijo un adolescente ansioso: Estaba buscando el celular que tenía en la mano.

La hiperconexión lleva a la ansiedad, a que los tiempos de espera se borren y haya que estar en contacto de manera permanente. Esto es algo que me llama mucho la atención con pacientes jóvenes que, por ejemplo, se inquietan si una aplicación no abre o

bien si tienen que aguardar hasta que un programa termine de cargar. Me acuerdo de haberle contado a un chico que, en mi época de adolescente, a la computadora le tomaba unos buenos minutos prenderse para empezar a usarla. No me creyó. Uno de los motivos por los cuales habían consultado sus padres, fue que había roto una Notebook (la tiró por la ventana) porque no arrancaba el inicio de Windows. Y no es que no arrancara, sino que no podía esperar a que arrancara.

Este último punto es crucial, porque demuestra que con los objetos tecnológicos se ponen en juego identificaciones muy fuertes, con los que podemos llegar a confundirnos. Porque además estos objetos admiten ser personalizados, “tuneados” según nuestros gustos, adaptados a nuestra medida. Curiosa paradoja la del capitalismo: nos identificamos y nos terminamos pareciendo a objetos descartables, porque ninguno de estos objetos tiene una vida útil superior a unos años.

Un colega y amigo suele decir que la idea de volver a encender la pasión de una pareja es propia de una sociedad que recalienta alimentos. Este es su modo gracioso (e irónico) de decir que la terapia de pareja no existiría si no se hubieran inventado los microondas. Hay algo de verdad en su chiste, como en todos los chistes, ya que sirve para destacar que los objetos técnicos moldean nuestros afectos y modos de vida. En el caso de las pantallas, lo cierto es que es inevitable que la percepción de los jóvenes se haya vuelto más dispersa, que la falta de atención sea algo generalizado, cuando recibimos estímulos de manera continua y cuando ya no es necesario pensar un concepto, sino mejor googlear información y editarla según la conveniencia del momento. Pero esto no lleva, desde mi punto de vista, a formular un juicio negativo. Sí es preciso hacer salvedades, porque la solución nunca fue prohibir nada.

Se puede convivir con las tecnologías y tener un pensamiento crítico; se puede chatear por Whatsapp y no por eso recaer en la ansiedad de quien desespera cuando el otro no responde al instante, etc. Cuando apareció el televisor se tuvo el mismo juicio adverso, se lo llamó “caja boba” y, a varios años de que en cada hogar haya por lo menos uno, nos encontramos con quienes pueden elegir apagarlo si no quieren ver algún programa en particular, quienes pueden ver televisión y pensar los contenidos, es decir, quienes pueden conservar su estatuto de personas autónomas y no convertirse en un objeto adosado a la máquina.

La cuestión no es que los jóvenes tengan la capacidad o el poder de hacer algo, sino que los adultos no olvidemos que a nosotros nos toca transmitir el valor de la ley.

Capítulo 3

DEJAR DE SER ALUMNOS PARA DESCUBRIR LA VOCACIÓN

EL ADOLESCENTE EN LA ESCUELA

POR JAVIER LAMÓNICA (1)

Micaela se sienta en el último banco de la primera fila, en diagonal a la puerta de acceso al aula. Lo más lejos posible. No registra mi llegada, tampoco mi saludo. Aunque el pupitre es doble, siempre se sienta sola. Ocupa la silla a su lado con una mochila que no parece tener ningún útil escolar. Nunca trae carpeta, cuaderno, hojas ni birome. La capucha esconde los auriculares que se delatan por el cable evidentemente mal escondido. Es que en realidad no está escondiendo nada, simplemente no quiere que le hablen.

Micaela es una excelente alumna. Si medimos su desempeño en términos académicos, promociona todas las asignaturas con notas que están por encima del ocho. Siempre ha sido así, desde que empezó la escuela media. Las pocas veces que conversé con su madre fue para entregarle el boletín y para tratar de convencerla de la importancia de que asista a los viajes de estudio. Año tras año su respuesta fue la misma. “No se lleva con sus compañeros”. No es que la molesten, o que la dejen a un lado, Micaela no tiene ganas de vincularse con ellos. Esta situación desespera a sus docentes, que en vano intentan ponerla a trabajar en grupo. Dicen que siempre se muestra desmotivada, apática, y que, en ocasiones, responde de manera irrespetuosa. Durante las clases es difícil encontrarla prestando atención, ni siquiera saben de dónde estudia. A pesar de eso responde correctamente frente a cualquier herramienta evaluativa.

El padre y la madre de Micaela están juntos hace muchos años. Al parecer tienen un buen pasar económico. Eligieron la escuela a la que va porque buscaban un lugar más chico para ella, con aulas menos numerosas. Después del acto de fin de curso no volví a verla. Se despidió con un “Gracias por todo”. Todavía no entiendo a qué se refirió.

Pensar la adolescencia en la escuela nos enfrenta hoy a un escenario desconcertante. Resulta muy difícil reducir las experiencias escolares a una serie de categorías o conceptualizaciones teóricas que nos permitan describir y clasificar exhaustivamente las trayectorias escolares y los modos de habitar las aulas. La idea de una escuela productora de una población homogénea de ciudadanos con una identidad común viene perdiendo terreno desde hace ya un par de décadas. Como señalan algunos autores, el declive del Estado como entidad regulatoria, determina nuevos criterios de existencia, que hacen de la escuela un espacio de disputa en el que se ponen en juego nuevas significaciones. Esto deviene en un profundo desacople entre el alumno supuesto por el docente y el alumno real, nacido y criado en un período en el que la subjetividad dominante no es institucional sino *mass mediática*.

Hoy por hoy, ya no alcanza con saber de la materia, sino que es necesario facilitar los contenidos a los alumnos –dando cuenta de su utilidad práctica en la vida cotidiana–,

establecer una relación afectiva con ellos, brindar una atención específica a aquellos que presentan mayores dificultades y realizar una enseñanza centrada en valores. Este escenario, en donde las viejas estrategias se muestran obsoletas, transforma la práctica docente e impacta en la convivencia diaria produciendo una crisis vincular que pone en evidencia el vacío de criterios comunes de existencia. Para profundizar en este aspecto centraremos el análisis en tres ejes centrales: el vínculo con los adultos, el vínculo con el saber/conocimiento y el vínculo entre pares.

EL VÍNCULO CON LOS ADULTOS

Alumnos que no prestan atención, que no quieren estudiar, que no tienen respeto por nada. Docentes que no pueden enseñar, que no quieren ir a trabajar, que no soportan a sus alumnos. Padres ausentes en sus hogares, padres que invaden los colegios. Familias que no contienen, escuelas *container*, juventud perdida, ausencia de valores. Este relato se repite en las escuelas como si se tratara de un apocalipsis.

Las demandas crecientes por parte de los alumnos, reconocidos ahora como sujetos de derechos específicos, parecen haber alterado las relaciones de poder establecidas entre los diferentes actores, al poner en crisis los dispositivos escolares tradicionales. Hoy tienden a desaparecer las condiciones sobre las que se constituía la autoridad docente, que es puesta a prueba de manera constante, y que debe someterse a situaciones diarias de reconfiguración.

La idea de que la escuela no puede contar con el apoyo de los padres modifica también la imagen del colegio como una segunda casa, y lo convierte en un lugar en donde no solo se deben desarrollar las tareas tradicionalmente asignadas a esta institución, sino también aquellas que no se desempeñan en el hogar. A pesar de ello, resulta importante señalar que las preguntas acerca de la autoridad no son nuevas. Las preocupaciones emergen cuando se cuestiona su ejercicio y cuando se ven fallas en su funcionamiento.

En cada cambio de época, tras el discurso nostálgico de crisis de los valores y caos generalizado, surgen voces que piden un retorno a las tradiciones. Ante esta situación aparecen quienes pretenden restituir la autoridad perdida y quienes rechazan toda forma de su ejercicio. En este marco, es común confundir autoridad con autoritarismo, sobre todo si echamos una ojeada a nuestro pasado reciente. Muchas veces está asociada al ejercicio de prácticas violentas entabladas en el marco de relaciones desiguales. Estas concepciones estimularon la construcción de mecanismos de control y continua degradación hacia el subordinado, que llevadas al ámbito escolar habilitaron el desarrollo de actividades desagradables y, muchas veces, humillantes.

Actualmente, vemos que el carácter de la autoridad fuertemente vinculado al pasado y ligado a la tradición, está dando lugar a una etapa caracterizada por un rechazo por lo “viejo” y la exaltación de la eterna juventud que produce una simetría entre jóvenes y adultos. Esto se ve con mucha claridad en el aula, con docentes que buscan y promueven un vínculo mucho más cercano y amistoso con sus alumnos, lo que en ocasiones

favorece el proceso de enseñanza-aprendizaje, pero que también puede dificultar el establecimiento de pautas y límites.

Lo cierto es que la autoridad ya no aparece como un rasgo evidente, sino que cada vez más depende de las características personales del docente y de la relación establecida con sus estudiantes. Desprovisto de la investidura que tenían como representantes de la institución estatal en la tarea de formar ciudadanos, quienes enseñan hoy deben recurrir a una serie de herramientas, más allá de sus saberes académicos, para desarrollar la tarea asignada. En este marco, no sorprende escuchar a docentes intercambiar opiniones muy diferentes sobre un mismo grupo de alumnos. Cierto carácter inasible de la práctica parece separar a aquellos que pueden hacerse cargo de la situación, de aquellos que no pueden. Asimismo, desde la perspectiva de los estudiantes, la titulación ya no garantiza saber, ni legitima el ejercicio de la autoridad. El docente debe enfrentarse, entonces, a una puesta a prueba constante, en la que sus conocimientos y sus capacidades para orientar a los alumnos en su crecimiento deben ser demostrados día a día.

Este fenómeno, que viene adquiriendo una dimensión cada vez más visible en las instituciones educativas, se replica en las familias, con quienes la escuela entra en contacto de manera cada vez más conflictiva. En tiempos en que lo público y lo privado toman nuevas dimensiones, el aula deja de ser una caja misteriosa e inexpugnable para convertirse en una cámara Gesell, transparente, frágil y, en muchos casos, peligrosa. De ese escenario íntimo de contacto y encuentro regulado, pasamos a un aula con límites imprecisos en la que conviven y compiten múltiples discursos. El ingreso de las familias a la escuela ya no se produce como consecuencia de una convocatoria planificada por parte de la institución ante alguna dificultad en el proceso de enseñanza, sino que suele ser producto de un reclamo planteado por los estudiantes a través de sus padres, en el que, en tanto consumidores, exigen obtener aquello por lo que han pagado (hayan pagado por ello, o no).

A esta superposición de agentes dentro del escenario educativo, se agrega un segundo factor, vinculado a la ampliación del acceso a la educación y la implementación de políticas tendientes a la inclusión escolar con diferentes tipos de dificultades. El ingreso de nuevas poblaciones a ser educadas puso en evidencia, más que nunca, las dificultades de la escuela como dispositivo homogeneizador y normalizador. Ante esta situación, una sensación de orfandad se apodera de la práctica docente. Frente a la imposibilidad de hacerse cargo de esos otros, aparecen nuevos agentes, como los gabinetes psicopedagógicos, los profesionales externos y los centros de integración, que luego de patologizar el déficit, intentan desarrollar estrategias para que los alumnos logren adaptarse al sistema. Solo en algunas ocasiones la institución, o algún docente, asumirá la responsabilidad de acompañar a los estudiantes en su especificidad. En el resto de los casos, el resultado será el conocido: los docentes se quitarán de encima a los que han sido diagnosticados como diferentes y tratarán de seguir con el resto como si nada hubiera pasado. De este modo, se hace visible un desplazamiento en la cesión de saber sobre la educación de los alumnos hacia otro tipo de profesiones e instituciones que deviene en docentes desautorizados para ejercer su función.

Tal vez una de las claves para pensar la transformación del oficio docente esté vinculada a la relación que los jóvenes establecen con el conocimiento. En particular haré referencia a dos procesos, el primero asociado al modo en el que accedemos a esos saberes, y una segunda instancia vinculada a lo que hacemos con ellos, o a lo que –se supone–, deberíamos poder hacer. Salvando algunas excepciones, que sin duda debemos mirar con mucha atención, sigue predominando en las escuelas una clase de sesgo clásico, en donde el contenido disciplinar ocupa un lugar central y que se caracteriza porque el docente se ubica en el centro de la escena. El problema es que no nos dimos cuenta de que, desde hace ya un tiempo, otros agentes se han apoderado de la función de la enseñanza. De un espacio métrico, referido por distancias, pasamos a un espacio topológico, en el que a través del celular accedemos a cualquier persona, por GPS, a cualquier lugar, y por la red, a cualquier saber.

¿Qué sucede entonces con la transmisión si el saber que antes era propiedad del docente ahora está ahí, en todas partes por la red, disponible, objetivado? Si lo que les vamos a ofrecer es una exposición que repite lo que dice cualquier tutorial, o, incluso, lo que dice el libro, sin ningún aditamento excepcional, entonces ¿cuál es el sentido? Es cierto que en ocasiones fingimos demencia y hacemos como si esto no pasara, pero la realidad es que mientras nosotros dictamos clase, los estudiantes están haciendo cualquier otra cosa; están mirando el celular, hablando sobre la clase, buscando información a medida que avanzamos, o algo que no está vinculado con nuestra propuesta. A pesar de esto insistimos con el simulacro y aún sostenemos frases como “Prestá atención que después no vas a entender nada” o “Lo que les estoy contando no está en el libro, así que escuchen”.

Por más que nos cueste aceptarlo, podemos encontrar en la web clases de casi cualquier cosa, con la ventaja de que podemos acceder a ellas en todo lugar, en el momento que nos plazca y en tantos capítulos como queramos. En este contexto, no es casual que el diccionario pedagógico nos proponga una serie de salvavidas conceptuales para que ante a la pregunta “¿para qué estamos?” tengamos algo a qué aferrarnos. De docentes transmisores y formadores pasamos a docentes motivadores y facilitadores, que deben orientar y acompañar la búsqueda más que producirla.

La palabra sagrada del docente pasará entonces por el inequívoco filtro de Google que se encargará de demostrar en solo unos instantes si lo que dijimos era correcto o una absoluta burrada. Ya no necesitarán llegar a sus casas para preguntarle a su madre o a su padre, muchos menos preparados que el sabelotodo virtual, si es cierto, o no, lo que la señora dijo en clases. La omnipresencia del saber aparecerá en el aula en el momento mismo en que el alumno, a sabiendas de alguna inconsistencia formativa, o con la simple excusa de buscar el error, pregunte, suspicazmente, si estamos seguros. Frente a esta realidad, es necesario producir nueva teoría didáctica que reconozca y abrace estas transformaciones. Como dice la especialista en educación Mariana Maggio, la escuela no puede hacer caso omiso de estos procesos porque, si lo hace, se vuelve menos relevante. Hay que poder revisar y mirar críticamente la práctica para generar instancias

pedagógicas más profundas que den cuenta de estos cambios en el vínculo con el saber.

Por otro lado, me gustaría hacer referencia a otro proceso que da cuenta de una transformación profunda en el valor de uso del conocimiento. En menos de treinta años, pasamos del “qué vamos a ver hoy” al “para qué vemos esto”. Así entendida, la educación se convierte en una mercancía más que empieza a ser medida en términos productivos –“que voy a obtener yo de esto”–, y la escuela en una fábrica que debe dar cuenta de sus rendimientos. Parafraseando al filósofo Jean-François Lyotard, la legitimidad del conocimiento dependerá de su capacidad de dar cuenta de su utilidad y valor en términos de mercado (performatividad). Asistimos así a otro giro conceptual, de aprendizajes significativos que se conecten con un concepto relevante ya existente en la estructura cognitiva de los estudiantes, a aprendizajes productivos, es decir, que puedan ser intercambiables y redituables en términos de mercado. En vano tratará el profesor de geografía explicar a los alumnos de primer año por qué es que están estudiando fiordos durante los primeros meses de clases. Ni qué decir del análisis sintáctico, de los sumerios, de las mitocondrias y todo el fragmentado índice de contenidos que los estudiantes deberán atravesar a lo largo de la cursada si pretenden pasar de año.

Al final del camino, hayan aprobado o no, el resultado será, casi siempre, el mismo: el olvido. Delante de un tiempo que solo habla de consumo y nos consume, la escuela se encuentra con la difícil tarea de conservar la cultura para transmitirla a las nuevas generaciones.

ENTRE PARES

Resulta difícil comenzar a hablar del vínculo entre pares dentro del espacio escolar sin utilizar la palabra violencia. En los últimos treinta años se ha instalado en la agenda pública y científica una mirada particular sobre las relaciones entre pares que deja fuera otras formas de vinculación. Así mismo, la mayoría de los estudios que abordan los vínculos interpersonales adoptan una perspectiva en la que las escuelas solo aparecen como escenarios, como cajas de resonancia del contexto social en el que están insertas. Asociado a fenómenos como la desigualdad y la exclusión social, el vínculo entre pares, en particular aquel que podemos definir como violento, es abordado desde diferentes disciplinas con el objeto de comprender las causas que le dan origen y las consecuencias que traen para los diferentes actores involucrados en ella. Si partimos de estas miradas, la idea de la escuela como un espacio protegido y preservado de los peligros que ocurren en el exterior ya no corresponde a la realidad de la mayoría de los establecimientos escolares, los cuales se ven expuestos a robos, amenazas y daños a bienes materiales, así como formas aún más brutales de violencia. La consolidación de esta problemática como objeto de investigación en educación está asociada al estallido de algunos hechos muy publicitados y de gran impacto público acontecidos en escuelas de diferentes lugares del mundo en los que ha estado presente el problema de la violencia.

En abril de 1999, dos alumnos del último año de estudios de la secundaria Columbine, ubicada en Colorado, Estados Unidos, ingresaron al establecimiento

fuertemente armados, asesinaron a doce estudiantes y un docente, hirieron a más de veinte personas y luego se suicidaron. Este suceso constituye uno de los antecedentes más importantes de violencia dentro de un ámbito educativo. Las crónicas de la época recuerdan que los autores de los hechos habrían sufrido violencia por parte de otros compañeros a lo largo de toda su trayectoria escolar. Este no fue el único acontecimiento con estas características ocurrido dentro de este país, y podemos encontrar sucesos similares a estos en otros lugares del mundo. Nuestro país tampoco ha quedado al margen de este tipo de hechos de violencia explícita entre estudiantes. En agosto de 2000 en un colegio de Rafael Calzada, un joven disparó contra dos compañeros causando la muerte de uno de ellos. Con final igualmente trágico recordamos los eventos sucedidos en 2004 en Carmen de Patagones, cuando un estudiante de quince años ingresó al Instituto N° 2 de dicha localidad armado con una pistola perteneciente a su padre, un Suboficial de Prefectura Naval Argentina, y disparó contra sus compañeros de curso. Mató a tres de ellos.

La irrupción mediática en la visualización del fenómeno en el que se enmarcan este tipo de hechos es central para comprender la emergencia del problema como tema de interés. No fue sino después de esta sucesión de eventos trágicos que el carácter agresivo y violento de la interacción que se da entre los estudiantes se ha constituido en un tema prioritario para la política pública.

Muchos autores coinciden en vincular a la violencia entre estudiantes con una serie de reestructuraciones económicas, políticas y sociales experimentadas en los últimos treinta años, ligadas a la consolidación del neoliberalismo. Desde esta mirada, estos procesos fueron acompañados por una pérdida del monopolio de la violencia legítima por parte del Estado y el pasaje a una vida afectiva que se regula, cada vez más, mediante la autoeducación, el autocontrol y la autoacción. Esto habría producido una mutación de la violencia social, de formas y agentes claramente identificables a formas de violencia descentralizadas, desjerarquizadas y que no son fáciles de identificar o definir.

Más allá de estos enfoques, creo que resulta necesario sumar nuevas miradas que tomen distancia de aquellos sucesos de mayor impacto y que por su repercusión tienden a ocultar otro tipo de prácticas, menos brutales, pero mucho más extendidas dentro de los escenarios escolares. Este distanciamiento de las formas de violencia más visibles, que constituyen la punta del iceberg, permite, por un lado, quitarle al fenómeno su carácter dramático, y por tanto inmovilizante, y poner el foco en otras formas de vinculación que suelen permanecer menos visibles.

Desde esta perspectiva, la violencia ya no es atribuible a individuos concretos y a sus malvadas intenciones, sino que es puramente objetiva, sistémica e institucional. Para ello resulta necesario adoptar un abordaje que no se centre en los grandes acontecimientos, que, por su gran impacto y repercusión mediática, ocupan el centro de la escena, sino mirar esa “materia oscura”, de la que nos habla el filósofo Slavoj Žižek, que constituye la contraparte de una visible violencia subjetiva. Solo de este modo podremos encontrar explicaciones más satisfactorias para comprender esas “explosiones irracionales” que

constituyen solo la cara más expuesta de esta problemática.

Volviendo a lo que planteábamos al comienzo de este capítulo, nos podríamos preguntar si el vínculo entre los estudiantes no es un síntoma de la superposición de agentes subjetivantes dentro del escenario educativo. Si, como dice el sociólogo Richard Sennett, hemos pasado de una sociedad en la que primaban autoridades opresivas y en la cual los poderosos actuaban con indiferencia a los deseos de los subordinados, a una comunidad compuesta por individuos autónomos que deben autorregularse y autogobernarse, entonces, ¿quién y cómo se definen las formas de organización e intervención?

Tal vez sea en el marco de este contexto de indefinición, donde podamos comprender algunas de las conductas de los chicos. Tal vez el cuerpo hable, grite, sufra y sea el signo doliente de una sociedad en plena transformación.

Hay que poder revisar y mirar críticamente la práctica para generar instancias pedagógicas más profundas que den cuenta de estos cambios en el vínculo con el saber.

1. Magister y especialista en Gestión Educativa por la Universidad de San Andrés. Ha dirigido y formado parte de diferentes proyectos de investigación en agencias públicas e instituciones privadas. Participó, como expositor, de diferentes seminarios y congresos educativos. Escribe asiduamente en publicaciones referidas al área.

LA ORIENTACIÓN VOCACIONAL Y SU TRASFONDO

No es lo mismo elegir una vocación que elegir una carrera o pensar a qué dedicarse en este mundo en el que la competencia es cada vez más salvaje. No es fácil ya decirle a un joven que estudie, como si el estudio le permitiría conseguir un mejor empleo (cuando las tasas de profesionales desocupados crecen). Nada está asegurado, ¿quién podría ofrecer garantías para el porvenir?

Por otro lado, muchos adolescentes suelen hablar en términos de inmediatez, es decir, se refieren a “pegarla”, a hacer algo que, con el menor esfuerzo, les rinda los mejores resultados. ¿Quién podría convencer a un joven de que el esfuerzo es un valor que obtiene recompensa en este mundo, que celebra el éxito antes que la honestidad?

La vocación es un llamado, a veces irreflexivo, que se siente desde una edad temprana y conduce a elegir un modo de vida de manera segura y con convicción, a pesar de las desventajas que pueda acarrear. Sin embargo, para la mayoría de los jóvenes se trata de un punto de llegada, un descubrimiento que implica diferentes pruebas e incertidumbres, un proceso eventualmente angustiante en el que necesitan ser acompañados.

El proceso de orientación vocacional no es simplemente una evaluación de aptitudes, una consideración de los intereses que a un joven pueden gustarle, como si eso fuera una razón suficiente. El descubrimiento de una vocación supone también motivos inconscientes a los que es preciso atender. Después viene también el momento de especificar si ese joven “se ve” haciendo de su vocación un trabajo, porque –como ocurre en muchos casos– puede ser que se elija una formación que no necesariamente conduzca al mercado laboral, sin que esto sea una consecuencia frustrante.

Si una ventaja tiene el mundo contemporáneo, que no premia la vocación y felicita a quienes priorizan el individualismo sobre los valores colectivos, es que también es menos uniformador y admite mejor la heterogeneidad; en lugar de haber un único camino –como dice la canción de Juana La Loca: Después del colegio, trabajar, volverte viejo; son los eslabones que la vida te propone– es posible combinar diferentes intereses y adquirir, por ejemplo, un título universitario, ejercer un oficio, trabajar *freelance*, ganar dinero de algo que quizás en otro tiempo parecía impensable (por ejemplo, hasta hace unos años hubiera sido impensable que ser tatuador fuese un modo de ganarse la vida de manera holgada). Lo fundamental es tener presente que, en la sociedad actual, los adultos no tenemos muy claro cuáles son las vías para conseguir insertarse en un mundo que, para nosotros, fue tan diferente y que, con el tiempo, irá cambiando mucho más.

El trabajo psíquico de la adolescencia podría resumirse de este modo: el joven que, durante el período de latencia instituyó ciertos ideales (como resultado del complejo de Edipo), luego de la pubertad debe atravesar estos ideales –agujerearlos, me gusta decir– para que no sean una instancia opresiva y limitante. Como estos ideales son sustitutos de la mirada parental, la satisfacción que de ellos se obtiene necesariamente asimila a la figura de los padres. Por ejemplo, es lo que ocurre con los niños que son buenos alumnos; la imagen de buen alumno es algo extraño para un niño, salvo que pensemos que es un ideal de los padres al que el niño satisface para obtener una imagen amable de sí. Dicho de otra forma, durante el período de latencia la actitud del niño es fundamentalmente adaptativa.

Ahora bien, ¿qué ocurre con el advenimiento de la pubertad? Muchas veces aquellos jóvenes que fueron buenos alumnos durante la primaria, hacen un cambio radical en la secundaria. Es algo de lo que suelen hablar muchos padres, con sorpresa, ¿por qué ahora no estudia si antes era tan inteligente? Por cierto, su hijo no dejó de ser inteligente; lo que ocurre con la pubertad es que los ideales constituidos durante la latencia cobran ahora un matiz incestuoso y, por lo tanto, obtener una satisfacción de cumplir con ellos produce angustia. De esta forma es que el joven busca no ser complaciente con esa demanda de los padres.

Esto es algo que se comprueba con dos fenómenos conocidos: por un lado, nunca como en la adolescencia se condena a la figura del “traga”. ¿Por qué los adolescentes se burlan y molestan a los más estudiosos, mientras que no lo hacían en la primaria? La respuesta es evidente: porque los estudiosos encarnan el ideal para los padres; es decir, en el rechazo que los adolescentes sienten por estas figuras se juega su carácter incestuoso: los estudiosos representan el niño adaptado al deseo de los padres, del que los jóvenes buscan huir.

Por lo demás, algo que suele corroborarse en los llamados “tragas”, es que no suelen ser muy inteligentes. Es algo que puede comprobarse al escuchar la canción *El estudiante* de Los Twist, en la que se ensalzan todas las virtudes del muchacho como un modo de encubrir que inteligente no es. Puede ser que estudien un montón, que sean muy adaptados, pero con el tiempo algo que se verifica es que no son precisamente quienes más se destacan en la Universidad ni tienen la mayor creatividad. Por eso es importante que los padres no festejen demasiado si su hijo está en esta posición ideal, porque antes que un factor de crecimiento puede ser el resultado de una profunda inhibición, asociada a relegar otros intereses propios de la juventud. A lo largo de estos años he escuchado a distintos adultos relatar con mucha sorpresa cómo, al encontrarse con el que era el abanderado de su escuela, vieron más bien a un tipo agostado y empobrecido. Un paciente me contó que encontró al mejor alumno de su división en un trabajo en el que era “El empleado del mes”. A veces tanta adaptación puede ser contraproducente.

Por otro lado, también tenemos el caso de quienes pueden ser buenos alumnos pero descompletan este yo ideal de los padres con problemas de conducta. Son aquellos jóvenes que pueden ser muy inteligentes, estudian lo necesario como para que les vaya

bien y complementan su rendimiento siendo “quilomberos”. De alguna manera, entonces, ejercen su resistencia a la satisfacción incestuosa, es decir, a quedar capturados en una posición conformista para los padres.

En este punto puede proponerse una conclusión provisoria: el modo en que un joven estudie durante la secundaria no es algo determinante. No solo muchos jóvenes que fueron estudiosos en la secundaria no obtienen buenos resultados en la Universidad sino que aquellos que fueron “vagos” en la secundaria, a veces cuando llegan a la Universidad cambian su posición y se vuelven estudiantes creativos. Lo fundamental aquí es otra cuestión: no se trata de la cantidad de tiempo que un niño pase sentado ante los libros, porque la relación del adolescente con el saber no es lineal sino que depende de motivos inconscientes.

Por ejemplo, en los dos primeros años de la secundaria es muy frecuente que los jóvenes empiecen a estudiar preferentemente de memoria. Puede ser que, según el medio educativo o la institución, se privilegie un poco más la adquisición razonada de conocimiento pero, en términos generales, el recurso a la reproducción del saber es lo más común. Este es un fenómeno curioso porque hasta el final de la primaria es posible que se haya apuntalado un poco más el carácter creativo del pensamiento. Sin embargo, con la llegada de las materias del secundario, empieza la repetición y la expectativa de que los adultos les “tomen”, es decir, que los escuchen decir de manera continua un montón de datos a veces inútiles (porque se olvidarán una vez pasado el examen).

¿Cuál es el motivo de este recurso a la memoria? De acuerdo con lo mencionado antes, si cumplir con el yo ideal de los padres es algo incestuoso, reproducir conocimientos de memoria es una manera de no implicarse con el resultado; es como decir: “Si lo digo de memoria, no soy yo, no soy culpable”. Es la razón inconsciente que explica por qué los jóvenes estudian de memoria: para reducir la culpa, en la medida en que la fuente del saber es la curiosidad infantil que tiene un fundamento sexual. La diferencia entre el tiempo de la infancia y el que sigue a la pubertad radica en que, para el niño, la investigación sobre temas sexuales era –al modo del espionaje– para elaborar teorías que no comentaba a sus padres; mientras que, con la llegada de la escolaridad, el saber reedita este origen prohibido y, por lo tanto, queda asociado a la culpa.

¿De qué manera es que los jóvenes vuelven a apropiarse del saber? Todos recordamos que algún interés específico surgió en el colegio a partir del vínculo estrecho con algún docente. Muchos adolescentes relatan cómo determinado profesor hizo que les gustara la matemática, o bien que le empezaran a prestar atención a la literatura. Todavía muchos adultos cuentan cómo la orientación hacia una vocación –como si se hubieran despertado– se decidió después de algún encuentro de este tipo. El lugar de este docente es capital y su lugar se define porque es un representante del saber que no entra en serie con las figuras parentales; dicho de otra manera, se redescubre el saber pero con otros fines.

Lo que resulta interesante notar es que este representante suele ser también la vía para la elaboración de una corriente homosexual, es decir, buena parte de la energía homoerótica del adolescente se vuelca en esta recuperación del saber; por eso a veces los

padres pueden incluso llegar a sentir celos de ciertos profesores. Si se lo piensa bien, en última instancia esta es una forma de conservación de la idea griega de *paideia* que, para los varones, hacía del vínculo con otro varón la fuente de su formación y adquisición de conocimientos. Para el caso, no cabe más que recordar películas clásicas como *La sociedad de los poetas muertos* –o, más recientemente, el éxito de la serie *Merlí*– que expresan cómo un docente puede hacer que un conjunto de alumnos aletargados quieran volver a pensar sin culpa, para poder ser autónomos y seguir su camino hacia la adultez.

En el caso de las jóvenes mujeres, la cuestión es un poco distinta ya que para ellas la culpa está asociada también con la posibilidad de traicionar a la madre y alejarse de ella. Dicho de otra manera, saber puede ser una forma posible de alejarse del vínculo incestuoso con la madre; por eso las adolescentes suelen tener a veces un rendimiento mayor en la escuela, como una forma de acercarse al padre (y seducirlo). Porque, una chica que estudia, si se la mira desde el punto de vista del padre “es un orgullo”, pero para la mirada de la madre será “lo que tiene que hacer”. En este punto, si la fijación con la madre es intensa, es posible que el fracaso escolar sea efecto de dejar de responder a esta demanda de hacer lo que corresponde, otro modo de traicionar la imagen esperable.

En este punto, más allá de los matices específicos de cada caso (y la generalización del párrafo anterior), lo que nunca hay que dejar de lado es que saber no es un acto neutro, sino enraizado en el erotismo y, en particular, en la reedición del complejo de Edipo para el adolescente. Apropiarse del saber, para un joven varón, siempre tiene un componente parricida –por eso puede ser también que, eventualmente, prefiera fracasar (aunque sin darse cuenta)–, mientras que para la adolescente es una forma de realización. Por supuesto que estos aspectos psíquicos también están condicionados por múltiples aspectos históricos y familiares. Nadie podría dejar de tener presente que este funcionamiento es propio de una sociedad patriarcal que, en la medida que se la siga cuestionando, puede virar hacia otras configuraciones. La intención no es proponer una idea definitiva, sino destacar el modo de funcionamiento psíquico en la sociedad tal como la conocemos hoy. Se trata de una descripción que no pretende tener alcance normativo, no es lo que “debe ser”.

De todos modos, lo que es insoslayable es que, como se dijo, el saber no es un acto meramente cognitivo, sino que tiene un componente emocional que siempre debe ser tenido en cuenta a la hora de pensar la orientación de un adolescente hacia una vocación.

CÓMO ESTUDIAN LOS JÓVENES

Si, como dijimos, el saber tiene un carácter culposo en la adolescencia, entonces esa culpa debe ser tratada de alguna manera. La forma espontánea de hacerlo es la masturbación. Es todavía corriente escuchar cómo diferentes jóvenes (incluso ya universitarios) cuentan que es en los momentos de preparar un examen que más se masturban.

El acto onanista tiene una función en la que cabe detenerse. Recuerdo el caso de un joven que en cierto momento de su análisis comentó que quería deshabitarse de esta

práctica. Su razonamiento se basaba en un prejuicio mecanicista: si usaba la energía para eso, entonces no la tendría para otra cosa. Sin duda es un prejuicio difundido, porque no hay más que pensar en la clásica escena de *Loco por Mary* para corroborarlo –en la que Ben Stiller se masturba antes de salir con Mary para no estar tan pendiente de ella–. Lo notable en el caso de este joven es que el recurso a esta práctica se enfatizaba cuando tenía que estudiar. De más está notar que es en la época adolescente cuando surge el interés por la pornografía (que a veces no se pierde en toda la vida). Mirar porno es claramente una fijación adolescente.

Ahora bien, lo importante es que el acto masturbatorio –cuando se practica con pornografía– supone sobre todo mirar. Es un goce de la mirada el que, entonces, se pone en juego en la masturbación. Desde el punto de vista del complejo de Edipo, cabría decir que quien mira pornografía y ve a una pareja teniendo relaciones, reedita el espionaje (fantaseado o real) del coito parental de la infancia. Lo significativo es que, en este espiar, la identificación no es con el padre, sino con el goce que se le supone a la madre. Dicho de otra manera, en la masturbación se pone en juego una identificación con la posición pasiva de la mujer. Por eso el verdadero protagonista de la pornografía es el gemido femenino –que los varones adolescentes muchas veces juegan a imitar–.

La captura de este goce a partir de la mirada es de lo que el varón trata de desprenderse con la masturbación; es decir, la masturbación es para dejar de mirar –por eso lo que más se reprochan los varones masturbadores es el tiempo que perdieron junto a la revista o la pantalla–. Lo que produce culpa, entonces, es el goce de la mirada, que puede ser eterno si no se lo corta con el acto onanista. Si el goce de la mirada permanece asociado a esta culpabilidad, será difícil no solo que un joven pueda apropiarse del saber –ya que el conocimiento tiene su fuente en la curiosidad (que es una forma de espiar con la mirada)–, sino también pueda integrar la masturbación a su genitalidad adulta. Esto es lo que ocurre en los casos en que, a pesar de estar en pareja, la masturbación continúa ocupando un lugar destacado en la vida sexual de alguien.

Vuelvo al caso que está al principio del apartado. Este joven no solo se masturbaba de manera habitual cuando tenía que estudiar, sino que también tenía otros intereses vinculados con la mirada. Le gustaba la fotografía y, además, le pasaba de vez en cuando que se quedaba “colgado” mirando a una chica en la calle –para gran disgusto de su novia–, pero no porque quisiera seducirla sino porque le gustaba mirarla. Era un *mirón* y esta captura en un goce de la mirada fue lo que elaboró en el análisis, para poder llevarlo de una fijación culposa –que no le permitía estudiar, ya que terminaba perdiendo el tiempo– a una actividad productiva: leer, porque después de todo, la lectura es la mejor sublimación del mirar. La cantidad de síntomas que existen en torno a la práctica de lectura (desde los problemas de comprensión, hasta tener que leer varias veces una frase, no poder estudiar las materias que más gustan, etc.) se pueden explicar a partir de fijaciones también vinculadas con el erotismo culposo. Dar cuenta de estos múltiples aspectos podría ser el tema de un libro específico, por eso apenas lo menciono y, a continuación, nos detendremos en el caso de una chica para ubicar el contrapunto del varón con el caso de una adolescente que terminó el secundario y se encontró con

algunas dificultades para elegir una carrera que estudiar.

Sofía (19 años) concluyó sus estudios secundarios sin mayores problemas, pero cuando empezó el CBC tuvo que cambiar dos veces de carrera porque se había anotado en dos carreras que no le gustaban. Lo cierto es que tampoco sabía si le gustaban las carreras o no, ya que el CBC no es indicador de lo que será la formación profesional, pero sí ocurrió que se encontró con materias que le costaban. De repente había que estudiar mucho más que unas cuantas hojas, como había hecho durante el secundario y ella estaba acostumbrada a estudiar de memoria. Por primera vez en su vida, en este contexto, falló un examen y el desánimo fue muy grande. Asimismo, se angustiaba mucho con la respuesta que recibía de sus padres: A vos te va a ir bien. La vivía como un imperativo (“Tiene que irte bien”) y más difícil se hacía para ella asumir la idea de que un tropezón no es caída. El temor a fracasar se adueñó de ella y solo concebía una chance pensando en huir. Después de un cambio de carrera también pensó en dejar la Universidad. En esta coyuntura se produjo la consulta.

Uno de los aspectos que más me sorprendieron de Sofía fue su carácter educado y culto, su capacidad para hablar pausadamente y de manera desenvuelta. Sofía era una chica que pensaba, que medía lo que decía; por lo tanto, no pude dejar de preguntarme: ¿por qué esta joven no llega a rendir satisfactoriamente en la universidad? Capacidad de pensar no le faltaba, pero la dificultad era que no se animaba a pensar en la Universidad. Como alguna vez me dijo: El problema de pensar es que te podés equivocar. Por eso había elegido, como primera opción, carreras vinculadas con las Ciencias Exactas, porque los números no admiten equivocaciones. Pero, la verdad es que tampoco ofrecen garantías y, si bien no fue de matemáticas el examen que falló, tampoco le había ido muy bien en los parciales de esa materia.

El aspecto problemático de Sofía tenía que ver con su vergüenza para asumir una voz pública como mujer. Muchas veces hacía comentarios por lo bajo en el aula, pero no se animó nunca a levantar la mano y pedir la palabra. Este es un rasgo que arrastraba desde el secundario, pero que había pasado desapercibido ya que aprobaba con buenas notas. No obstante, el síntoma estaba ahí: no poder hablar, quedarse refugiada en la timidez por miedo a decir una pavada. Se agrega a este temor otro, basado en la identificación entre ella y sus notas. Si se saca una mala nota, no es que la falla es parcial sino que el efecto se totaliza. Si le iba mal, directamente interpretaba que no funcionaba para esa carrera.

He aquí dos características típicas de la relación de las jóvenes con el saber, que afecta su rendimiento en el estudio: por un lado, la dificultad para hablar en público y, por otro, la identificación con aquello que hacen, que a veces deriva en que puedan ser mucho más perfeccionistas que los varones casi al punto de la obsesión. En efecto, ambos rasgos se complementan: si tomar la palabra es complicado, entonces hay que saber todo de manera obsesiva sin dar lugar a la menor falla o vacilación.

Con el tiempo Sofía pudo desandar estos conflictos y encontrar una relación más cómoda con el saber, que le permitió recuperar una actitud más lúdica, que la llevó a volver a descubrir un temprano interés por el dibujo que, luego de este recorrido, se materializó en la elección de una carrera relacionada con el diseño.

En términos generales, podría decirse que el proceso vocacional parte de la mirada (de verse en el ideal imaginario de los padres) para llegar a la voz (ese llamado interior que retoma muchas veces algo del juego infantil, pero que lo transforma en un acto resuelto).

En el caso de los varones, el afán de saber tiene un fundamento en la mirada que hace que, muchas veces, rechacen el conocimiento; mientras que la mirada se satisface también en la práctica masturbatoria. La relación estudio-masturbación es típica del joven varón, mientras que para la adolescente el vínculo con el saber se elabora en función de la relación con las expectativas de la madre y los dos factores antedichos (la asunción de una voz pública y la identificación con los resultados obtenidos).

La elección de una vocación para un adolescente es mucho más que la búsqueda de un trabajo. Ir en busca de un destino que llama, poco tiene que ver con adaptarse a lo que necesita el mercado que, por cierto, es cambiante y no ofrece seguridades a nadie. Siempre es importante trazar estas distinciones con los jóvenes al conversar acerca del futuro, para no trasladarles imperativos exitistas (del estilo: si no trabajás de lo que te gusta, sos un fracaso; cuando en realidad es posible trabajar de algo sin esa expectativa y, para el caso, disfrutarlo más, mientras que la vocación se realiza en otros espacios o ámbitos no laborales) y, en particular, para no confrontarlos con frustraciones evitables.

Para concluir, es importante destacar que tener una vocación tampoco es gran cosa. En efecto, puede ocurrir que mucha gente padezca y sufra por aquello a lo que no puede dejar de dedicarse. Es una idealización adolescente la de que todos tenemos un talento y somos los mejores en algo. Quizás el verdadero talento sea reconocer que somos los mejores en algo porque lo elegimos independientemente del éxito, incluso cuando podemos elegir dejar esa vocación que puede ser muy absorbente por una vida más tranquila. Lo fundamental es nunca dejar de hablar con los jóvenes que la búsqueda de una vocación no es lo mismo que adquirir una profesión y que, tanto una como la otra, se enmarcan dentro de un proyecto de realización personal más amplio.

Nuestra sociedad estimula la genialidad e impone el imperativo de ser originales todo el tiempo, de ser ingeniosos de forma constante; pero los genios de verdad son personas humildes que tratan de hacer lo que les gusta cuando pueden y no se olvidan de su familia, amigos y otros valores que orientan hacia una vida auténtica, en la que no importa destacarse ni triunfar, sino ser uno mismo.

El saber no es un acto meramente cognitivo, sino que tiene un componente emocional que siempre debe ser tenido en cuenta a la hora de pensar la orientación de un adolescente hacia una vocación.

Capítulo 4
CONSEJOS PARA PADRES

¿QUÉ LUGAR OCUPAN LOS PADRES?

Hace unas semanas conversaba con el padre de un adolescente que me comentaba que a su hijo le habían pedido una maqueta en el colegio. La maqueta debía incluir un río y el chico no había sabido cómo hacerlo, hasta que sorpresivamente la maqueta se cayó al piso y se partió. Entonces, ahí estaba el río. Al juntar los dos pedazos el joven conservó la grieta sobre la que improvisó un meandro.

Sorprendido también resultó el padre, quien me contó que a él jamás se le hubiera ocurrido hacer algo así. Seguramente habría pensado que la maqueta estaba perdida. Pudo admirar la capacidad de inventiva de su hijo con orgullo y, mientras conversamos, se nos vino a la cabeza el título de un libro de Martin Heidegger que, en castellano, se tradujo como *Sendas perdidas* (o *Caminos de bosque*), pero cuyo título en francés es más gráfico: *Caminos que llevan a ninguna parte*. En este libro la idea del filósofo es hacer un elogio del rodeo, de la encrucijada que sobreviene cuando se camina y no se sabe de antemano a dónde ir; cuando es preciso perderse para poder encontrarse. En última instancia, algo así era lo que enseñaba el hijo al padre, este joven que –como Picasso– no buscó, sino que encontró.

Luego seguimos conversando acerca de cómo los adultos no creemos en el demorarse de la acción, sino que vamos directo al objetivo. Para nosotros, hacer algo es “hacer lo que hay que hacer”, lo que corresponde y poca confianza le tenemos al devaneo, a lo que parece pérdida de tiempo. En fin, reducimos la acción a un medio instrumental, como si la adultez fuera simplemente ser productivo. Sin embargo, es una falsa adultez la que se olvida del papel de la experiencia lúdica y la que confunde volverse responsable con el mero cumplir.

Desde siempre a los padres de adolescentes les cuesta admitir esa demora que a estos se les impone. Que haga algo, en lugar de quedarse tirado en la cama, dicen algunos. Duerme hasta el mediodía, dicen otros, con la expectativa de que se levante a hacer algo útil. No importa qué pero que se ocupe. A los adultos nos cuesta mucho soportar ese “hacer nada” que es constitutivo de la adolescencia. Así es que, por ejemplo, se dice que están “paveando” o, directamente, se los nombra a partir de una “edad del pavo”.

No obstante, esa *nada* que hacen los adolescentes, les requiere mucho esfuerzo. Solo a los ojos de los adultos parece algo inútil; por cierto, quizá no sea una actividad utilitaria, pero eso no quiere decir que no implique una gran concentración. Por eso suele ocurrir que los jóvenes muchas veces digan que están cansados y, torpemente, los adultos preguntamos: “¿Cómo puede estar cansado de hacer nada?”.

Justamente, porque estuvo haciendo nada es que está agotado; porque esa *nada* es un trabajo que absorbe las fuerzas de la adolescencia, cuyo resultado podría resumirse del modo siguiente: al tener que descompletar los ideales de los padres, el joven atraviesa

una instancia de improductividad radical, deja de hacer lo esperado, se opone a la imagen idealizada que lo hacía permanecer en una posición de niño. Cuando esto no ocurre, es decir, cuando a los ideales parentales no se les responde con esta *nada*, se produce el efecto que encontramos en muchos jóvenes contemporáneos: los ideales empiezan a funcionar como imperativos. Es lo que encontramos en adolescentes que son muy autoexigentes y perfeccionistas, que no pueden quedarse quietos, sino que van de un lado a otro, anotándose en cursos y haciendo miles de actividades; solo que por esta vía sacrifican su potencial lúdico, no actúan de manera creativa, sino que realizan una asimilación forzada al mundo de los adultos.

CONFLICTO GENERACIONAL

Con su *nada* los jóvenes toman distancia de la generación precedente. Se prepara así el terreno para una confrontación. Como ya se ha dicho, se puede ser rebelde sin ser desafiante, tanto como se puede ser diferente sin necesidad de actuar una rebeldía excesiva.

Estos no son buenos tiempos para la rebeldía adolescente, porque rápidamente se la considera patológica. No hay más que tener presente que para la última versión del Manual Diagnóstico (DSM V) es una categoría novedosa. La cuestión, entonces, es cómo pensar la diferencia entre las generaciones y cuál es el papel del conflicto en la transición de una a otra, sin recaer en apreciaciones normativas.

Sigmund Freud decía que cuando dos personas piensan lo mismo hay una que no piensa. Por lo tanto, para pensar es preciso rechazar una identificación. No puedo ser igual al otro si quiero pensar, no puedo pensar lo mismo. A lo que cabe agregar una segunda variable, que es el amor: quien ama suele tomar rasgos del amado, es decir, por lo general para dejar de amarlo. Es lo que ocurre en las relaciones de pareja, cuando pasa que dos personas se empiezan a parecer en rasgos que antes no compartían; es sabido que si las identificaciones avanzan, vendrá la separación. Lo demuestra el periodo del duelo, en el que muchas veces alguien se encuentra extrañando aquello de lo que se quejaba en el otro o, directamente, reproduciendo rasgos del otro que ya no está.

Este mismo esquema se aplica a la relación entre las generaciones. El vínculo amoroso de los hijos con los padres, en la adolescencia, no podría resolverse por la vía posible de la identificación, ya que de este modo quedaría cancelado el amor, que se transformaría en odio. ¿No es una de las lecciones de la vida, la que nos enseña que esos rasgos que más odiamos en nuestros padres son los mismos que descubrimos en nosotros con el tiempo (es decir, los que obtuvimos por identificación)? Buena parte del amor de los hijos hacia los padres se absorbe con identificaciones que mutan el amor en hostilidad (y que con el tiempo se recupera en la gratitud); pero hay otra parte del amor que tiene un destino diferente. Me refiero a la transmisión de una deuda.

Una relación entre dos generaciones supone el reconocimiento de una deuda con los predecesores. Un ejemplo típico lo establece el orgullo con que hijos universitarios realizan el deseo de padres que no pudieron hacerlo. Lo pendiente en una generación

siempre se transmite a la siguiente, que tendrá que tomar esa deuda y responder al deber que impone (no necesariamente para cancelarla). En este punto, la transmisión de deuda es la operación fundamental de la filiación y el trabajo psíquico de la adolescencia consiste en poder seguir siendo hijos pero ya no niños. La adultez no quiere decir dejar de ser hijos, sino dejar de serlo desde una posición infantil. Esto es algo que se observa cuando los jóvenes quieren independizarse y no quieren recibir ninguna ayuda de los padres, porque consideran que esto los infantiliza; pero mucho más infantil es imponerse severos sacrificios y no poder aceptar lo que el otro puede dar, ¿hay posición más infantil que la de quien se esfuerza por demostrar que no es un niño?

En el acto de filiación se transmite una deuda, pero lo más significativo es que esta deuda es atribuida por el hijo a los padres. Quien todo el tiempo espera que sus padres lo ayuden es un niño; quien no quiere recibir nada –esa *nada* que interpone en la relación con los padres– es un adolescente; mientras que el adulto no es quien deja de ser hijo, sino quien puede reconocer en aquello que dieron los padres (que nunca es lo que se hubiera querido) una relación de deuda a la que responder con gratitud.

Muchas veces los padres de un adolescente se esfuerzan porque este reconozca la deuda con ellos (ya sea por el dinero que invierten en su educación, por el gasto que representa mantener sus gustos, etc.) y, eventualmente, lo acusan de desagradecido. Pero es importante no olvidar que el momento de la gratitud viene después de la adolescencia. Que si con su insistencia ellos refuerzan la deuda, producirán más bien culpa, con consecuencias que pueden ser muy inhibitorias –las de aquellos jóvenes que terminan preocupándose de más por sus padres y terminan invirtiendo la relación, es decir, pueden llegar a volverse padres de sus padres–. Aunque sea duro, los padres de un adolescente tienen que soportar ser despreciados de vez en cuando. El desprecio más habitual comienza con la vergüenza que todo joven empieza a sentir desde temprano, cuando no quiere ser visto junto a sus padres, cuando espera que no lo hagan quedar mal.

Por otro lado, cuando no hay filiación –atravesamiento del conflicto generacional– encontramos locura. Como le gustaba decir a Jacques Lacan, loco no es el mendigo que se cree rey sino el rey que se cree rey; es decir, el rey que se olvida de que es tal porque hay un pueblo que le concede su jerarquía –nada demuestra mejor esta concesión que el hecho de que, en la historia de la humanidad, cada tanto el pueblo se haya levantado y llevado al rey a la horca–. La locura adolescente –para citar el título de un libro de Didier Lauer– se comprueba en los casos de aquellos jóvenes que creen que no le deben nada a nadie. Esta es también una posición voraz: solo pueden tomar aunque no pedir. Porque pedir produce deuda y quien no reconoce una deuda no pide ni mucho menos puede dar. Por eso pueden pedir todo el tiempo, porque ahí el pedido no funciona como tal, creen que se les debe algo.

En todo adolescente hay un aspecto un poco loco, con el que los padres también deben lidiar. Los dos polos del conflicto generacional son, por un lado, no producir culpa por lo que se da (no culpabilizar a los hijos por el esfuerzo que implica la parentalidad) y, por otro lado, no condescender a los pedidos locos. Hoy en día muchos jóvenes tienen facilidad para recordar sus derechos, pero no para recordar las obligaciones y

responsabilidades de que todo derecho se acompaña.

Los padres no le deben algo a los hijos sino que transmiten una deuda; deuda que los hijos reconocen para filiarse como una generación diferente. Podría condensar este breve recorrido con una hermosa imagen de Freud en su libro *Tótem y tabú*, cuando afirma que nadie por sí mismo puede crear una civilización y que, para eso, necesita apoyar su acto en el de algún precedente; que no se puede construir nada desde cero, y que justamente el amor por los que vinieron antes radica en que, al actuar, ellos viven en nosotros.

LA LEY DE LA PALABRA

En su libro *El complejo de Telémaco*, el psicoanalista Massimo Recalcati recurre a la figura mítica del hijo de Ulises, para dar cuenta de la situación de los hijos en el mundo contemporáneo, hijos que han visto a los padres quedar destituidos de su autoridad:

El complejo de Telémaco supone un giro de ciento ochenta grados respecto del complejo de Edipo. Edipo vivía la figura de su padre como un rival, como un obstáculo en su camino. [...] Telémaco, en cambio, con sus propios ojos contempla el mar, escruta el horizonte. Esperando a que el barco de su padre –a quien no ha llegado a conocer– regrese para devolver la Ley a su isla.

La situación de Telémaco es la del hijo que espera –una espera que se parece un poco a la de *Esperando a Godot*, obra de Samuel Beckett, en la que se espera a alguien que nunca llega–, a esa figura de autoridad que venga a ordenar la casa que ha quedado en manos de los pretendientes, mientras que Penélope usa las suyas para tejer. “Si Edipo era la tragedia de la *transgresión de la Ley*, Telémaco encarna la *invocación de la Ley*”, continúa Recalcati, coordinada que permite entender muchas situaciones de los jóvenes de nuestra época, que andan desorientados, que a veces no saben bien a qué oponerse –o que se oponen a lo que sea con tal de poder vivir un conflicto–. Esto no es necesariamente algo malo, ¿no hemos visto cómo los adolescentes actuales, en lugar de discutir con sus padres reales buscan padres simbólicos (la norma heterosexual, la autoridad del Papa, comer carne, etc.) respecto de los cuales diferenciarse? En buena medida, la discusión incluso respecto de aquello que se llama Patriarcado tiene a veces la forma de una revuelta adolescente, al menos en la medida en se puede creer que el Patriarcado no es un orden social complejo –sino que se lo reduce, de acuerdo con una fantasía lineal, a la idea de que el hombre (malo) domina a la mujer (buena), sin tener en cuenta las instituciones específicas de una organización que se reproduce, como en este caso, a través del ideal del amor materno: el joven machista, aquel que muestra celos posesivos con las mujeres, por temor a ser abandonado, es efecto de una relación temprana con una madre que lo amó de esa manera, es decir, que fue celosa y posesiva con él, temerosa de que la abandonase; entonces, ¿el Patriarcado también son las madres!–. En fin, en otro capítulo he hablado de la tendencia adolescente a un pensar binario. Hoy en día este binarismo se expresa en algunos casos en la idea de rechazar un supuesto Patriarcado que, para algunos, hace rato que las nuevas formas de capitalismo destituyeron.

Sin embargo, pelearse con un fantasma puede ser un recurso válido cuando faltan los oponentes reales. La puesta en cuestión que los jóvenes están haciendo de las cuestiones relativas a la sexualidad –de ahí el ascenso veloz del feminismo en los últimos años y la difusión generalizada de los debates de género– sin duda llevará a nuevos derroteros que, desde mi punto de vista, solo pueden ser auspiciosos. No estoy diciendo que el feminismo sea una actitud adolescente, tampoco que el Patriarcado no existe, sino que afirmo que las interpretaciones habituales que encontramos en jóvenes de estos fenómenos suelen estar cargadas del pensamiento binario y opositor propio de la adolescencia. Por ejemplo, los antropólogos no suelen definir los resabios del Patriarcado en la sociedad actual como una relación dual, en la que hombres y mujeres están enfrentados; asimismo, el feminismo reconoce formas mucho más complejas que la consigna “muerte al macho”.

Me interesa hacer esta reflexión porque muchas veces he visto que los padres responden con temor a las inclinaciones feministas de sus hijos, tanto de varones como de mujeres. Es el caso, por ejemplo, de unos padres que escuchaban a su hijo hablar de “deconstruir la masculinidad” y temían que fuera un “homosexual encubierto”; algo similar es el caso de una adolescente cuyos padres se asustaban porque, de acuerdo con la difusión del lenguaje inclusivo, ella los “retaba” por el modo machista en que hablaban. De estas dos observaciones se desprenden dos conclusiones: por un lado, respecto de la homosexualidad también encontramos una modificación significativa en la sociedad actual, que hace de la misma ya no un horror de (y contra) la naturaleza sino una orientación sexual más. En efecto, los jóvenes han comenzado a deshacer el género y no solo a desdibujar la versión binaria del sexo, sino también a integrar sexualidades que eran marginales. ¿Quiere decir esto que avanzan hacia una mayor promiscuidad, como piensan muchos padres? Para nada. Simplemente están respondiendo a los valores tradicionales (que considerábamos naturales) con una revisión de los binarismos.

Esto es lo más interesante de la cuestión, que responden al binarismo con una interpretación binaria –como corresponde a un joven adolescente: para objetar diferencias falsamente opositivas (hombre-mujer, hétero-homo, etc.), asumen una actitud de oposición que cuestiona a quienes han elegido una orientación hétero-normada tradicional–. Por ejemplo, para liberar a la mujer de su opresión social (por los varones), muchas jóvenes han pasado a plantear entonces que elecciones clásicas como la maternidad, la vida doméstica y el amor monogámico son “el mal”. Esta es la visión adolescente que preocupa a muchos padres: que el camino a lo diverso conduzca a través de desprestigiar elecciones que podrían ser tan válidas como las que la diversidad quisiera promover. Pero, ¡este es el conflicto adolescente! Por eso, como suelo decir a los padres, no deben preocuparse por este empeño juvenil, en la medida en que acompañen estas deliberaciones con un espacio en el que la palabra circule, porque de esta revisión que están haciendo los jóvenes solo puede venir algo mejor, el acceso a una sexualidad más responsable y consciente y no la promiscuidad que tanto se teme.

Volviendo a las dos conclusiones. La segunda, entonces, reenvía justamente a la cuestión de la palabra. Es notable cómo muchos padres se molestan con el lenguaje

inclusivo. Creo que lo fundamental radica en que se trata del modo en que los adolescentes se han apropiado de la palabra. Es un indicador crucial. Los jóvenes siempre han inventado su propio idioma, su jerga y sus códigos. Si algo caracteriza a la adolescencia es el desarrollo de un modo de hablar que excluye a los adultos (desde la aparición lejana de términos como “Loco” hasta los actuales “Ah re”, “Skere”, etc.) que los más grandes siempre usamos mal. Sin embargo, con el lenguaje inclusivo ocurre otra cosa, porque no se trata solamente de la inclusión de un término nuevo sino de la transformación del castellano mismo. En este punto es que la juventud de este tiempo tiene una actitud radical que cabe celebrar. Porque así muestran que su relación con la palabra es mucho más estrecha que lo que los adultos pensábamos. La “invocación de la Ley” de la que habla Recalcati es de carácter inventivo, no el efecto de que no habría Ley en la sociedad actual. Sí indica que quizá la transgresión ha dejado de ser el modelo de crecimiento, por eso los jóvenes hoy nos interpelan más y, en lugar de llevar la contra, piden más explicaciones, apuntan (y apuestan) más a la palabra como vía de transformación de los vínculos. La invocación es un llamado, al que los adultos no podemos dejar de responder. Nuestra autoridad hoy no depende de ser simplemente padres, también depende del lugar que le demos a la palabra en el vínculo. Y darle lugar a la palabra no es decir lo que hay que hacer, es también aprender a escuchar.

Entiendo que en su libro *Padres e hijos. En tiempo de la retirada de las oposiciones*, el psicoanalista Ricardo Rodulfo avanza en esta misma dirección, que busca ir más allá de la nostalgia y del planteo de que todo tiempo pasado fue mejor. El desarrollo actual de los jóvenes no conduce al desorden y al caos, como a veces se teme, sino a que la adolescencia tenga una mayor incidencia en los debates públicos; por ejemplo en los debates parlamentarios sobre el matrimonio igualitario, el aborto y otros de los más fuertes del último tiempo (independientemente de lo que cada uno piense) es notable que muchos diputados y senadores apoyaron su voto en la palabra de sus hijos adolescentes. Hay acá un cambio radical y venturoso, para que los adolescentes no sean estigmatizados ni considerados por fuera de su capacidad de acción. En este punto, hay otro libro que nace al calor de nuestro tiempo: *La revolución de las mujeres*, de Luciana Peker.

Es posible que los hijos ya no se opongan a los padres con espíritu de confrontación, pero eso no quiere decir que el conflicto generacional haya desaparecido. Como dijimos anteriormente, simplemente se ha desplazado. En lugar de buscar a los oponentes en el seno de la familia, los adolescentes se dirigen al orden social y su alcance se radicalizó. Escuchar a los jóvenes hoy puede ser una vía propicia para que la sociedad se nutra con la participación de quienes están en una etapa de transformación que no ahorra en creatividad. La imagen de Telémaco a la espera no tiene que hacernos añorar a los padres de otro tiempo, sino que es mucho mejor que nos encuentre junto a los jóvenes que, de regreso en la anécdota del comienzo, pueden hacer de una grieta un cauce virtuoso.

El trabajo psíquico de la adolescencia consiste en poder seguir siendo hijos

pero ya no niños. La adultez no quiere decir dejar de ser hijos, sino dejar de serlo desde una posición infantil.

CUÁNDO CONSULTAR CON UN TERAPEUTA

La consulta con un terapeuta es algo frecuente hoy en día para un adolescente. Por lo general, son los padres quienes llaman y este ya es un indicador interesante. No es lo mismo que se comuniquen por un joven de 15 años, que lo hagan por uno de 21. A veces, sin embargo, ocurre que son los jóvenes mismos quienes piden la consulta y se trata aquí nuevamente de otro índice importante. Expliquémoslo.

Los padres siempre tenemos un hijo mental además del hijo real, de carne y hueso, con el que nos encontramos. Este hijo mental, por ejemplo, define una cierta edad que funciona como horizonte que tendremos para su crecimiento. Por ejemplo, puede ser que nuestro hijo real tenga 21 años y nuestro hijo mental tenga 15; por lo tanto, a pesar de que sea mayor de edad, lo trataremos como si fuera más chico de lo que en verdad es. Por cierto, ¿no escuchamos a algunos padres decir a sus hijos “para mí vas a ser siempre mi bebé”?

Esta diferencia entre el hijo mental y el hijo real es significativa, porque también delimita el margen de las acciones que le habremos de autorizar. Para el caso, puede ser que nuestro hijo de 21 años no tenga un buen rendimiento en el estudio y, como padres, quisiéramos consultar a un terapeuta para que sea un buen alumno en la Facultad. Lo importante es que la consulta de los padres siempre es por el hijo mental y el primer trabajo que hace un terapeuta es el de poder acercar el horizonte para que aquellos puedan tener una imagen más realista de su hijo. En esta situación, es difícil que pueda pensarse un tratamiento para que un muchacho de 21 años empiece a estudiar, sobre todo si durante el secundario no lo hizo y ha aprobado las materias ya sea porque tuvo la asistencia permanente de maestros particulares o los padres le hicieron la tarea.

El ejemplo que propongo es extremo, pero sirve para pensar también la otra punta: me refiero al de aquellos adolescentes sobreadaptados que, desde muy chicos, cargan con la asunción de responsabilidades, en los que se demuestra la ansiedad de los padres por el crecimiento de ese hijo que solo puede dejarlos tranquilos si se comporta como más grande de lo que es.

¿Quiere decir esto que hay una edad para cada cosa? Sí. Quizá no haya otra cuestión que pensar para acompañar a un adolescente. Por supuesto que no se trata de un tiempo objetivo, que se pueda fechar y decir “a tal edad, tal aspecto”; sino que el trabajo de los padres que crecen junto a un joven radica en descubrir los tiempos propios de su hijo. A veces, para realizar ese descubrimiento es necesario un terapeuta que los oriente y, por ejemplo, les permita ver que ciertos desempeños son normales, mientras que otros que consideran naturales requieren un tratamiento.

En cualquier caso, siempre es importante trabajar desde el principio con los padres lo que esperan del tratamiento, porque la función de un proceso terapéutico con un

adolescente no es lograr éxitos adaptativos, sino que el joven pueda realizar una mayor autonomía, revisar la dependencia psíquica con sus padres e independizarse de una manera auténtica, es decir, que logre ser él mismo sin tener que demostrarle a los padres que ya no es un niño.

LA ADOLESCENCIA NO ES UNA ENFERMEDAD

Hoy en día es muy frecuente que se consulte por cuestiones normales, es decir, que los padres tengan dificultades para tolerar los conflictos propios de la adolescencia. ¿Por qué ocurre esto? En principio, porque vivimos en un mundo que no tiene mucho lugar para los jóvenes o, mejor dicho, que espera que estos rápidamente se adapten al mundo competitivo que excluye a quienes no puedan hacerse elegir por sobre los otros. Sin embargo, los adolescentes gustan de demorarse, de no ir tan rápido, de perder un poco el tiempo y ocuparse más bien de su crecimiento interior.

Pongamos algunos ejemplos típicos. Un motivo habitual es la consulta por jóvenes que no tienen un buen rendimiento durante el año en el colegio y se llevan algunas o varias materias, pero ocurre que las aprueban en diciembre o marzo. Es evidente en estos casos que no se trata de problemas cognitivos, sino de la disposición al estudio que, muchas veces, si la demanda de los padres es que estudie, no hay otra manera de desasirse que descompletar esa expectativa fallando en los exámenes. En este tipo de situaciones es muy importante trabajar con los padres para que no estén encima del joven, ya que la mayoría de las veces lo que ocurre es que ellos buscan solucionar esta disposición a través de inútiles recordatorios y una insistencia permanente que no hace más que producir la reacción contraria. La adolescencia, como ya lo dije a lo largo del libro, es paradójica: más se pide algo, menos será eso lo que se obtenga. “¿Pero algo hay que hacer?”, dicen los padres. Sin duda, lo que haya que hacer vendrá después de que ellos puedan revisar su ilusión de un hijo que no falle. Un adolescente tiene derecho a fallar, sobre todo a sus padres; a sabiendas de que estos fracasos pueden no ser tales si representan un aprendizaje para una próxima ocasión.

Este es un punto crucial y que puede ser generalizado y extendido más allá de la situación relativa al estudio, para ubicar que a los padres de hoy en día les cuesta mucho aceptar que su hijo decepcione la ilusión de un hijo que no traiga problemas. Cuando, en realidad, un adolescente problemático es la definición misma de la adolescencia.

No obstante, aceptar la paradoja adolescente no quiere decir dejar al joven librado a sus decisiones. Eso sería tirar la toalla, abandonar. Mientras que, como suelo decir a los padres, lo más importante en esta época es tratar de bajar menos línea y comunicar de la mejor manera la idea que se habían formado. Lo explicaré mejor con otro ejemplo, el de los padres de una muchacha a la que no dejaban ir a fiestas, por el temor a que tomara alcohol, hasta que finalmente –dada la edad y que estaba quedando por fuera de los grupos de amigos– la empezaron a dejar ir. Las primeras veces no ocurrió nada... hasta que un día terminó en un hospital con un coma alcohólico (del que, por suerte, se recuperó). A partir de esta circunstancia es que empecé a recibir en entrevistas a los

padres, con quienes pude trabajar la importancia de ver en ese penoso resultado otra cosa y no una confirmación de que la muchacha no estaba en condiciones de ir a fiestas; no solo porque la prohibición había hecho que ese evento fuera deseado con mayor intensidad, sino porque también –cuando le habían dado permiso para ir– fue con una serie de datos objetivos acerca del consumo del alcohol (que es nocivo, que produce daño neuronal y dependencia a futuro, etcétera) que un adolescente jamás podría entender –de la misma manera que nunca jamás conseguiremos que los adolescentes se cuiden sexualmente diciéndoles que las tasas de enfermedades venéreas han aumentado en los últimos años–.

Recuerdo que a estos padres les dije algo muy simple, pero la verdad es que lo simple suele ser lo más difícil de hacer a veces: les pedí que no olvidaran que ellos tenían la herramienta más eficaz para acompañar a su hija. Me refiero a la palabra. Porque la palabra, cuando esta no se reduce a dar órdenes o transmitir miedos, sino cuando confía y reconoce también la palabra del otro, es el mejor sostén. Nada es más importante para un adolescente que los padres sean sinceros y le digan qué es lo que piensan. Para el caso, hoy en día es mucho más eficaz que unos padres puedan decirle a un hijo cuán doloroso sería para ellos que a él o ella les pase algo; que incluso si fuera el caso de que quieran probar algo o hacer una acción riesgosa, prefieren saberlo aunque les duela, en lugar de enterarse por otra vía; que si les tomara tiempo llegar a decirlo, aun así, nunca sería tarde. No para saberlo todo, no por curiosidad o vigilancia, sino porque si los han criado desde niños y han compartido la vida en estos años, eso fue debido a un deseo parental que están dispuestos a reelaborar y a reconsiderar, para conocerlos tal como son más allá de su papel de hijos.

Ahora bien, este proceso que confía en la palabra implica una renuncia fundamental en los padres, me refiero a no psicopatologizar en los hijos todo aquello que no es como esperamos. Porque, sin duda, siempre habrá profesionales del “mundo psi” dispuestos a rotular los conflictos normales y, eventualmente, querer medicar a los jóvenes. Claro está que no digo con esto que no haya situaciones en las que el tratamiento (psicológico y farmacológico) sea necesario, pero para iniciar una terapia es preciso haber agotado muchas instancias previas, para que la terapia no haga el trabajo que le toca a la vida. Por lo tanto, antes que dar un listado de ítems o tips al estilo “si pasa esto, consulte”, que no harían más que ubicar a los padres en el lugar de cazadores al acecho o especialistas sustitutos (que buscan en Google notas del estilo “Cómo saber si su hijo tiene un problema con las drogas y se lo esconde”), quisiera establecer mejor un criterio firme: cuando ustedes empiecen a estar preocupados por un hijo adolescente, lo primero es apostar a la palabra y no salir corriendo a buscar un diagnóstico que los tranquilice; si la palabra no funciona, si hablar –con todo lo que implica eso, tal como lo mencioné antes– no produce efectos, en ese punto sí cabe consultar con un terapeuta, pero no para pedirle que haga el trabajo que a ustedes les cuesta, como quien dice “por favor, devuélvame a la normalidad”, porque es muy posible que aquello que le está ocurriendo al joven sea perfectamente normal.

Por lo tanto, que la consulta sea para que el terapeuta los ayude a pensar qué pasó

con la palabra que no funcionó, si no hay algún mensaje que ese hijo les esté haciendo llegar con esa actitud o conducta que es la que les preocupa. Si acaso, después de las entrevistas con el terapeuta, este determina que es necesario que el (o la) joven vayan a una consulta, en ese entonces, que así sea, habida cuenta de que en ese momento empieza otro momento, el de confiar en el terapeuta y no esperar que les devuelva rápidamente el hijo que ustedes querían, sino que ayude a ese hijo a descubrirse y elegir una opción más auténtica, que no sea el sufrimiento que se ocasiona a sí mismo y a sus padres. Por cierto, si las entrevistas previas han sido eficaces, esa confianza estará garantizada.

¿QUÉ LUGAR OCUPA EL TERAPEUTA?

Luego de haber establecido el criterio para hacer una consulta, quisiera detenerme en cuál es el lugar del terapeuta en el tratamiento de un adolescente. Me parece valioso especificar este lugar, porque en el curso de estos años, en diferentes charlas con padres he notado que les despierta una ansiedad particular que ese otro que es el terapeuta tome en sus manos a ese hijo.

Esta ansiedad es perfectamente comprensible, porque el tratamiento de un hijo sin duda confronta a los padres con una impotencia que es mejor que no los destituya; para eso es que en el apartado anterior destaqué la confianza que debe construirse en las entrevistas precedentes a la consulta con el joven, pero aquí cabe agregar un aspecto suplementario: un miedo habitual en padres es que el terapeuta autorice en el hijo cuestiones que ellos no harían, es decir, que se convierta en una especie de confidente que actúa a espaldas de ellos.

En este punto, seré taxativo: si bien el terapeuta establece una alianza de trabajo con el adolescente (como con cualquier paciente) eso no quiere decir que pase a ser una especie de cómplice; como tampoco el terapeuta es un espía al servicio de los padres, que, por ejemplo, tendría que contarles aquello de que su hijo habla en las sesiones. Ni de un lado ni del otro, su función es la de crear un espacio intermedio, un zona que haga las veces de transición y que por un lado puede hacer llegar a los padres un mensaje que el hijo solo puede transmitir de manera sintomática, y por otro puede hacer que la imagen que el hijo tiene de los padres no tenga la consistencia dramática que le da la fantasía de victimización (“Mis padres solo quieren hacerme mal” o “Lo único que les interesa es que sea un niño y no quieren dejarme crecer”).

En mi experiencia de trabajo con adolescentes, muchas veces corroboré que aquello por lo que se consultó es solo un producto derivado de otro motivo que, a primera vista, parecía anecdótico. El adolescente, como dice el refrán popular, es como el tero que “pone los huevos en un lugar y grita en otro”. Por eso es importante a veces no hacer de la terapia un tratamiento focalizado, que apunte a un aspecto que, quizá, no es más que el efecto desplazado de un conflicto que aún no se manifestó de manera explícita. Por ejemplo, es posible que el motivo de consulta haya sido por cuestiones relacionadas con la dificultad para hacer amigos y establecer un grupo de pares, en el caso de un joven

con tendencia al aislamiento, y que en las sesiones en absoluto se hable de eso, sino que se trabaje en torno a la imagen corporal y a la baja autoestima que hace que sea un joven inhibido para acercarse a los otros. Por lo tanto, el tratamiento no estará orientado a explicarle cómo hacer amigos, con estrategias conscientes y más o menos didácticas, como si se tratara de un problema a solucionar; sino a reparar la imagen del cuerpo que en la adolescencia atraviesa diferentes transformaciones e implica un fuerte trabajo el poder reelaborarla. Por eso es importante tener en cuenta que, en las entrevistas con los padres, estos entiendan que aquello de lo que hablarán con el terapeuta de su hijo quizá no sea algo relativo al motivo de consulta. Eventualmente esto puede producir ansiedad en ellos, pero justamente por eso es crucial que puedan tenerlo en cuenta, básicamente porque un tratamiento que produzca resultados duraderos requiere apuntar a las causas del padecimiento y no solo a las manifestaciones exteriores.

La ansiedad de la que hablo se refleja muchas veces en la idea que ciertos padres transmiten cuando nos piden que hablemos con su hijo de tal o cual tema y, en estos casos, para retomar este tipo de cuestiones es que durante el tratamiento del adolescente también tenemos entrevistas con los padres. Sé que no es fácil para ellos ir a entrevistas una vez que su hijo empezó el tratamiento, pero créanme que son fundamentales, no porque la función de estas reuniones sea ir contándoles cómo va el tratamiento —en esta expectativa es que se reproduce con el terapeuta la actitud que se tiene con el hijo, en la medida en que se espera saber todo sobre él o ella y, por ejemplo, la imagen del “buen hijo” se desplaza hacia la imagen de un “buen terapeuta” (obediente y que no traiga problemas)— sino porque es en ellas que podrán desplegar la ansiedad de aquellos temas que les preocupan (¿por qué quisieran que hablemos con su hijo de tal o cual tema? ¿Por qué no pueden hacerlo ellos? Volvamos a apostar a la palabra entonces) y, además, reencontrarse con aspectos positivos de su hijo en las devoluciones progresivas que el terapeuta pueda hacerles. Porque este es otro tema importante, dado que al consultar por lo general los padres traen una imagen desilusionada del hijo, la que no pudo estar a la altura de sus expectativas y, como dice otro refrán, suelen “tirar al niño con el agua”, es decir, se han desconectado de las fortalezas de sus hijos y les cuesta mucho volver a encontrarse con su capacidad creativa, porque muchas veces solo conservan una mirada puesta en la inmadurez.

En las devoluciones que hacemos los terapeutas siempre tratamos de incluir los aspectos que marcan que un joven está creciendo, es decir, apuntamos a destacar que la presencia de conflictos de por sí no es patológica y que, además, siempre hay recursos con los que ese joven está haciendo frente a ese desgarramiento que implica el crecimiento. La imagen estática del adolescente como un ser inmaduro —que hemos discutido a lo largo de este libro— es un prejuicio de los adultos, porque se detiene en la idea de que el joven no puede —es decir, lo impotentiza— y no tiene en cuenta la ampliación progresiva de recursos que un adolescente produce de manera constante.

Desde mi punto de vista, un buen proceso terapéutico concluye cuando los padres pueden recuperar la relación con su hijo, más allá de las expectativas adaptativas y en condiciones de autorizar las iniciativas creativas que aquel propone, no solo para su vida

sino también para la organización familiar. De esta manera, el tratamiento de un joven no es para que se desligue de la familia, sino para que pueda permanecer en ella, pero de manera independiente y como un miembro colaborador. Ser independiente no es el fin de la dependencia –esta es una fantasía adolescente–, sino un modo de poder servirse de la dependencia con fines que impulsen el crecimiento de la relación con los otros.

Por último, para concluir este capítulo, quisiera subrayar algo que puede a primera vista pasar desapercibido. Cuando los terapeutas recibimos en consulta a los padres, nos enteramos de muchas más cosas de las que nos cuentan. Si bien los padres creen que consultan a un profesional por un problema concreto, desde el punto de vista de quien se sienta frente a ellos, se siente mucho más. Sus ansiedades se hacen carne en nosotros y así podemos reconocer una dinámica familiar, al punto de que el terapeuta vive ciertas regresiones que lo llevan nuevamente a la relación con sus propios padres. Por eso es que muchos terapeutas prefieren no trabajar con padres o lo hacen poco, porque no les gustan las entrevistas con padres. Otros directamente eligen no atender niños o jóvenes, lo cual demuestra cuán importante es que el profesional que recibe una consulta no solo sea alguien que haya estudiado mucho y tenga más o menos títulos. Lo fundamental será siempre que el terapeuta, por su parte, haya hecho un proceso terapéutico que le permita no poner en juego allí sus propios problemas –algunos quizá no resueltos– para poder recibir y hacerse eco de quienes están ahí para hablar de su hijo.

Este precepto es muy importante porque hoy en día tenemos especial interés por buscar servicios que puedan estar garantizados de manera objetiva, y en el ámbito de las terapias no está la excepción. Creemos, por ejemplo, que un buen terapeuta es el que tiene más títulos colgados en la pared. Los rasgos que tiene que tener un terapeuta para dedicarse a este trabajo son: apertura en las ideas, distancia crítica respecto de sus prejuicios y sensibilidad. Eso no se aprende en ninguna escuela ni institución formal. Ningún título hace de alguien una buena persona, como también se puede saber mucho y no creer en nada.

Por eso, como último consejo a los padres a la hora de establecer un criterio, esta vez para elegir un terapeuta, digo: no busquen eminencias, sino alguien con quien puedan sentir confianza y que los acompañe para no aflojar en las dificultades de ser padres de un joven en el mundo contemporáneo, que no les dé diagnósticos o les diga qué hacer, sino que esté ahí para caminar junto a ustedes para descubrir cuántas cosas podemos hacer aunque a veces no nos demos cuenta, que las respuestas no están afuera sino en los pequeños actos que deciden las grandes transformaciones de una vida.

La función de un proceso terapéutico con un adolescente no es lograr éxitos adaptativos, sino que el joven pueda realizar una mayor autonomía, revisar la dependencia psíquica con sus padres e independizarse de una manera auténtica, es decir, que logre ser él mismo sin tener que demostrarle a los padres que ya no es un niño.

Capítulo 5

CONSIDERACIONES PARA PROFESIONALES

PSICOANÁLISIS DEL ADOLESCENTE

En el artículo “Sobre la psicología del colegial”, Sigmund Freud establece algunas precisiones relativas al vínculo entre el joven y sus maestros. En particular, destaca que...

...con estos nos unía una corriente subterránea jamás interrumpida [...]. Los cortejábamos o nos apartábamos de ellos; imaginábamos su probablemente inexistente simpatía o antipatía; estudiábamos sus caracteres y formábamos o deformábamos los nuestros, tomándolos como modelos.

No obstante, la relación no era simplemente de admiración, sino que también incluía otro aspecto: cierta animosidad que justifica su condición ambivalente.

Es habitual todavía oír, en reuniones de adultos ex-alumnos de un colegio, que se dediquen conversaciones a recrear el temperamento de los docentes, tanto en lo bueno como en lo malo, es indistinto, ya que lo fundamental es la función que este interés ocupaba. La respuesta freudiana es inequívoca: sobre los profesores se desplaza la sustitución de la serie edípica y, con mayor énfasis, la figura del padre. Sigue Freud:

El padre es identificado como el todopoderoso perturbador de la propia vida instintiva; se convierte en el modelo que no solo se querría imitar, sino también destruir.

Por esta vía, con los educadores de la adolescencia se revive un conflicto generacional que explica, según Freud, por qué siempre se los suele ver como más grandes de lo que son. Aquí el dato que inicia el artículo en cuestión: la sorpresa producida cuando, a través de los años, se advierte que aquellos que se creía tan lejanos, en realidad estaban más cerca de lo pensado:

Es esta la causa de que, por más jóvenes que fuesen, nos parecieran tan maduros, tan remotamente adultos. Nosotros les transferíamos el respeto y la veneración ante el omnisapiente padre de nuestros años infantiles.

Ahora bien, cabría preguntarse si acaso la interpretación edípica de este fenómeno no es parcial, dado que junto a los maestros encontramos otras figuras que también sirven de “modelos” a los jóvenes y que difícilmente podrían ser reconducidas a la sustitución del padre. Es el caso, por ejemplo, de los *rockstar* o actores o personajes culturales que ocupan un lugar de fascinación y encantamiento. Sería abusivo decir que los jóvenes quisieran parecerse a sus maestros, como sí encontramos que la apariencia ocupa un lugar destacado con los “ídolos”.

Con respecto a estos últimos, una opinión de sentido común (incluso en la teoría del psicoanálisis) los concibe desde el punto de vista de la idealización; sin embargo, esta sería una orientación reductiva. No alcanza con pensar que el joven deposita en estas figuras todo lo que quisiera ser. Este tipo de proyección no daría cuenta de un fenómeno capital: el carácter protector que se les asigna, por el cual el adolescente se rodea de imágenes (en remeras, posters, etc.). En este sentido, cabe asignar al ídolo el papel que se le asignaba en las formaciones de culto –tal como lo destacara J.-P. Vernant en su libro sobre *Figuras del Otro*–: el ídolo siempre participa de rituales (en nuestros días: recitales, festivales, encuentros multitudinarios), y su apariencia tiene un valor de conjuro y mediación.

Antes que el “ideal” freudiano, que fundamenta la constitución de una masa agrupada en torno a este, el ídolo cumple un valor personal, que permite mantener a distancia las exigencias de la realidad efectiva. Pero su función no solo es evasiva, ya que intensifica una zona de libre juego de la imaginación. Por esta deriva, se esclarece el papel de la fantasía en la adolescencia. Si para Freud esta última era una continuación del juego infantil, podríamos preguntarnos si esta coyuntura no es parte de un mundo que inhibe la acción al adolescente –su tendencia al *acting* lo demuestra, como solución desesperada– y lo fuerza al repliegue en el sueño diurno.

Lo mismo podría decirse respecto del énfasis que suele ponerse en el recurso al desarrollo de teorías. La erotización del pensamiento en los jóvenes parece más la consecuencia de una sociedad uniformadora, que desestima el acto y, hasta concluida la escuela secundaria (incluso a veces la universidad), relega la singularidad del sujeto.

De regreso a una idea de Vernant, es importante subrayar que es un reduccionismo llano no tener presente el modo en que la sociedad contemporánea (a diferencia de la Polis griega, cuya equivalencia entre pares siempre admitía la excepcionalidad) requiere la homogeneidad. “¿Tanto te cuesta ser normal?”, era la frase que una madre solía decir a un adolescente; en la que trasunta cómo la paridad es entendida como semejanza. Como respuesta a esta expectativa, es significativo apreciar que la idolatría adolescente es una forma de resistencia virtuosa. De acuerdo con este lineamiento se pone en acto un modelo que no tiene el efecto aplastante del ideal freudiano (al que, por ejemplo, se debe la causa de la represión), sino que promueve la capacidad de tomar una posición, asistida desde ese intermediario que es el ídolo, que no es ni joven ni viejo, ni padre ni hijo, que a veces puede ser exitoso, pero también fracasado; porque, en última instancia, no es ninguna de sus propiedades la que cuenta, sino la imagen que porta, en la medida en que es una imagen de imagen, ese otro íntimo que sostiene el cuerpo.

MEJOR NO PSICOPATOLOGIZAR

Un célebre artículo freudiano expone uno de los placeres más propios de la infancia, el de gozar de que se pegue a un niño. En última instancia, el texto “Pegan a un niño” relata una satisfacción que puede ser reconducida a una interpretación edípica: si se pega a un niño (que no soy yo) es porque (yo) soy el preferido. Hay acá un goce que fundamenta

los más diversos juegos y escenas de los niños, desde su interés por ciertos dibujos animados (como el Correcaminos, siempre a punto de ser alcanzado por el Coyote; Tom y Jerry; etc.) hasta la consideración de ser excepcionales.

Para un niño es suficiente con verificar que el otro es denostado. Es un claro ejemplo de principio de contradicción: si el otro no es querido, yo lo soy. De ahí que en la infancia la pasión de ser excluido no se ponga de manifiesto tal como sí lo hace en la adolescencia. En este momento de la vida, la situación se invierte y asume una condición paradójica: el “haberse quedado afuera” es una razón de principio y, en todo caso, se trata de demostrar pertenencia, incluso cuando –de acuerdo con el chiste con que Woody Allen inicia su película *Annie Hall*– “no se pertenecería a un club que acepte tipos como uno”. La excepción adolescente es difícil de reducir. Esto es lo que motiva el revestimiento fatuo de identificaciones que, a pesar de que vistan al yo con los más diversos ropajes, no hacen más que indicar que en su centro solo es una fuerza en busca de transformarse.

Ahora bien, así como Freud destaca que el agente en la fantasía de paliza es una versión del padre, ese sustituto que es el educador, nuevamente podríamos pensar en la diferencia que la adolescencia imprime a esta coyuntura. Ser amado es el predicado básico de la infancia, mientras que –de acuerdo con lo que Freud plantea en su artículo “Sobre la psicología del colegial”– para el adolescente la relación con la autoridad asume un carácter diverso. ¿Qué joven podría ser llamado tal si no enfatiza una posición insurrecta? En este punto, son conocidas las páginas finales de Donald W. Winnicott en *Realidad y juego* donde situara la obligación de “resistir” para el adulto. No obstante, ¿cuál es el sentido de esta llamada “insurrección”?

En principio, desde el punto de vista yoico, por esta vía se pone a prueba que el otro es capaz de soportar sin revancha. La identidad propia no se forja nunca de modo aislado, sino en la relación con un otro del que puede extraerse menos un rasgo o aspecto ideal que una disposición: la autorización de la experiencia como umbral de autenticidad. De acuerdo con esta premisa, hay más verdad en unos pocos versos de una conocida canción de Serrat que en todos los manuales para padres:

*Nada ni nadie puede impedir que sufran,
que las agujas avancen en el reloj,
que decidan por ellos, que se equivoquen,
que crezcan y que un día nos digan adiós.*

En nuestros días la falsa tolerancia, tanto como la complicidad connivente de muchos adultos, son algunos de los obstáculos a la subjetivación de los jóvenes. Un rebelde no necesariamente es desafiante y, en todo caso, la destitución actual de la autoridad por parte de los adultos podría funcionar como una precipitación hacia conductas antisociales.

Por otro lado, respecto de la cuestión propiamente educativa, el aspecto más notable es el modo en que las instituciones han psicopatologizado la adolescencia. Ante el menor conflicto se plantea la necesidad de un tratamiento psicológico. Eventualmente hasta se

asume una posición renegatoria, como en el caso del chico que había llevado un cigarrillo de marihuana a un campamento escolar y, descubierto, se le preguntó qué otro alumno se lo había dado. Ya que era inadmisibile que él, que era el abanderado, hubiera hecho algo semejante. Para el director del establecimiento solo podía tratarse de una mentira para encubrir a otro.

Esta misma indicación podría servir para considerar un último punto: la pregnancia de los insultos entre los jóvenes. En general los niños suelen ofenderse replicando la injuria recibida, mientras que entre los adolescentes priman usos específicos (como la degradación de la familia). ¿Qué educador podría ver en estas formaciones una función virtuosa? Sin embargo, su aparición es capital para producir la diferencia con el grupo de origen. Otro índice en esta dirección es la vergüenza por los padres que suele instalarse a partir de cierto momento. Estos motivos no son algo accesorio o que pueda ser patologizado. Por el contrario, es la escena de un conflicto que debe ser restituido y continuado como tal, dado que su solución no estaría en resolverlo (encontrar una respuesta) sino en tomar una posición. Al adolescente no le falta nada, ni le ocurre nada en particular, a no ser una revisión de su capacidad electiva, que ya no podrá ser la de un niño amado.

LA ADOLESCENCIA Y SUS FINES

En su libro *La causa de los adolescentes* (1988) Françoise Dolto plantea que uno de los límites –en el sentido de tendencia hacia– de la adolescencia radica en la incorporación psíquica de la angustia de los padres. Dicho de otra manera, si la adolescencia puede ser vista como un conjunto de figuras y vectores de sentido, entre los que se destacan el primer amor, el grupo de pares, los ídolos, que este conjunto no sea una totalidad sino que se abra hacia una nueva constitución subjetiva, tiene como condición una modificación de la relación con el otro; pero ¿qué quiere decir incorporar esta angustia parental?

En principio, hay dos experiencias del adolescente que permiten orientar esta consideración. Por un lado, que la elaboración de la sexualidad en la adolescencia lleve la marca del narcisismo se evidencia no solo en su potencialidad homosexual (que no debe confundirse con tener una relación con alguien del mismo sexo) sino en que se encuentra desvinculada de las consecuencias del acto. De ahí que, por lo general, en esta etapa de la vida se denuncie una frecuente promiscuidad –que, en sentido estricto, no es tal; le faltaría para eso el carácter de fijación del erotismo en la transgresión–.

Ahora bien, el punto de detención de esta última suele aparecer con un temor habitual que inscribe la sexualidad a partir de la relación con el otro: es el caso de la fantasía de embarazo. Esta observación explicaría por qué suelen fracasar las indicaciones preventivas respecto de la sexualidad en los adolescentes. Ni el uso de preservativo como forma de evitar contagios, ni la anticoncepción, logran efecto sino a partir de cierto momento. Y, en este último caso, el temor al embarazo precede al miedo a la enfermedad. En última instancia, la omnipotencia de los adolescentes no radica en la

creencia megalómana de sentirse excepcionales, sino en que el acto no se plantee a partir de sus efectos. “No pasa nada”, es un conjuro de juventud que incluso perdura en algunos adultos... La fantasía de embarazo, que toca tanto a varones como mujeres, es una huella irremediable –la cara de una moneda– con que la castración toca a la sexualidad adolescente. La otra cara de la moneda es la sentencia angustiosa, “Mis viejos me matan”. La película *Cien veces no debo*, y el parlamento eterno en su pasaje a la posteridad (Luis Brandoni gritando “Le inflaron el bombo, le llenaron la cocina de humo”), demuestra el núcleo estructural de esta cuestión.

Por otro lado, en relación con el cuerpo también se juega la inscripción de un punto de angustia en el otro. Históricamente los adolescentes han sido representados de manera andrógina, esto es, un cuerpo que se esconde a sí mismo: sea a partir de las ropas holgadas o de las modas unisex. Es notorio que se requiere cierto tiempo hasta que un cuerpo juvenil comienza a llamar a otro cuerpo. “Es una nena”, la afirmación con que un personaje de Guillermo Francella se refería a la amiga de su hija en un célebre sketch televisivo. Ella buscaba un sustituto paterno y él no podía evitar fantasear con un cuerpo de mujer. No obstante, siempre hay un momento en que el sujeto acusa recibo del efecto que su cuerpo produce en el Otro.

Esta subjetivación de la angustia, que conmueve el estatuto de la figura del otro, que pierde su condición parental para asumir una posición sexuada (“El padre de mi amiga... es un hombre”) es de máximas consecuencias. En el caso de los varones, la fantasía con el carácter sexuado del otro pareciera más temprano, a través de la burla respecto de la madre de los amigos; pero en este punto no se trata de una verdadera sexualización sino de una forma de degradación. La cuestión no radica en que una madre sea puta, sino una mujer. Si una película como *El graduado* ha logrado trascender su época es porque alcanza también a una posición estructural. No se trata solamente de la iniciación sexual, sino de asumir la seducción como un destino del sujeto.

De este modo, por ambas vías, la adolescencia tiene su punto de anclaje en verificar (advertir la verdad) de que “no hay relación sexual”, como le gustaba decir al psicoanalista Jacques Lacan. En uno de sus últimos seminarios, Lacan sostenía que la relación entre las generaciones podía ser la única excepción a este principio. El atravesamiento angustioso de la posibilidad de la descendencia en un acto con consecuencias subjetivas, y la recuperación del propio cuerpo como instrumento de goce para otro, son las dos vías que establecen un cortocircuito definitivo con los padres como generación precedente.

En nuestros días la falsa tolerancia, tanto como la complicidad connivente de muchos adultos, son algunos de los obstáculos a la subjetivación de los jóvenes. Un rebelde no necesariamente es desafiante y, en todo caso, la destitución actual de la autoridad por parte de los adultos podría funcionar como una precipitación hacia conductas antisociales.

EL SÍNTOMA EN LA ADOLESCENCIA

La adolescencia es la ocasión de una primera resignificación psíquica. En este sentido, diversas nociones pasan a ocupar un primer plano en la rescritura de la historia del sujeto: trauma, duelo, infancia. Esta etapa de la vida instituye la primera ficción eficaz, que el período de latencia apenas había diferido.

Si el niño latente atraviesa una transición signada por la puesta en forma de los matices de los ideales (heredados por el complejo de Edipo), el adolescente tropieza con el fracaso de estos últimos para dar cuenta de lo real. La incidencia de los impulsos se manifiesta y produce sus efectos, entre ellos, un forzamiento a la reinterpretación del pasado que pueda velar las consecuencias sexuales de ciertos episodios. Es, por ejemplo, lo que ocurre con la manifestación de los llamados “recuerdos encubridores”, que en la adolescencia ocupan un lugar privilegiado.

Era la situación de un chico que, en este momento, resumía el conjunto de su vida en una breve anécdota infantil: a partir de la discusión con otro niño, aprovechó entonces la distracción de este para abrir una canilla y dejar que un chorro de agua, al jugar, lo mojara por la espalda. El saldo del relato es una culpa que, con intensidad, lo lleva a reprocharse una conducta semejante.

En efecto, el carácter encubridor del recuerdo es evidente. La intensidad del afecto lo demuestra (junto con la nitidez y el hecho de que él pueda verse en la escena); pero, mucho más importante es también que, en términos morales, se plantee una disquisición sobre lo sexual. “Mojarle el culo, como si se hubiera meado”, de acuerdo con sus palabras, era el propósito de su reprochable acción. De este modo, la fuente de la culpabilidad se encuentra en una causa erotizada, y es parte de la habilidad del terapeuta no forzar una interpretación que busque que el yo se reconozca en un goce ignorado. Aquí no hay nada que interpretar, como para conducir a un desarrollo. La elaboración psíquica de este tipo de formaciones no es por la vía del desciframiento, sino a partir de la constitución de una escena.

El recuerdo encubridor no es una formación del inconsciente, como el sueño, el chiste. Ni siquiera podría decirse que se trate de un síntoma. En todo caso, algo de una satisfacción se “da a ver”. Todo el tiempo los adolescentes nos confrontan con este tipo de escenas, que requieren una ampliación, una sanción que haga del pasado un hecho histórico en que hubo un acontecimiento, menos para fijarlo como definitivo como para establecer que algo pasó. Y, como dice la canción, que “todo tiempo pasado... fue pasado”.

Aquí el motivo de que diferentes autores, principalmente psicoanalistas kleinianos (entre ellos, Arminda Aberastury), insistan en la importancia de los duelos en la adolescencia. En este punto, suele hablarse de tres duelos fundamentales: a) el duelo por

el cuerpo infantil; b) el duelo por el rol y la identidad infantiles; c) el duelo por los padres de la infancia. En cada una de estas aristas se expresa una misma orientación: no tanto la pérdida de una realidad efectiva, sino la puesta en juego de una capacidad interpretativa de mayor alcance. Ante hechos anodinos el adolescente puede extraer consecuencias subjetivas, aunque sin que estas todavía interroguen su posición sexual. Por eso el duelo en la adolescencia es una instancia de elaboración psíquica que se refleja en un pensamiento difuso y una acción disgregada. “Pensar en nada”, “No hacer nada”, son las formas que asume ese tiempo perdido que se impone como una necesidad, para quien suele estar “colgado” en una indolencia que los adultos apenas soportan.

Si el juego es la forma que asume el inconsciente en la infancia, el recuerdo encubridor bien puede ser el modelo de la adolescencia. El ofrecimiento de sus escenas requiere un interlocutor atento, que pueda sostener el medio-decir de lo que, en realidad, prefiere mostrarse. Si la latencia es el tiempo de aparición de la vergüenza, la adolescencia solicita el pudor como respuesta.

LA ESCENA SINTOMÁTICA

La cuestión del estatuto del síntoma en la adolescencia es de relativa complejidad en psicoanálisis. Por cierto, a diferencia de las consideraciones sobre el síntoma en la infancia, donde hay diversas polémicas al respecto (ya consideradas en *Más crianza, menos terapia*), en el caso de la clínica con adolescentes más bien pareciera discutirse poco y relegar el debate a una disquisición cronológica basada en las “dificultades de la edad”. El camino fácil, en última instancia, radica en hacer de la adolescencia como tal un fenómeno sintomático.

Sin embargo, esta deriva conduce a su reverso: el ejercicio perenne de subrayar la importancia de no psicopatologizar la adolescencia. Y la pregunta de partida continúa sin respuesta. ¿Qué modelo podría utilizarse para pensar el síntoma en esta particular posición subjetiva? Dicho de otra manera, ¿qué tipo de posición subjetiva es el síntoma adolescente? Porque respecto del síntoma del adulto no dudaríamos en decir que se trata de una respuesta a un conflicto, una respuesta basada en la no-resolución (en eso consiste la sintomatización: que puede servir para denunciar, postergar, evitar, etc.), pero que al menos toma nota de un factor constitutivo: la castración (es decir, la posición sexuada).

El síntoma del adulto es un modo de dar cuenta del encuentro con la castración. Es el caso, por ejemplo, de Dora (la conocida paciente de Freud), cuya última formación de su neurosis comienza cuando se encuentra en la situación de tener que tomar una posición respecto de la propuesta de un hombre. “Ser la nena de papá o una mujer”, podría ser la disyunción con que el conflicto se enuncia. Y su síntoma fundamental, una tos nerviosa, expresa una relación con el deseo de su padre: la suposición de un deseo incluso en quien sabe impotente. Porque la potencia nada tiene que ver con el deseo, y es algo propio del tipo histérico apuntar a esa distancia.

Ahora bien, a pesar de sus 18 años, Dora es una histérica. Su síntoma neurótico se

encuentra constituido de manera flagrante. La misma consideración podría aplicarse a otro caso freudiano, el del hombre de las ratas, para dar cuenta de la neurosis obsesiva. Para aquel, la duda –como síntoma fundamental– tiene como causa una determinación sexual relacionada con el matrimonio. A pesar de tener veinte y pico de años, el hombre de las ratas es un adulto. Su síntoma lo demuestra. Por esta vía, entonces, cabría afirmar que la adolescencia es la antesala del síntoma y su “fin” –en el doble sentido– radica en la precipitación del tipo clínico.

Por eso es razonable que diversos autores hayan concebido la adolescencia como una “clínica de la fantasía” (y no del síntoma). Sin embargo, ¿qué clínica no apunta en última instancia a un modo de sostener el deseo que puede ser más o menos sintomático? ¿Qué sería una fantasía que no responda a un tipo de síntoma? Por lo tanto, nuestro punto de vista es diferente: la adolescencia es una elección cuya respuesta sintomática aún no fue efectuada. En sentido estricto, entonces, no hay adolescentes histéricos u obsesivos. Y, en todo caso, lo que cabría interrogar es esa demora, ese compás de tiempo en que un conflicto puede plantearse y no necesariamente la respuesta se encuentra dada de antemano.

Esto es lo que motiva que los adolescentes sean grandes elaboradores de escenarios posibles. El despliegue de la fantasía no tiene aquí una función de resistencia, o de huida de lo real, sino que es lo que permite su acceso. Así es que debemos introducirnos en la cuestión del deseo.

EL DESEO

El deseo del adolescente es esencialmente negativo. Esta idea se confirma con el hecho de que suelen saber mucho más qué no quieren que lo que sí quieren. Es lo que los adultos llaman “disconformidad”, pero ¿no todo deseo se manifiesta de este modo? Siempre a través de la paradoja, la excepción, el resto que pone en cuestión la totalidad, el deseo es una potencia infinita.

No obstante, en la adolescencia cobra un matiz particular. Para el caso, es algo notorio que en esta etapa de la vida encontremos la manifestación, más o menos variable, del hurto y el robo. En efecto, los niños no roban. Simplemente declaran como suya cualquier cosa que quieren. Es conocida la situación en que un niño no quiere irse de una casa que visita sin un objeto. Haberlo hallado es casi de una declaración de un derecho de propiedad; o, dicho de otra manera, los niños son grandes expropiadores: “Si lo tengo yo, es mío” podría enunciarse la posición que instituyen al respecto.

En los adolescentes, en cambio, verificamos una actitud diferente. No solo por la incidencia de los diques de la vergüenza y la timidez, sino porque la relación con el otro es fundamentalmente diferente. El adolescente debe tomar del otro lo que necesita, pero su relación con el pedido se encuentra afectada. Si demandara, confirmaría una posición de niño; y, además, ocurre que los adultos no son muy proclives a dar.

Por cierto, uno de los grandes malestares de nuestra época radica en que la sociedad imputa a los jóvenes los más diversos excesos: la delincuencia, la droga, la

promiscuidad, cuando las estadísticas desmienten lo que el saber popular formula con descaro. Los psicoanalistas kleinianos llaman “mecanismo esquizoide”: se proyecta en la adolescencia lo que la adultez desconoce (no se atreve a conocer) de sí misma. Por esta vía incluso se justifican las más diversas agresiones hacia los jóvenes. La más problemática de nuestro tiempo radica en un rechazo de la genitalidad que se expresa de forma contradictoria: en lo manifiesto se asume un discurso liberal, pero en el discurso latente se corrobora el abandono a través de un empuje a gozar como adultos a quienes necesitan todavía varios rodeos preliminares.

A partir de lo anterior, ante la situación de que los adultos no pueden identificarse con la capacidad creativa de los jóvenes, a estos solo les queda asumirse por vía la del “robo”. Este último no debe ser entendido como la sustracción material, sino como una estructura más amplia que articula una relación en la cual uno toma del otro algo que este no sabe. De este modo se constituye el saber en falta del adolescente. De esta manera es que también importa menos lo sustraído que la sustracción. Por eso es errado concebir la aparición de fenómenos delictivos en la adolescencia como una forma de reacción antisocial o de mero cuestionamiento de la autoridad. Al contrario, es más bien un modo privilegiado de su reconocimiento.

Acá hay una coordenada crucial para lo que implica mantener una conversación con un adolescente. El adulto que se muestre demasiado listo –por ejemplo, el analista que quiera interpretar (es decir, restituir el saber elidido de lo que el joven dice)– quedará fuera de juego. El adolescente necesita instituir su posición enunciativa en la idea de que el otro no entiende, porque solo desde esa suposición logrará extraer su diferencia.

Una última reflexión: la incompreensión es más que una cuestión de significados, responde a una ética: es habitual entre psicoanalistas pensar la adolescencia sin considerar el papel que los adultos le hacen jugar a los adolescentes. Concluyamos con una pregunta: ¿cuántos de los supuestos rasgos intrínsecos de los jóvenes pueden no ser más que respuestas subjetivas al tipo de relación persecutoria, y poco generosa, que los adultos instituyen?

Uno de los grandes malestares de nuestra época radica en que la sociedad imputa a los jóvenes los más diversos excesos: la delincuencia, la droga, la promiscuidad, cuando las estadísticas desmienten lo que el saber popular formula con descaro. Se proyecta en la adolescencia lo que la adultez desconoce (no se atreve a conocer) de sí misma.

Conclusión

SER ADULTO ES APRENDER A AMAR

Nuestra época vive las relaciones amorosas de un modo generalizado. Nunca antes fue tan indispensable la búsqueda de una pareja o compañero de vida. Y, sin embargo, desde hace tiempo que no oímos hablar más que de los desencuentros y sufrimientos que implica la vida con otro.

“Te necesito”, “No puedo vivir sin vos”, “Me muero si te vas” son algunas de las frases habituales (muchas de ellas reflejadas en canciones populares) que exponen cómo el dolor en la vida erótica se ha vuelto exponencial, quizá porque la otra cara de la pérdida es la profunda soledad; pero, ¿qué perdemos cuando perdemos el amor?

Si algo llama la atención en muchos adolescentes, por motivos relacionados con este padecer, es el carácter general de la pérdida. Puede hacerse una distinción entre dos modos de temer el desvalimiento amoroso: por un lado, el miedo a una pérdida parcial, que toca a una parte de la existencia o, como decía una vez un paciente “Si me separo, no pierdo la vida; a lo sumo, pierdo la felicidad”. Por otro lado, la pérdida de amor, en la que se juega el ser en su totalidad, en la que la pérdida es masiva, y se fantasea con la propia desaparición.

Entre estos dos modos de distinguir actitudes ante la pérdida, Freud introdujo a su vez la distinción entre dos posiciones sexuales: el varón y la mujer.

El deseo del varón es el deseo aquejado por el miedo a la pérdida de potencia, mientras que el ser femenino es el que teme la pérdida de amor. La diferencia sexual no es entre dos tipos de órganos, sino entre dos modos distintos de hacer un duelo. Los varones sufren por lo que fue y quisieran recuperar. Las mujeres por lo que no fue y pudo haber sido. Por eso las mujeres adolescentes sufren más que los hombres en el amor. Porque de lo que no sucedió no hay olvido posible.

Dicho de otro modo, la diferencia sexual no es anatómica, sino entre dos modos de dirigirse hacia el armado de una familia. Mujer es quien la arma en el interior de su familia de origen. Varón es el que lo hace por fuera. La mujer padece el conflicto de que el interior pueda ser endogámico (tiene que realizar esa diferencia). El varón sufre el desgarramiento de un exterior ajeno que lo confronta a la nostalgia del regreso. Las mujeres nunca terminan de irse. Los varones se van pensando en volver.

Son diferentes los desafíos que varones y mujeres tienen que realizar, en su juventud, para hacer lugar a la experiencia amorosa. No es simplemente encontrar a una persona que nos quiera. Por cierto, esta actitud es más propia de un niño que de un hombre o una mujer. En todo caso, si recordáramos la clásica elección forzada entre la bolsa o la vida, en la que la pérdida es obligada (dado que es preferible una vida trunca, sin la bolsa, a la

pérdida de la vida), podría decirse que en nuestro tiempo encontramos una generalización del modo femenino de situarse en las relaciones amorosas, para hombres y mujeres. Hoy sufrimos la pérdida de amor como una pérdida de la vida, cuando no se elige el confort de una vida sin amor.

Juanjo (17 años), en el último año de la secundaria, conoció a una chica del club con la que se puso de novio. Ambos practicaban deporte y, además, vivían en el mismo barrio. Yendo de una casa a la otra, se fueron animando a mucho más que los besos y así fue que tuvieron su primera vez. Eran jóvenes tranquilos y felices. Estuvieron juntos durante un año, hasta que ella –que era un año menor– se fue de viaje de egresados. Entonces fue que Juanjo comenzó a tener unos celos invasivos que hicieron que le enviase mensajes durante la estadía de ella en Bariloche. Por momentos la acusaba, le pedía que le contara todo lo que hacía, que le mandara fotos de cómo iba vestida cada noche a los boliches. De más está decir que ella le respondía y, por cierto, no daba razones para que él se pusiera de este modo. Finalmente, al regresar, ella decidió interrumpir la relación. Para Juanjo fue un desconuelo. Estuvo muy triste durante unos meses, hasta empezó a dejar de ir al club, ya no entrenaba y, en cambio, salió más seguido de noche. Él, que había sido un chico que acostumbraba a usar remeras de fútbol, se compró ropa nueva, ajustada y con un estilo más osado, se cortó el pelo de una manera moderna. En fin, se convirtió en otra persona, en un varón que buscaba ser deseable para las mujeres. Y así fue que empezó a salir con varias chicas a la vez a quienes conocía a través de una aplicación, pero a las que también les aclaraba que no buscaba nada. Solo sexo, no te confundas, les decía. De esta manera, ese chico de barrio que había conocido el primer amor, ante la decepción se convirtió en un seductor empedernido que frecuentaba los boliches, más para hacerse desear que para desear él mismo.

Juanjo no soportó la pérdida del amor y, en lugar de hacer un duelo, decidió pasar a ser una especie de metro-sexual, entre cínico y maltratador, que después de cada conquista dejaba a las mujeres en un lugar de descarte. ¿Puede haber una actitud más defensiva, un refugio más eficaz? Quien no ama puede estar a salvo del dolor. En muchos jóvenes de nuestra época ocurre esto mismo: la hiperexcitación del deseo puede ser una forma de rehuir del amor. Los donjuanes contemporáneos, muchas veces, son tipos con mucho miedo a volver a querer. Detrás de un seductor suele haber un varón herido que decidió utilizar los medios de la conquista femenina para que el sufrimiento no lo alcance.

¿POR QUÉ LOS AMORES NO DURAN?

Ya no es como antes. El amor no es lo que era. Sin duda hay un motivo de queja corriente en nuestros días. Y si bien podemos estar de acuerdo con los hechos, lo cierto es que puede haber más de una interpretación para dar cuenta del frecuente malestar contemporáneo.

Al menos, puede haber dos interpretaciones. La primera, a la que quisiera llamar

pesimista, enfatiza especialmente que el mundo ha cambiado. En las coordenadas actuales del capitalismo, las cosas del amor siempre pueden quedar relegadas. Es sabido que hay empleos para los cuales se buscan postulantes que sean solteros, ya que el vivir en familia implica “arraigo”, “compromisos”, y otros factores emocionales que son un obstáculo para el *self-made man*. Según estadísticas, este seductor trampolín para el desarrollo personal incluye también a muchísimas mujeres. La realización en el mundo del trabajo ya no es privilegio de los varones, sino que es para cualquiera... que esté dispuesto a sacrificar su vida amorosa. Desde hace algunos años las películas de Hollywood (como *La La Land*) no hacen más que hablar de esta cuestión.

Hoy en día no hay nada que no se pueda posponer por el crecimiento en el ámbito laboral. Hombres y mujeres cuentan cómo deben “negociar” con sus parejas antes de aceptar algún ofrecimiento tentador. No me dejó por otra mujer, sino cuando decidió tomar el cargo de gerente, me decía en cierta ocasión una paciente.

Y hay algo que también se verifica en la modificación (y ampliación) del período adolescente. La adolescencia como etapa de la vida se prolonga ya que los jóvenes de nuestro tiempo primero deben terminar el secundario, luego cursar estudios universitarios y, cuando parecía que constituir una familia era una opción, empiezan a surgir las ofertas de posgrados, la inserción en la profesión, que lleva a que muchas personas (para ya no llamarlas adolescentes tardíos) tengan cerca de 40 años y, antes que la preocupación por una vida compartida, se les imponga el miedo de no poder tener hijos (a ellas) o el miedo a quedarse solos (a ellos).

Por supuesto que el párrafo anterior plantea una generalización apresurada. Pero, observemos algo que puede parecer evidente: para la opinión pública un joven que tiene un hijo fue por algún motivo accidental, o porque se embarazó ¡para conseguir un plan social! Creemos que un joven debería estar pensando en su futuro antes que en armar una familia.

Llamo a esta interpretación pesimista porque tiene el peso de lo trágico sobre el destino humano. El mundo del capital nos impondría esta elección forzada, una suerte de resignación que solo queda aceptar. Sin embargo, también hay lugar para una segunda versión del mismo hecho.

Me refiero a que nunca como hoy en día el matrimonio fue concebido como resultado de una elección amorosa. Si se busca al candidato para el puesto de trabajo, es porque ya no se lo busca en el amor. Un hombre o una mujer pueden ser excelentes partidos, como se decía antes, pero eso no alcanza si el deseo no sostiene esa elección. Podría llamar optimista a esta fusión entre amor y deseo, pero lo cierto es que también es una pieza clave para explicar por qué los amores no duran.

En una relación, el amor rápidamente cede a la rutina, y el deseo... el deseo es algo demasiado variable como para fijarse en un solo destino. En última instancia, no solo el mundo capitalista ataca a las parejas, sino que además los cimientos de las relaciones son demasiado endebles. En todo caso, antes que preguntar por qué no duran los amores, la pregunta debería reformularse: ¿por qué una elección tan importante se supedita a componentes tan frágiles?

Aquí es donde se puede causar estupor en el lector. Un psicoanalista que no enaltece el amor y el deseo. En absoluto. Desde mi punto de vista la cuestión es más compleja, y es más conveniente pensar que el amor es un sentimiento de madurez, que solo después de mucho tiempo se llega a amar a alguien. De la misma manera que el deseo que se confunde con la excitación es más bien pobre, y que ciertas personas que amamos son una invitación a desear antes que el objeto deseado.

En este punto, quizás el problema contemporáneo de muchos adolescentes se deba más al enfrascamiento narcisista del amor (verse a sí mismo en el otro, como dice la canción de Los encargados: “necesito que me ames para poder verme”, antes que ver al otro) y a un deseo débil (basado en la identificación histórica que implica compartir proyectos, hacer cosas parecidas y demás).

En este sentido, hay parejas actuales que se parecen mucho más a “Sociedades de Socorro Mutuo” que a parejas consolidadas. Aquí es donde ambas interpretaciones se completan, ya que la inmadurez de los jóvenes hace que lleguen a una edad de relativa adultez con fantasías adolescentes del estilo el príncipe azul o la mujer de mi vida. Mientras que el amor y el deseo estén al servicio de los ideales e idealizaciones juveniles estas dos experiencias de relación no podrán descubrir su rostro más interesante: que el amor es dar (a cambio de nada, “dar es dar” como canta Fito Páez), y el deseo siempre lo es de un objeto perdido, es decir, que no se puede retener, que no es propio. Sin el reconocimiento de estas modificaciones del amar y el desear, a una relación de pareja solo le queda esperar su “fecha de vencimiento”.

UNA VIDA AUTÉNTICA

En una ocasión reciente, un joven me decía: “El problema con las mujeres es que maduran y listo”. Interrogado al respecto, continúa: “Sí, maduran y los hombres, en cambio, queremos seguir haciendo cosas de chicos toda la vida, como mi tío que tiene 40 años y todavía juega a la play”. “¡Qué problema!”, agrego por mi parte. “No, el problema es que las mujeres te hacen madurar, sin mujeres no se puede crecer”.

Llegamos al punto en el cual muchos varones reniegan: poder atesorar, a pesar de la edad, algún resto de sus aficiones infantiles. En efecto, la amistad masculina muchas veces se sostiene en este erotismo de infancia (conservado en la adolescencia). Por ejemplo, cuando se reúnen compañeros de la escuela y se comportan, aunque hayan pasado más de veinte años, como los jóvenes que alguna vez fueron. Esta particular regresión (reflejada en las mismas anécdotas, los mismos chistes) se manifiesta en esa pasión masculina por lo “mismo”, en una reiteración que no produce pérdida.

Un sufrimiento por este particular resto psíquico se expresa en la queja de ciertos varones en función de afirmar que ya están grandes para determinada cosa u otra. Incluso, es llamativa la nominación de “huevón” (o “pajarón”) para estos casos. El aspecto culpabilizante desde el cual se plantean estas consideraciones radica en la suposición de que el crecer implica una tarea individual. Cabe recordar aquí el modo en que el psicoanalista Donald W. Winnicott pensaba esta cuestión a contrapelo: la

maduración no es el desarrollo fisiológico, sino que implica fundamentalmente el encuentro con otros y, en particular, los vínculos más saludables son aquellos en que, a pesar de la edad, podemos conservar cierta capacidad lúdica y creativa. El “hombre de traje gris” –como el título del disco de Joaquín Sabina–, monótono y aburrido, que muchas veces se desplaza por la ciudad, sin otro interés más que el trabajo, es un “falso adulto”, en la medida en que apenas adquirió un rol social sin poder habitarlo de manera auténtica, es decir, sin integrar los aspectos que, en su infancia, implicaron un descubrimiento de la espontaneidad.

Ahora bien, el segundo aspecto relevante en la indicación del joven mencionado radica en la referencia al otro sexo. ¿De qué modo podría madurar un hombre si no es en el encuentro con la pregunta por la alteridad? Esta última confronta con lo más propio de la sexualidad: conminar a una determinación respecto de la propia posición en el deseo y el amor. Por esta vía es que suelen surgir muchas fantasías en varones, nuevamente relativas a la cuestión de la pérdida: de tiempo, de libertad, etc. Es lo que Jacques Lacan llamó la “ética del soltero” (a partir de un comentario al escritor Henri de Montherlant), en la que se pone de manifiesto el rechazo al lazo con el otro. El soltero es el que se hace el chocolate solo, dijo también Lacan en *El reverso del psicoanálisis* (esta vez con una alusión a Marcel Duchamp), con el objetivo de mostrar que esa soledad es un repliegue defensivo y que muchas veces quienes temen perder la libertad en la relación con otro, solo consiguen conservar una libertad que no usan, que es pura potencia que no se realiza, que no es más que aferrarse a posibilidades (por las dudas, por si me arrepiento, etc.) que no llevan a ningún acto.

No obstante, a pesar de su auto-satisfacción, el soltero también puede dejar de ser un solitario. Es el caso de un joven que, luego de abandonar la casa paterna, con una vida relativamente exitosa desde el punto de vista de los logros personales (había terminado sus estudios y conseguido un buen puesto en una empresa), en el momento en que inicia una relación con una chica, el día en que le dice, al salir él primero de la casa, “Quedate y cerrá vos cuando te vayas”, a partir de ese momento empieza a dudar si no tiene que volver, si ella cerró la llave de la canilla, si cerró la heladera, la fantasía acuciante de que se prenda fuego la casa... Dicho de otro modo, su duda apareció en el momento en que, por fin, salía de su posición cómoda en relación a las mujeres. Hasta ese entonces, su vida transcurría en encuentros casuales, nunca había llevado una chica a su casa y, por cierto, cuando salía con alguna prefería ir a un hotel porque “si van a tu casa, se quieren quedar a dormir”. Se advierte, entonces, cómo dejar la comodidad no es nada fácil, que ahí aparecen muchas vacilaciones e incertidumbres, pero que son bienvenidas, porque gracias a atravesar ese conflicto es que se puede crecer.

Este muchacho bien podría haber sido un seductor crónico, pero su seducción no hubiera sido más que una forma de esconderse detrás de un personaje. El amor siempre produce algún tipo de vacilación, pero ¿de qué otro modo alguien podría jugarse por algo si no atraviesa el miedo a perderse en una elección? Por eso, en última instancia, si hay un camino en la madurez, solo puede ser a través del conflicto, lejos de cualquier idealización o norma abstracta. Si hay una lección y una oportunidad, es la de volver a

una vida cuyo sentido depende de elecciones singulares, esas pequeñas decisiones que nadie puede tomar en nuestro lugar y para las que no existe un manual.

Bonus track

PREGUNTAS FRECUENTES DE LOS PADRES

Mientras escribía este libro, les propuse a diferentes padres de adolescentes que hicieran una pregunta sobre algún tema que los inquietara. Así fue que surgió una lista que, como si fuera un juego, empezamos a intercambiar por correo electrónico. Quisiera que esta sección sea leída como un taller para padres, en el que cada quien pregunta y los demás escuchan, pudiéndose hacer eco de lo que otros plantean para enriquecerse. Al final, cada lector podrá hacer su pregunta y si además me la quisiera enviar por mail, yo estaré encantado.

1. Teresa y Javier: ¿Qué hacemos si nuestro hijo (16 años) quiere ir a una “previa” en una casa en la que se tomará alcohol y a nosotros no nos da confianza?

En principio, es completamente legítimo que no tengan confianza en las “previas”, pero es cierto que lo importante es no dejar de confiar en su hijo. Asimismo, dada su edad, sería fundamental averiguar si en la casa habrá adultos, ya que estos son responsables también de garantizar que las cosas se desenvuelvan en un clima que no conduzca a excesos riesgosos. Por cierto, creo que ese puede ser un criterio para definir a qué tipo de eventos conviene que un hijo que aún es menor de edad asista, me refiero a que haya adultos a quienes se pueda delegar el cuidado que, como padres, en la medida en que toca confiar, no se puede ejercer directamente.

2. Josefina: Encontré que mi hijo (17 años) tenía una pastilla de Viagra en su billetera, no sabría qué decirle dado que incluso como mujer me resulta incómodo.

Aunque resulte paradójico, estadísticas recientes muestran que los jóvenes son grandes consumidores de Viagra. Digo que es una paradoja, porque se trata de quienes no tienen un problema con el funcionamiento del miembro. Por lo tanto, el recurso a la pastilla es una forma de sortear un problema que no es fisiológico, sino psíquico. Hoy en día es muy común que los varones tengan dificultades para elaborar el conflicto de vergüenza que implica el acercamiento sexual a otra persona. De este modo, para trascender la impotencia que este conflicto implica, recurren a la pastilla. En el caso de su hijo, dada la incomodidad que le genera el tema –y si recurre a la pastilla es porque quizá también él sienta vergüenza– quizá sea lo mejor que algún varón de la familia o de confianza, pueda tener una charla con él, también podría buscarse un espacio con algún terapeuta que lo acompañe en esta situación, pero quizás en el segundo caso llevaría

algún tiempo hasta que puedan establecer una relación en la que poder hablar de temas sexuales. Lo primero, entonces, probar con algún familiar o varón cercano.

3. María y Patricio: Si nuestro hijo (15 años) nos plantea fumar marihuana, ¿tenemos que preocuparnos?

Diría que deberían preocuparse si su hijo plantea fumar. Lo que no habría que dejar de hacer es preguntarle qué es lo que busca al querer fumar marihuana. Hoy en día esta sustancia no tiene la imagen social negativa que tenía en otro tiempo, pero eso no quiere decir que sea menos peligrosa. En vistas de que a esa edad un joven tiene que prestar atención a sus estudios, si fumara seguramente no tendría la mejor disposición para ocuparse de la escuela. Quiero decir, entonces, que podrían conversar con él sobre este tema, pero sin recurrir a la idea de prohibición. Asimismo, no estaría mal plantearle que la marihuana no es menos mala que el tabaco (como a veces muchos jóvenes sostienen; incluso algunos caen en la falacia de creer que fumar cigarrillos “armados” es más “sano” que los que llaman “industriales”) y que tener un vicio siempre es una forma de canalizar una ansiedad que no se puede resolver de una mejor manera.

4. Estela: mi hija (14 años) empezó a cortarse, algo que hacen otras compañeras de su curso también, ¿tendría que mandarla a terapia?

En este caso sería importante determinar si el *cutting* es efecto de una pertenencia a un grupo o si es una vía de buscar alivio a ciertas angustias. En cualquier caso, no habría que quedarse en la manifestación fenoménica, sino tratar de ubicar cuál es la causa. No es suficiente con que, en algún momento, deje de cortarse, ya que si la angustia sigue vigente, se expresará por otras vías. A veces estas manifestaciones conviven o alternan con otros síntomas, como los propios de la alimentación, por eso creo que más que “mandarla a terapia”, como si fuera un taller en el que la pondrán en la buena senda, lo mejor sería hacer una evaluación que permita ubicar si esta conducta es algo transitorio o un mecanismo que necesita ser elaborado en un tratamiento.

5. Juan José: mi hija (18 años) decidió ser vegetariana y nosotros con la madre no entendemos muy bien qué hacer con esto, porque a ella siempre le gustó la carne.

Hoy en día es común que los jóvenes busquen formas alternativas de vida. Más allá de las razones conscientes que puedan dar, estas elecciones a veces son un modo de objetar algún aspecto familiar. Cuando dice “a ella siempre le gustó la carne”, me queda claro que a quien le gusta mucho la carne es a usted. Por otro lado, una tendencia que se comprueba en la práctica clínica es que el vegetarianismo actual de muchos jóvenes (en particular los que se inclinan hacia formas radicales como el veganismo) estuvo asociado en algún momento con algún trastorno de la alimentación. Lo importante, entonces, no es que su hija quiera ser vegetariana, sino especificar si esta elección no es una forma encubierta de evitar engordar o si está relacionada con una imagen del cuerpo alterada.

6. Mariela: mi hijo (13 años) está fatal con el tema del baño, pueden pasar hasta tres días sin que se duche y hay que recordárselo, ¿qué hago?

Es normal que los jóvenes, sobre todo los varones, tengan cierta reticencia al baño. Se debe, entre otros motivos, a los cambios del cuerpo que ocurren durante la adolescencia, que hacen que un adolescente no se reconozca en la imagen que ve en el espejo o, mejor dicho, que la imagen que le devuelve el espejo no se corresponda con el cuerpo real. Este último es como si fuera de otra persona. Por lo tanto, aunque parezca paradójico –como todo en la adolescencia lo es– a veces ocurre que no bañarse sea una manera de mantener la consistencia del cuerpo, por ejemplo, no solo cuando no se meten bajo la ducha, sino también cuando usan de manera habitual la misma ropa (sucias). Paciencia, porque esto dura solo un tiempo, cuando descubra el amor se le pasará. A propósito del baño, también puede ocurrir lo contrario, es decir, hay jóvenes que pasan largas horas en el baño –ya sea bajo la ducha o en baños de inmersión– con el mismo fin: el medio acuoso les da una sensación de integridad (como cuando estaban en la panza). Entonces, ¿qué hacer? Quizá la mejor estrategia sea plantear la necesidad del baño sin ser demasiado insistentes, es decir, hacerlo desde el punto de vista de una cuestión de convivencia, de la misma manera que si un joven pasa horas en el baño conviene plantearle que debe tener en cuenta que los demás también necesitan ese espacio, pero sin regañar.

7. Helena y Pablo: nuestra hija (20 años) está muy comprometida con la causa del aborto, pero nosotros en casa tenemos una opinión contraria. Es muy difícil hablar de estos temas sin chocar.

Ya lo creo que están en una situación complicada. Por un lado, el trabajo psíquico de un adolescente implica producir valores diferentes a los de sus padres. Esto quiere decir que pueden ser los mismos valores, pero si son elegidos de manera autónoma, serán también diferentes. Lo fundamental es que ustedes, como padres, no se opongan a su planteo, ya que ella también asumiría una actitud contrapuesta. Lo importante, entonces, es que puedan dejar de chocar, no que piensen lo mismo. Dicho de otra forma, que la condición para no pelear no sea pensar lo mismo. Ese es el trabajo que le toca hacer a los padres. Por otro lado, si la elección de su hija se basa en una identificación de grupo, antes que en una elección personal, con el tiempo podrá tomar una decisión crítica. Insisto sobre este punto, que pueda asumir una posición crítica no quiere decir que, entonces, vaya a dejar de identificarse al grupo y piense lo mismo que sus padres una vez más; no, porque quizá siga pensando lo mismo que el grupo, pero ya no en base a una identificación. En cualquier caso, lo fundamental es que su hija pueda descubrir la libertad de pensar.

8. Paola y Jorge: nuestra hija (19 años) empezó a hablar en lenguaje inclusivo y nos corrige todo el tiempo, nos hace sentir unos retrógrados y no somos padres viejos o conservadores.

Los padres siempre somos viejos y conservadores. Eso no depende de la edad, sino del lugar al que estamos destinados, en la medida en que los jóvenes necesitan hacernos saber que “no entendemos nada”. Además, sin importar que la diferencia de edad no sea grande, lo cierto es que padres e hijos nunca están en la misma generación. Por lo tanto, no se puede ser padres y jóvenes al mismo tiempo. Respecto del lenguaje inclusivo, creo que es interesante cómo los adolescentes de nuestro tiempo no solo quieren tener un lenguaje propio (una jerga que solo entienden ellos), sino que quieren modificar el idioma castellano como tal. Creo que ese gesto, por su radicalidad, muestra que los jóvenes de nuestra época no son los aletargados y perdidos que pensamos los adultos, sino que tienen una potencia creativa de la que tenemos que estar orgullosos.

9. Trinidad y Claudio: nuestra hija (17 años) nos habla de “género fluido”, ¿quiere decir esto que tiene dudas sobre su orientación sexual? Ella va a marchas del orgullo y dice que es militante trans.

Por un lado, que su hija vaya a la marcha del orgullo y esté cerca del colectivo LGBT (o LGBTTTIQ, de Lesbianas, Gays, Bisexuales, Travestis, Transexuales, Transgénero, Intersexuales, Queers) indica su intención de ir en contra de la discriminación y de la marginalidad basada en motivos sexuales. Asimismo, que hable de “género fluido” quiere decir que no se identifica con ninguna identidad de género, donde lo que importa es que no quiere ser encasillada y nombrada por un criterio sexual; esto no se vincula necesariamente con una duda sobre su orientación sexual, sea cual sea esta, sino que se relaciona con el modo en que se autopercibe y quiere ser reconocida. Por otro lado, creo que a veces los adultos asumimos una actitud muy resistente frente a este tipo de cuestiones, respecto de las cuales los jóvenes han hecho una bandera que refleja una actitud interesante y solidaria. En eso consiste ser militante trans. En este punto, además, quisiera hacer una observación: por ejemplo, es posible que una niña a veces diga que quiere ser varón (lo cual es un deseo perfectamente femenino, es un deseo propio de las niñas) mientras que de algo muy diferente se trata si dijese que no quiere ser niña o que no quiere su cuerpo. Esta indicación, importante para la infancia trans, puede ser conducida también a la adolescencia, en la medida en que en ella se pone en juego una reactualización de la vida sexual a partir de la pubertad. Sin embargo, lo más habitual es que la identidad de género consolidada en la infancia se reelabore pero no se modifique.

10. Eva y Martín: nuestra hija (16 años) y sus amigas están muy sensibles con las denuncias por acoso; el otro día nos hablaba de que los músicos de una banda que le gusta son unos abusadores, ¿qué pasa con esta cuestión?

Lo que pasa con esta cuestión es que, afortunadamente, las jóvenes han dejado de estar en posición sumisa respecto de sus ídolos. Este es un punto muy importante, ya que en ciertos ámbitos (como el rock, el teatro, etc.) ha habido muchas situaciones de abuso de autoridad por parte de los llamados “ídolos”. Por supuesto, lo que no debe descuidarse es la pregunta respecto del motivo que pudo hacer que una chica se ofreciera

a un tipo de estos que, independientemente de la coyuntura, en la medida en que es mayor de edad tiene la responsabilidad de cuidar a la joven. Por lo tanto, es muy importante que las adolescentes estén sensibilizadas por este tema y, sobre todo, que tejan lazos entre ellas, para contenerse y solidarizarse, porque el modo en que las jóvenes están revisando ciertos aspectos de las posiciones sexuales no solo tiene que ver con la identidad o con lo que ocurre en una relación sexual, sino también con el modo en que el poder se distribuye de manera discrecional en una sociedad patriarcal. Los abusos existen, son reales y deben ser denunciados.

11. Franco: mi hijo (15 años) es hijo mayor y veo que tiene actitudes muy despóticas con sus hermanos; no quiere que toquen sus cosas y puede ponerse muy hostil si lo hacen, a veces los trata mal, ¿es normal esto?

Como suele decirse, el hijo mayor es el que inaugura un camino para los demás. Ciertas cosas que serán difíciles para él, serán más sencillas para los otros. El hijo mayor lleva a costas una imagen más severa de los padres y puede ser que con la pubertad, al querer diferenciarse de su lugar de niño, recurra a esta severidad para identificarse a un lugar de adulto, porque sus hermanos le recuerdan su propia infancia. En estos casos, es importante decirle que él no es el padre de sus hermanos, liberarlo de esa identificación forzada para que encuentre un camino propio. Asimismo, si sus hermanos representan su propia posición de niño, es comprensible que adopte una actitud de distanciamiento, que no quiera que sus hermanos “toquen sus cosas”; seguramente este “tocar” implica una referencia a la masturbación por la que teme ser descubierto. En cualquier caso, si es posible intervenir para desasirlo de esa identificación, se trata de un proceso normal, en el que la hostilidad se refuerza porque él ve que sus hermanos tienen algunas cosas más fáciles y siente envidia.

12. Claudia y Ernesto: nuestro hijo (17 años) es hijo menor y cuando nació nuestros otros hijos ya eran más grandes; es como que nos agarró cansados también y, mientras los otros fueron buenos estudiantes todos, él es más vago, hay que estarle encima, ¿hay algo que estamos haciendo mal?

El hijo menor, independientemente del caso, siempre es un hijo especial. En principio, porque es el hijo que confrontará a los padres con una fantasía específica: el fin de su capacidad reproductiva. A veces algunos dicen que “cierran la fábrica”, metáfora que es muy elocuente y graciosa. Incluso a veces ocurre que, después del último hijo, algunas parejas reeditan el ciclo con la llegada de alguna mascota de la que las familias dicen que “es un hijo más”, o de la que los hijos se burlan diciendo que la tratan “mejor que a ellos”. Asimismo, con el hijo menor se pone en juego una modificación respecto de la transmisión de ideales: como es el último, los padres no es que estén cansados, sino que en ese cansancio (consciente) del que hablan se refleja una actitud (inconsciente) basada en la expectativa de que ese hijo tenga la mayor libertad, especialmente si los otros hijos han sido educados de manera más o menos severa; si es a la inversa, se deposita la idea contraria, es decir, que el hijo menor venga a reparar los

fracasos de los otros. Como a veces suelo decir, si a los primeros hijos se los cría con ideales, al menor se le dedica más amor que otra cosa y eso suele conducir a que, por amarlo tanto, se sienta culpa por la diferencia que se hace con otros; por lo tanto, se tiende a asistirlo mucho más, a que los padres funcionen como sustitutos o auxiliares de los ideales que no han privilegiado en la relación con él. Ahora bien, si a esta descripción le quitamos la referencia a la edad cronológica, podemos pensar eso que a veces suele llamarse el “hijo preferido” y entender cómo a veces el que funciona como hijo menor no es el más chico.

13. Mónica y Julián: nosotros tuvimos mellizos (11 años) y vemos que uno de ellos está un poco más avanzado que el otro, parece más grande y se comporta como adolescente, mientras que el otro es más añorado, ¿es algo a que debemos prestar atención?

En el caso de los mellizos es corriente que con la llegada de la pubertad se produzca una mayor diferenciación entre ellos, incluso que eventualmente se “repartan” intereses para evitar la competencia. Es comprensible, es como crecer junto a una sombra que todo el tiempo puede volverse amenazante. Es como tener una suerte de doble que puede robar la identidad cuando justamente se trata de una edad en la que se la va a reelaborar. Por eso es normal que, con la llegada de la pubertad, uno haga una mayor esfuerzo adaptativo y enfatice los aspectos progresivos del crecimiento, mientras que el otro permanezca cerca de los aspectos regresivos, es la defensa más eficaz para ambos. Un caso aparte –quizá tema para un libro específico– es el de los gemelos, en quienes funciona una especie de co-sentir que puede hacer que crezcan juntos (a veces miméticamente) o bien se rechacen por completo. En el caso de hermanos gemelos, suelo recomendar que se hagan consultas a partir de la pubertad, mientras que con mellizos es algo que solo queda reservado a situaciones que revelen algún indicio más llamativo.

14. Martina y Carlos: nuestro hijo (16 años) es adoptado y notamos que está muy rebelde, que nos cuesta ponerle límites, ¿deberíamos hacer una consulta?

En el caso de hijos adoptados, el crecimiento a partir de la pubertad tiene un carácter particular. En términos generales, en la adopción a veces se juega por parte de los padres una fantasía de salvación, que con la adolescencia se pone en cuestión. Cuando esa fantasía no fue elaborada, que el hijo empiece a desarrollar sus propios intereses suele ser vivido como algo amenazante, sumado esto a que también en esa época surja una reconstrucción de la identidad propia que puede implicar reencontrarse con algo de los orígenes y, si los padres no han elaborado esta cuestión, es posible que lo vivan con muchos temores. Con los hijos adoptados, otra fantasía de los padres suele ser que si crecen los perderán, es decir, que la adopción perderá sentido. A lo que se suma que la sexualidad también cobra un carácter propio: ese cuerpo infantil se transforma en un cuerpo de varón o de mujer y, eventualmente, pueden despertarse aquí fantasías que no

por ser inconscientes dejan de tener efectos (ya que la idea de incesto con un hijo que no nació del cuerpo es distinta). Se trata de muchas cuestiones específicas, por eso yo suelo recomendar la consulta en padres adoptivos, no para el hijo, sino para los padres, para que puedan transitar con un acompañamiento esta etapa de reformulación. Adoptar es una de las maneras más hermosas de tener un hijo, un modo de filiación por la que cada vez más adultos se inclinan, pero que requiere un trabajo psíquico suplementario. Digo esto porque hasta hace un tiempo era común que hijos adoptados realizaran conductas de riesgo, o fueran especialmente problemáticos en la adolescencia, sin que esto se deba a algo de su condición, sino como un modo de respuesta a fantasías no elaboradas de los padres. La consulta en estos casos y la disposición de los padres a repensarse es el mejor acompañamiento.

AGRADECIMIENTOS

Cuando se publicó *Más crianza, menos terapia* fue una alegría inmensa que el libro llevara un capítulo escrito por Eduardo y Francisco, mi viejo y mi hermano, pediatras ambos, como una suerte de acompañamiento a las aventuras que narraba junto a mi hijo Joaquín, es decir, con un devenir niño que también me incluía.

En esta ocasión, me conmueve que haya algunas secciones firmadas de manera conjunta con mi colega psicoanalista Santiago Ragonesi y un capítulo completo a cargo del especialista en educación Javier Lamónica. Ambos fueron mis compañeros de colegio en la secundaria, con ellos transité una parte de mi adolescencia y tengo la buena fortuna de que aún sean mis amigos. A ellos les agradezco muy especialmente, no solo por sus aportes al libro sino también por el tiempo vivido.

Asimismo, varias elaboraciones de este libro nacieron por primera vez en un grupo de estudio cerrado, que se reúne de manera quincenal en mi consultorio a última hora. Cuando ya otros prefieren estar en sus casas con su familia (y a veces hijos) o en algún lugar igualmente interesante, ahí es cuando nosotros nos ponemos a hablar de clínica psicoanalítica. Por esta vocación y amistad continua que ya lleva unos años, quiero agradecer con todo mi afecto a Diana Rendelstein, Tomás Grieco, Claudia Altinier, Pablo Patanian y Mariano Silinger.

Como siempre, versiones preliminares de mis textos fueron leídas por esos amigos del corazón, hermanos de la vida, que hicieron notar algún matiz, hicieron algún chiste o bien me brindaron alguna idea para seguir o ampliar. Ellos son Esteban Dipaola y Marina Esborraz.

Otras versiones de algunos pasajes del libro tuvieron su esbozo en artículos o en entrevistas para distintos medios gráficos. Mi agradecimiento, entonces, a Estanislao Giménez Corte, Andrés Osojnik, Oscar Ranzani, José Manuel Ramírez y Daniel Ulanovsky Sack.

Repaso la lista anterior de nombres y los distintos espacios en que mis ideas circularon, y no puedo dejar de pensar dos cosas: por un lado, que quiero agradecer a la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales, donde coordino la Licenciatura en Filosofía, ya que en la gestión que llevamos adelante con mi amigo Esteban Bieda tenemos un trato cotidiano con adolescentes que se dirigen hacia la madurez a través de una de las maneras más hermosas: con el descubrimiento del pensamiento filosófico. Le agradezco a Eduardo Said, Decano de la Facultad de Psicología y Ciencias Sociales (en la que se dicta la Licenciatura en Filosofía), ya que para referirse a Esteban y a mí suele decirnos con humor “Buen día, jóvenes”. También le agradezco a José Fliguer, uno de los Vicerrectores de la Universidad, filósofo también él, porque acompaña nuestra gestión con el recuerdo de que fui su alumno en la Universidad de Buenos Aires y aún

me aconseja con la bondad del profesor generoso.

Por otro lado, agradezco a las autoridades de la Universidad de Buenos Aires, donde también me desempeño como docente e investigador, por las diversas oportunidades en que me invitaron a exponer mis ideas en espacios de extensión al público en general, con el consecuente desafío de tener un pie en la Academia y otro en la transmisión de conocimientos con el formato de divulgación.

Ya que mencioné espacios educativos, quiero agradecer a las distintas instituciones (jardines de infantes, escuelas y colegios) que a partir de la publicación de *Más crianza, menos terapia* me invitaron a dar charlas para docentes y/o padres, para hacer talleres con alumnos, mantener conversaciones en torno a casos específicos, supervisiones, etcétera, porque también buena parte de *Esos raros adolescentes nuevos* nació al calor de estas interlocuciones. Si mencionara a todos, esta lista se haría demasiado extensa. En el nombre de Santiago Tiscornia (del Colegio Northlands) le agradezco a los demás y a Santiago en particular por la paciencia que me tuvo hasta que encontramos una fecha posible en la agenda.

Por último, quisiera contarle al lector que el título del capítulo “Preguntas frecuentes de los padres” proviene de un libro homónimo del psicoanalista Donald Woods Winnicott. Desde ya que le agradezco a Winnicott, pero mucho más a mi viejo, Eduardo, porque ese libro fue el que encontré entre los suyos cuando tenía alrededor de 16 años y me hizo pensar que yo quería hacer, alguna vez, algo así. Después de más de 20 años, aquí el resultado de un deseo que no se olvida.

Y ahora sí concluyo. Este libro no hubiera sido posible sin la mano editorial de la Rusa y Mariana Morales, de Paidós. La Rusa sabe hacer que mi vagancia para escribir se vuelva creativa y adquiera una lucidez que para mí es impensable. Mariana corrige y revisa con un profesionalismo que encuentra mi mejor tono. Al *dream team* de Paidós, agrego a Eva Tabakian, que ante una negativa de otro orden una vez me dijo, cariñosa y divertida, “pero eso a vos no te detiene”.

Fui muy extenso en estos agradecimientos. Le pido disculpas, querido lector, pero es enorme el trabajo que hay detrás de un libro de este tenor. De todos modos, si llegó hasta esta página final, no quiero dejar de decirle que el último agradecimiento es para mi mujer Estefanía Dubois, porque –como alguna vez cantó John Lennon– ella sabe comprender al niño que hay en mí.

BIBLIOGRAFÍA

- Aberastury, Arminda y Knobel, Mauricio, *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Bauman, Zigmunt, *El arte de la vida. De la vida como obra de arte*. Buenos Aires, Paidós, 2009.
- Beech, Jason y Marchesi, Álvaro, *Estar en la escuela: un estudio sobre convivencia escolar en la Argentina*, Buenos Aires, Fundación SM y Organización de Estados Iberoamericanos, 2008.
- Blos, Peter, *Psicoanálisis de la adolescencia*, México, EJM, 1973.
- *La transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu, 1981.
- Charlot, Bernard, “A violência na escola: como os sociólogos franceses abordam essa questao”. En *Sociologias*, Porto Alegre, ano 4, no 8, jul-dez (pp. 432-443), 2002.
- Corea, Cristina y Lewcowicz, Ignacio, *Pedagogía del aburrido: escuelas destituidas, familias perplejas*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- Dolto, Françoise, *La causa de los adolescentes*, México, Seix Barral, 1990.
- Dubet, François, *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*, Barcelona, Gedisa, 2006.
- Dussel, Inés, “Impactos de los cambios en el contexto social y organizacional del oficio docente”. En *El oficio docente: vocación, oficio y trabajo en el siglo XXI*, Buenos Aires, Fundación OSDE. IPE-Unesco y Siglo XXI, 2006.
- Ehrenberg, Alain, *La fatiga de ser uno mismo: depresión y sociedad*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2000.
- Freud, Sigmund, *Tótem y tabú* en *Obras completas*, Vol. XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- “Sobre la psicología del colegial” en *Obras completas*, Vol. XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- “Pegan a un niño” en *Obras completas*, Vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
- Kancyper, Luis, *Adolescencia: el fin de la ingenuidad*, Buenos Aires, Lumen, 2007.
- Lacan, Jacques, “Despertar de primavera” en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 1993.
- Lauru, Didier, *La locura adolescente. Psicoanálisis de una edad en crisis*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.
- Lavena, Cecilia, “¿La violencia va a la escuela? Una mirada a la violencia escolar en la Argentina”, Maestría en Educación de la Universidad de San Andrés, Argentina, 2002.
- Lebovici, Serge y Kreisler, Léon, *La homosexualidad en el niño y el adolescente*,

- Buenos Aires, Nueva Visión, 1978.
- Lyotard, Jean François, *La condición postmoderna*, Buenos Aires, Editorial REI, 1987.
- Maggio, Mariana, *Reinventar la clase en la Universidad*, Buenos Aires, Paidós, 2017.
- Mannoni, Octave, “¿Es analizable la adolescencia?” en A.A.V.V., *La crisis de la adolescencia*, Buenos Aires, Gedisa, 2009.
- Mazzuca, Marcelo, *Una voz que se hace letra. Una lectura psicoanalítica de la biografía de Charly García*, Buenos Aires, Modesto Rimba, 2018.
- Recalcati, Massimo, *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor*, Barcelona, Anagrama, 2014.
- *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*, Barcelona, Anagrama, 2018.
- Rodulfo, Ricardo, “Un nuevo acto psíquico: la inscripción o la escritura del nosotros en la adolescencia” en *El psicoanálisis de nuevo*, Buenos Aires, Eudeba, 2008.
- *Padres e hijos. En tiempos de las retiradas de las oposiciones*, Buenos Aires, Paidós, 2012.
- Roudinesco, Elisabeth, *La familia en desorden*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Sennet, Richard, *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2007.
- Serres, Michel, *Pulgarcita*, Madrid, Gedisa, 2014.
- Skliar, Carlos, “La lectura ya no es lo que era”, en *Revista Deceducando*, N° 4, Disponible en <https://deceducando.org>, 2018.
- Vernant, Jean-Pierre, *La muerte en los ojos. Figuras del Otro en la antigua Grecia*, Barcelona, Gedisa, 2001.
- Waquant, Loïc, *Los condenados de la ciudad, periferia y Estado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- Wedekind, Frank, *Despertar de primavera*, Buenos Aires, Quetzal, 1991.
- Winnicott, Donald Woods, “Conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente y las inferencias que de ellos se desprenden en lo que respecta a la educación superior” en *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gedisa, 2003.
- Žižek, Slavoj, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Buenos Aires, Paidós, 2009.

Grupo Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...



Índice

Portadilla	3
Retrato del adolescente hoy, Juan David Nasio	8
Prólogo. Ya no voy a ser astronauta	11
Intro. Sinfonías para adolescentes	14
Capítulo 1 - La sexualidad	17
Capítulo 2 - Los adolescentes del siglo XXI	53
Capítulo 3 - Dejar de ser alumnos para descubrir la vocación	72
Capítulo 4 - Consejos para padres	87
Capítulo 5 - Consideraciones para profesionales	101
Conclusión. Ser adulto es aprender a amar	111
Bonus track. Preguntas frecuentes de los padres	117
Agradecimientos	124
Bibliografía	126